

# OLIVER NOCTURNE

ASESINATO A PLENO SOL  
KEVIN EMERSON

Cuando tus mejores amigos son una humana peligrosa y un zombi,  
¡ser un vampiro es el menor de tus problemas!



Lectulandia

Oliver está convencido de que ha perdido a los únicos amigos de verdad que ha tenido nunca: Emalie y Dean. Pero entonces Dean regresa, aún muerto pero transformado en zombi, y no parece guardarle ningún rencor. ¿Quién ha traído de vuelta a Dean y por qué? ¿Y qué está ocurriendo con Emalie? ¿Podría estar tras los asesinatos de varios jóvenes vampiros? Oliver y Dean deben descubrir la verdad antes de que el propio Oliver sea liquidado y convertido en polvo.

**Lectulandia**

Kevin Emerson

# **Asesinato a pleno sol**

**Oliver Nocturne - 2**

ePub r1.0

Titivillus 06.09.18

Título original: *The Sunlight Slayings*  
Kevin Emerson, 2008  
Traducción: María Sánchez Salvador

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Jess, que sabe lo que quiero decir...*

## Prólogo

Las fotos de la escena del crimen eran macabras: un chico tendido en el suelo del gimnasio de una escuela, con el cuello lleno de sangre...

—Supongo que dirán que se trata de un apuñalamiento, o algo así —dijo el detective Nick Pederson, inclinado sobre su escritorio.

—Los chicos de arriba dicen que es un asunto de pandillas —respondió la detective Sarah Laine.

Nick levantó la cabeza para mirar a su antigua compañera:

—¿De verdad?

Sarah asintió con desaliento:

—El problema es que nadie es capaz de dar con el sospechoso, a pesar de que había como diez testigos.

Nick cogió el informe del caso:

—«La víctima murió desangrada —leyó—. Sucedió justo después de un ensayo del coro... Los testigos describen a un niño como el agresor...». Vaya, es horripilante.

—Dímelo a mí —respondió Sarah—. Pero...

—¿Qué? —Nick la miró con detenimiento—. ¿Hay algo más?

Sarah suspiró.

—La cuestión es esta —dijo atisbando sobre la pared del cubículo de Nick para asegurarse de que ningún curioso merodeaba por allí. Nick podría haberle dicho que no tenía por qué preocuparse. De todos los que trabajaban en las oficinas del sótano de la comisaría de policía del centro de Seattle, ninguno llegaba hasta pasado el anochecer. Era demasiada coincidencia que todos los agentes que escogían tener su despacho allí abajo trabajasen en el turno de noche. Nick era la excepción: en el momento en que escogió su actual escritorio en el sótano, sus otras opciones eran ser reasignado al departamento de tráfico o despedido del cuerpo.

—Encontramos fibras en la víctima que no le pertenecían —prosiguió Sarah—. Cabellos. Así que extrajimos el ADN...

—¿Y? —Nick sintió que el pulso se le aceleraba. Aquello era como llegar a un lago gigante después de haberse arrastrado por el desierto durante meses.

—Pues hay una coincidencia —Sarah bajó la voz aún más—, pero no es tan sencillo: sabes que hemos estado extrayendo ADN de nuestros antiguos casos sin resolver, ¿no?

—Esto va a ser bueno —dijo Nick.

Sarah asintió:

—Sí, si te gusta lo extraño. Las fibras de cabello halladas en la víctima coinciden con las muestras de un caso de desaparición, pero no del secuestrador... sino de la

víctima. Lo secuestraron cuando era un bebé. Las fibras de cabello estaban en su cochecito.

—¡Vaya! —Nick se volvió a recostar—. Así que un niño secuestrado, al crecer, se convirtió en un asesino...

—Pero —Sarah continuó— los testigos declararon que fue un niño quien hizo esto. Ese caso de secuestro es de hace más de sesenta años. Si se trata realmente de la misma persona, ahora sería un hombre mayor, ¿no?

Nick no respondió. Mordisqueó la ya deformada tapa de su bolígrafo:

—¿Qué hay de los padres del niño desaparecido?

—Los mataron en el escenario del crimen. En Nochebuena, nada menos.

—Así que —Nick examinó las fotos una vez más— o se equivocan tus resultados de ADN o se equivocan tus testigos. O...— Nick la miró —crees que podría haber otra respuesta, y por eso me has traído esto a mí.

Sarah lo miró esperanzada:

—Cualquier idea que tengas, Nick... Arriba nos estamos quedando sin hipótesis y este caso es público. Se le ha dado muchísimo bombo en las noticias. Las familias de los testigos están encima de nosotros, quieren que encontremos a lo que quiera que... Es decir, a quienquiera que haya hecho esto.

Nick asintió:

—Veré que puedo hacer. Me alegro de verte, Sarah.

—Yo también me alegro de verte, compañero —dijo Sarah con su bonita sonrisa. Nick había olvidado cuánto echaba de menos aquella sonrisa. Sarah se despidió con un gesto y se fue.

Nick regresó a su silla. Su rostro estaba iluminado por un diminuto trapezoide de luz solar de febrero, que entraba por la única ventana del sótano, situada justo sobre su escritorio. Durante el año anterior, desde que lo habían degradado al sótano, se había pasado muchas horas durmiendo bajo aquella pequeña esquirla de sol, con los pies sobre el radiador más cercano, pensando en lo irónico que resultaba que el motivo por el cual lo habían degradado tuviese tanto que ver con el motivo por el que los demás policías que trabajaban allí abajo lo hicieran de noche; con que el único escritorio del sótano al que le daba un poco el sol estuviese desocupado; y con que crímenes tan horripilantes como el de ese tal Dean Aunders quedasen sin resolver con tanta frecuencia en aquella ciudad.

*Sabes quién ha hecho esto, pensó mientras recorría con su dedo la fotografía de las marcas rojas en un joven cuello. Y sabes que, simplemente, deberías dejarlo correr. Solo te traerá más problemas que no quieres tener.*

Pero si algo había aprendido Nick era que no existían problemas que uno quisiera y problemas que uno no quisiera tener; solamente existían los problemas que uno tenía. Y allí estaba él, con su problema, una vez más.

Nick hojeó el expediente del caso y leyó los testimonios de los testigos: «Parecía de nuestra edad. Vestía de negro. Había otros tres chicos. Muy fuertes. Era como si

podieran saltar realmente lejos». Sintió una oleada de adrenalina que hacía tiempo que no sentía, salvo... Era preocupante. Aquella conexión (el niño desaparecido, el joven asesino, el que ambos acontecimientos tuvieran lugar en fechas tan próximas a la Navidad) no era demasiado para empezar, pero hacía imposible evitar preguntarse: ¿Era él? ¿Podría serlo?

Nick descolgó el teléfono y marcó:

—Hola, soy yo —dijo en voz baja—. No te lo vas a creer, pero me parece que tengo una pista... Sí, podría ser el que has estado buscando.



## Viejas heridas

—¿Qué te ocurre?

Oliver se quedó helado. Estaba ante el lavabo de piedra situado en medio del cuarto de baño, pasándose un punzón eléctrico afilador de nanodiamante por los dientes, como siempre hacía justo antes de cenar. Su nerviosa mirada atravesó la habitación y se topó con su hermano, Tormento, que se secaba la cara con una toalla de color burdeos.

—Yo... Yo... —tartamudeó Oliver. ¿Que qué le ocurría? ¿Qué tal el hecho de que había perdido a sus amigos, Emalie y Dean? ¿O que había tenido que pasarse todas las noches de aquel último y horrible mes y medio viviendo en una maraña de mentiras, fingiendo que estaba bien ante sus padres, quienes volvían a mentirle sobre su futuro, por no hablar de su pasado?

—Relájate, cordero. —Tormento frunció el ceño—. No te estoy preguntando por todas las cosas que te ocurren, me refiero a eso —dijo señalando el estómago de Oliver.

Oliver bajó la mirada hacia su delgado torso descubierto. Su piel tenía el color grisáceo pálido habitual y, si hubiese desarrollado un sarpullido de moho, se habría dado cuenta por el picor. Sin embargo, se sorprendió al encontrar una herida de color púrpura en el lado izquierdo de su abdomen, cerca de la cintura.

—¿Eh? —dijo Oliver. Era un corte pequeño y muy rojo rodeado por un óvalo intensamente púrpura del que salía una pequeña telaraña de hilillos carmesí.

—Parece como si te hubiesen apuñalado —aventuró Tormento—, o tal vez hayas perdido una pelea contra una rata.

—Cállate —musitó Oliver. Ni siquiera se había dado cuenta de que tenía aquella herida, ya que los vampiros eran mucho menos sensibles al dolor que los humanos; pero ahora que se concentraba en aquel punto de su cuerpo, sintió una débil molestia. Separó la piel de la herida. Los vampiros no sangraban ni les salían costras, pero entonces asomó un poco de líquido marrón. Oliver frunció el ceño. El líquido, la telaraña roja... Todo aquello sonaba a infección. Si su madre, Polemonia, veía aquello, llamaría al doctor Vincent. Y Oliver no quería volver al médico.

Durante la última visita que había realizado al doctor, en el mes de diciembre, Oliver se había enterado de que sus chequeos anuales no solamente servían para comprobar que estaba sano; también lo estaban preparando, sin que él lo supiera, para algún propósito especial, aunque secreto.

Tan solo los padres de Oliver, el doctor Vincent y tal vez algún otro miembro del

Consortio de la Penumbra, donde trabajaba su padre, conocían este plan. Durante el pasado diciembre, toda aquella gente se había preocupado por Oliver a causa de su insomnio, su ansiedad y, sobre todo, de sus amigos humanos: Emalie y Dean.

Entonces Oliver, supuestamente, había matado a Dean y toda aquella preocupación se había convertido en orgullo. Su familia había celebrado la ocasión y, desde entonces, había asumido que estaba bien y lo había dejado en paz. Él ni siquiera estaba cerca de sentirse bien, pero al menos no se preocupaban por él todo el tiempo. Así que nada de médicos, gracias.

Oliver clavó el dedo en su herida. Limpió un poco de aquel líquido y, por un momento, vislumbró algo rojo oscuro y de aspecto sólido. Escarbó con la uña más adentro...

De repente un dolor punzante y de magnitud vampírica sacudió su cuerpo e hizo que le fallaran las rodillas. Oliver se derrumbó en el suelo y, en la caída, se golpeó la cabeza contra el lavabo.

—¡Ja! —le espetó Tormento—. Atontado. Y ahora seguramente irás a llorarle a mamá para que te vuelva a tratar como a una celebridad. —Tormento se puso a imitar a Polemonia—: «¡Oh, mi querido Oliver, mi pequeño predilecto! ¡Lo dejaremos todo con tal de ayudarte!».

Oliver se incorporó para sentarse, dolorido. Tormento se comportaba así desde la muerte de Dean. No podía soportar la recién adquirida fama de su hermano, lo cual volvía loco a Oliver. ¡Y es que la muerte de Dean había sido culpa de Tormento! Después de todo, fue él quien se presentó con sus amigos en el ensayo del coro de Emalie y Dean; fue Tormento quien dijo que estaba allí para «enderezar» a Oliver, quien lo obligó a escoger una víctima humana para morderla y quien había provocado todo aquel misterio. Sin embargo, Oliver no recordaba lo que había ocurrido en el tiempo transcurrido entre que simuló atacar a Dean para urdir una huida y el momento en que se despertó en un aula del piso de arriba. Según Emalie (y Tormento), Oliver había matado a Dean, y no cabía duda alguna de que Dean estaba muerto, pero Oliver se resistía a creer que hubiese sido obra suya, incluso a pesar de no haber sido capaz de encontrar alguna prueba que lo exculpase.

—Debería tirarte ese lavabo encima —masculló Tormento—. Eso cabrearía de verdad a mamá. —Miró a Oliver con repulsión—. Disfruta del alboroto que se montará con tu heridita —azuzó.

Oliver se quedó mirando cómo se marchaba. Si alguien se lo hubiese preguntado en diciembre, cuando se pasaba en vela la mayor parte de los días cavilando acerca de lo que le ocurría, habría dicho, sin dudarlo, que las cosas no se podían poner peor. En cambio ahora, a principios de febrero, seguía teniendo problemas para dormir, su hermano lo odiaba todavía más y, aunque la muerte de Dean había convencido a sus padres de que estaba bien y había hecho que los demás vampiros lo trataran mejor en el colegio, también le había hecho perder a los dos únicos amigos a los que quería de verdad.

Oliver se puso en pie y regresó al lavabo. Se inclinó hacia atrás para poder ver mejor la herida. Esta vez apartó la piel pero no intentó hurgar dentro y, por un momento, vio un destello de luz carmesí, un reflejo como el de un cristal.

*Es un fragmento del amuleto*, adivinó. El amuleto de Éfira que le había dado Desolada Désirée. Ella había dicho que el amuleto era para «proporcionarle protección», pero en realidad se había hecho añicos y había transportado a Oliver a una visión de su pasado. En aquella visión se había enterado de que, a diferencia de los demás niños vampiros, a él lo habían engendrado. Era un bebé humano y lo habían convertido en un vampiro. Los niños vampiros normalmente se concebían a partir de los genes de sus padres y crecían en un laboratorio especial. Un niño engendrado no era lo suficientemente fuerte como para soportar la transformación. Sin embargo, según aquella visión, a Oliver sí lo habían engendrado, y sus padres humanos habían sido asesinados por sus padres vampiros.

El hecho de que la herida de su costado fuese causada por el amuleto era otro de los motivos por los que no se lo podía decir a Polemonia. Aunque había resultado que sus padres conocían secretamente la amistad que lo unía a Emalie y Dean, Oliver estaba casi seguro de que no sabían nada acerca del amuleto, ni sobre la visión que este le había proporcionado. Oliver quería que siguiese siendo así hasta poder averiguar algo más sobre su pasado.

Todo aquello se le antojaba complicado, y se suponía que los vampiros no tenían que tratar con cosas «complicadas».

Oliver echó un vistazo al cuarto de baño en busca de algo con lo que poder extraerse la esquirra de cristal. El fragmento no parecía tan grande, pero estaba clavado muy adentro. Por un momento pensó en su punzón, pero eso probablemente volvería a empujar el cristal más adentro y el dolor podría ser brutal. Necesitaba unas pinzas largas, o unos alicates...

—¡Oli! —Era Polemonia quien lo llamaba desde el piso de arriba—. ¿Puedes subir?

Oliver se cubrió con la camiseta y al hacerlo se estremeció por el persistente dolor. Regresó a la cripta donde él y su familia dormían, él y Tormento en sus propios ataúdes y Polemonia y Sebastian en su modelo de matrimonio. Se calzó las zapatillas deportivas y se puso una sudadera gris con capucha.

Iba ya por la mitad de las escaleras de caracol de piedra, iluminadas por globos de luz de magma, cuando percibió un extraño olor. Era algo así como cayena, pimienta y salvia... y también putrefacción. No era la primera vez que Oliver olía aquello en alguna parte de la casa. Tal vez se tratase de alguna colonia nueva que Tormento estaba probando. Arrugó la nariz; las especias y la descomposición solían oler bien, pero no era el caso de esta mezcla. El aroma se desvaneció con la misma rapidez con que lo había asaltado. De todos modos, ¿cuántas veces había olido aquello en las dos últimas semanas? Difícil de responder. ¿Tres? ¿Cuatro?

Oliver entró en la cocina, donde había un gran movimiento: el lavavajillas

retumbaba y la fragua zumbaba. En su familia también se percibía ajeteo (*¡No es tu verdadera familia!*, gritó una voz en su interior) y Oliver sintió una oleada de ansiedad en sus entrañas que le resultaba familiar. Respiró profundamente y trató de poner cara de serenidad y despreocupación. Últimamente había estado practicando mucho ese gesto.

Sebastian estaba al otro lado de la isla de la cocina anudándose una corbata ancha y colocándose bajo la chaqueta negra del traje. Tormento estaba junto al fregadero blanqueándose otro mechón de su negro y enmarañado cabello. Polemonia, que llevaba un vestido brillante y plateado bajo un abrigo negro, se ponía con cuidado los pendientes, unos zafiros engarzados en diminutos esqueletos de zarpas de rata.

—Ahora que ya tenemos las claras de huevo batidas... —decía una voz suave. Oliver alzó la vista y se topó con Clarise Clyne en la pantalla de plasma que pendía sobre el fregadero. Era la estrella de *Dulces con Clarise*, un popular programa de televisión que emitía un canal humano de cocina. Sonreía con las comisuras de los labios muy pegadas para ocultar sus colmillos puntiagudos y se dirigía a la cámara— vamos a añadir el jarabe de frambuesa. —Sostenía un bol que contenía un líquido rojo oscuro y humeante—. Por supuesto, no tienen por qué ser frambuesas —susurraba a la cámara con un brillo de complicidad en los ojos—. Podrían ser cerezas o cualquier otra cosa... que les guste. —Los vampiros sabían a qué se refería.

Oliver se sentó en uno de los taburetes que rodeaban la isla central. El reloj de la fragua comenzó a pitar:

—Ah, bien. —Polemonia cogió un grueso guante de horno y extrajo un plato de hierro muy caliente—. Aquí está —anunció, deslizando el plato hacia Oliver. Rápidamente se volvió hacia la encimera y se detuvo—. Cariño —dijo dirigiéndose a Sebastian—, ¿has visto la cayena?

Oliver se puso en guardia y observó cómo Polemonia escudriñaba las encimeras negras de piedra.

—Juraría que estaba aquí hace una hora —murmuraba. No era habitual en Polemonia extraviar nada, y aquel no era el primer objeto que desaparecía en los últimos días. A principios de aquella semana, Polemonia había estado buscando una bolsa de cabezas de monstruo Gila congeladas. También Sebastian se había quejado de la desaparición de su cuchilla de afeitar. Y lo peor de todo, Oliver había perdido algo muy querido y secreto para él, algo que tenía guardado en uno de los compartimentos que había bajo su ataúd...

—No la he visto —dijo Sebastian mientras consultaba su reloj de bolsillo—, pero tenemos que irnos.

—Vaya, bueno —suspiró Polemonia—. Lo siento, Oli, no hay Cayena. —Abrió el frigorífico grande y brillante que ocupaba la parte superior de la pared. La puerta se abría hacia el techo con un silbido y dejaba al descubierto ordenados estantes repletos de bolsas de sangre—. ¿Qué te apetece beber? —preguntó—. ¿Cerdo?

—Claro —respondió Oliver.

—Siento que no podamos llevarte, Oli —dijo Sebastian con una cálida sonrisa—. Sé que a todo el mundo le encantaría verte y, como bien sabemos, seguramente te desenvolverías muy bien. Y también les ahorrarías a mis colegas el escuchar mis fanfarronadas sobre ti otra vez.

—Psss —siseó Tormento.

—Charles —le advirtió Polemonia, usando el nombre real de Tormento mientras sus ojos color avellana emitían destellos turquesas.

—Pero técnicamente aún eres muy joven —explicó Sebastian—, así que tendrás que esperar, como los demás niños.

Oliver asintió asegurándose de parecer decepcionado. En realidad, asistir a uno de esos Encuentro de los Viernes era una de las últimas cosas que le apetecía hacer. Los Encuentros eran grandes acontecimientos gastronómicos y todas las semanas se celebraban unos cuantos en la ciudad. Todo el mundo se vestía de forma elegante y se reunía en las alcantarillas. Era una gran noche para los adolescentes que ya tenían sus demonios, así como para los adultos. Después de alternar socialmente durante un rato (había taberneros que ponían puestos en las alcantarillas), los vampiros salían a la superficie y se dirigían a una reunión grande de humanos escogida con anterioridad, habitualmente una fiesta nocturna o una celebración en una casa. Como los humanos estaban de fiesta, se enteraban de muy poco. Podía formarse algo de caos, pero los vampiros eran capaces de tomárselo con bastante calma mientras se alimentaban de los humanos.

En las reuniones más elitistas, de hecho, se ponía a los humanos en estasis para congelarlos y los camareros extraían su sangre para los invitados. Independientemente de que se pusiera a los humanos en estasis o que estuviesen fuera de sí debido a los abusos, el código del vampiro del Nuevo Mundo se mantenía: rara vez se mataba a humanos. Sencillamente se despertaban al día siguiente sintiendo debilidad y, tal vez, algo de malestar, lo cual asociarían a sus propios actos. Podían encontrarse una extraña sustancia cremosa en el cuello, pero las marcas de dientes de debajo ya habrían desaparecido casi por completo... Se suponía que Oliver ansiaba ir a los Encuentros en cuanto tuviese su demonio, pero ahora mismo estaba mejor que bien en casa.

—Espero que estés durmiendo cuando regresemos —dijo Polemonia besando a Oliver en la cabeza con ternura—. Tal vez tengas otro sueño esta noche —añadió esperanzada en referencia a los sueños demoníacos en los que un vampiro joven llegaba a conocer al demonio que pronto vendría para habitarlo durante su edad adulta.

En diciembre, Oliver les había dicho a todos que estaba teniendo aquellos sueños para ocultar el porqué de sus problemas para dormir. Aquella mentira se había convertido en realidad cuando, durante los misteriosos instantes que desembocaron en la muerte de Dean, Oliver había conocido a su demonio, Illisius, en un sueño. Illisius le había dicho que estaba destinado a abrir la Puerta de Nexia y liberar a los

vampiros de la Tierra, considerada por algunos como una prisión. Pero desde entonces no había vuelto a tener más sueños con Illisius.

Sebastian revolvió el cabello de Oliver mientras se dirigía hacia las escaleras:

—Buenos días, hijo.

—Nos vemos.

Oliver escuchó cómo se cerraba la pesada puerta que comunicaba con las alcantarillas. Escarbó en su cazuela de sepulcro guatemalteco (capas de bizcocho de chocolate y pimientos picantes separados por una salsa de sangre de topo y cacao) y engulló su copa de un trago.

Cuando estuvo seguro de que su familia se había marchado, se escurrió de su silla y se dirigió al piso de arriba. Se encontró con una puerta de acero y apretó un botón rojo. La puerta se deslizó silenciosamente. Cuando estuvo abierta, Oliver trepó hasta un hueco que había en la pared desnuda sobre la puerta. Palpó con los dedos hasta encontrar un cable eléctrico conectado a un enchufe y tiró de él. Aquello desactivaba las cámaras de seguridad que lo habían delatado ante sus padres el pasado mes de diciembre. Si hubiese desconfiado de ellos antes y buscado las cámaras, tal vez aún conservase a Emalie y Dean.

Oliver se deslizó alrededor del armazón de un viejo frigorífico humano hasta alcanzar el decrepito suelo de una casa abandonada. Aquella casa se situaba exactamente sobre el hogar subterráneo de los Nocturne, y lo ocultaba de los humanos. Se concentró en la presencia de las fuerzas que lo rodeaban y trepó pared arriba. Al hacerlo, sintió un leve dolor en el costado. La herida debía de estar peor. Cada vez que levantaba el brazo izquierdo notaba una dolorosa punzada. Aun así, fue capaz de moverse hasta el techo y reptar hasta el centro de la estancia para detenerse junto a una destartada y torcida lámpara de araña. Se volvió y se camufló contra el techo mientras escudriñaba la habitación.

Aguardó y escuchó, pero no se oía ni un sonido en aquel lúgubre cuarto, salvo el goteo constante del agua que caía del techo dentro de una mugrienta bañera situada en el rincón. Pudo oír el eco de los coches a través de las ventanas rotas, con sus neumáticos chirriando bajo la persistente lluvia. Luego el paso ligero de una rata tras una de las paredes...

*Ella no va a venir, estúpido*, se reprendió a sí mismo. *No ha venido y no va a hacerlo. ¿Acaso no lo sabía ya? ¿Por qué iba a volver?* Emalie pensaba que Oliver era un asesino: «¿Cómo has podido, Oliver?», aquello era lo último que ella le había dicho.

*Pero me dejó aquel artículo*, recordó Oliver. El artículo detallaba la muerte de sus padres (*Ellos me llamaron Nathan*) y su secuestro, ocurrido mucho tiempo atrás. *Si ha pensado en mí lo suficiente como para encontrar ese artículo y dármelo, entonces tal vez, cuando pase el tiempo necesario, volverá.*

Pero aún no lo había hecho.

*Dos semanas*, recordó Oliver. Solamente había pasado dos semanas con Emalie y

Dean. En la existencia de un vampiro, incluso en la de uno como Oliver, con tan solo sesenta y cuatro años humanos, dos semanas suponían un abrir y cerrar de ojos. Entonces, ¿cómo podía siquiera llamarlos amigos?

*Fue por cómo me trató*, pensaba. Había sido muy fácil convivir con Emalie. Las cosas, sencillamente, «sucedian» a su alrededor. Mostraba interés, rara vez decepción y nunca inquietud por él, al contrario de lo que solían hacer los demás. Oliver también había notado algo de tristeza en ella. Su madre se había marchado sin dejar rastro dos años atrás. Su padre no lo había asumido. Emalie tenía que cambiar de escuela con frecuencia, ya que se trasladaban de apartamento en apartamento. A pesar de todo eso, irradiaba aquel halo de esperanza. Era como si se despertase cada mañana convencida de que el mundo era, en cierto modo, un lugar sorprendente, aunque se empeñase en defraudarla.

Oliver no había sentido todo esto con respecto a Emalie durante aquellas fugaces dos semanas; le había llevado montones de horas ordenar aquellos pensamientos en la soledad de su cuarto. En realidad, todos ellos se reducían a una embarazosa idea: la echaba de menos. *Ojalá alguno de ellos pudiera oír eso...*, reflexionaba Oliver. Cualquiera que perteneciese al mundo vampírico lo consideraría un caso perdido.

De repente un ruido irrumpió en los pensamientos de Oliver.

Pasos.

¿De dónde procedían? Oliver miró hacia el frigorífico, la ventana...

La puerta. Alguien venía. *¿Será ella?*

Justo entonces, Oliver percibió aquel aroma a cayena, salvia y putrefacción...

La puerta se abrió con un crujido.

## De nuevo un visitante

Desde la puerta, una figura escudriñó cautelosamente el interior. Su fragancia resultaba abrumadora pero, bajo ella, Oliver captó ciertos rasgos apenas perceptibles: era de sexo masculino y, sin duda, estaba muerto de algún modo. Era alto, delgado, vestía un abrigo largo y una sudadera negra con cuya capucha se cubría la cabeza. Se movía con prudencia alrededor del agujero sin fondo que había justo ante la puerta, aparentemente sin darse cuenta de que en realidad se trataba de una artimaña visual para engañar a los desventurados humanos. El agujero real apenas tenía medio metro de profundidad.

Dejando esto atrás, la figura se dirigió a la bañera. Se arrodilló junto a ella y comenzó a lavarse las manos. Oliver pudo ver sus largas y mugrientas uñas, y el agua color marrón de la bañera no ayudaba demasiado. La figura las miró y suspiró; aquel sonido era inequívocamente triste.

Se frotó un poco más y entonces dio un golpe al agua con frustración. Se apartó de la bañera y se arrastró de rodillas hacia la pared. Se sentó sobre una pila de ropa mohosa, dobló sus largas piernas y se puso a buscar algo en su abrigo.

Oliver reptó por el techo para echar un vistazo más de cerca. Reconoció el olor de la escalera. ¿Qué había estado haciendo aquella criatura en su casa? Entonces esta sacó algo de su abrigo. Oliver pudo ver que se trataba de una ardilla. Se imaginó que sería comida, pero la figura se limitó a mirar fijamente a los ojos negros y sin vida del animal. A Oliver incluso le pareció oír un lamento.

Siguió hurgando en su abrigo y entonces Oliver percibió un apagado destello metálico y un familiar olorcillo a almizcle: era la cuchilla de afeitar de Sebastian. Lo que la figura intentó a continuación hizo que Oliver arrugase la nariz con pena. Parecía estar intentando afeitar al animal, pero una cuchilla no bastaba para aquella peluda piel. No funcionaba. Pasado un minuto, rezongó ante su fracaso y lanzó la cuchilla a través de la habitación. Aterrizó en las sombras.

—¡Bah! —gruñó, y también arrojó la ardilla. Empezó a rebuscar en su abrigo de nuevo; esta vez sacó una bolsa con objetos del tamaño de pelotas de tenis. Extrajo uno de ellos; Oliver reconoció las cabezas de monstruo Gila congeladas que habían desaparecido de su frigorífico. Se oyó un crujido de astillas cuando la figura partió el cráneo para vaciar el interior. Tiró a un lado la calavera, volvió a meterse la bolsa en el abrigo y siguió rebuscando. Oliver se preguntó qué sacaría a continuación...

Y entonces lo vio.

En la sucia y apestosa mano de aquel ser había un recorte de periódico arrugado.



Oliver lo reconoció, porque era el objeto secreto que le faltaba: un artículo de periódico cuidadosamente recortado. No el de su secuestro, el que Emalie le había dado; este era más reciente:

—Eso es mío —siseó Oliver en la penumbra.

—¿Quién...? —La figura alzó la mirada y vio a Oliver. Ambos se quedaron atónitos y Oliver no podía creer lo que estaba viendo.

—¡Dean!

Por un momento, Dean parecía que iba a echar a correr, pero entonces dijo con voz ronca:

—Oliver.

Oliver se dejó caer hasta el suelo.

—Eh. —Hizo lo posible por ofrecerle una sonrisa, olvidándose de su enfado—. Está bien.

Dean lo miró con timidez, luego miró sus propias manos, su mugrienta piel pálida y morada, sus largas y desaseadas uñas. Cuando abrió la boca para hablar, apenas emitió un susurro:

—¿Qué me ocurre?

—Estoy casi seguro de que eres un zombi —respondió Oliver.

—Zombi —repitió Dean, casi riendo entre dientes—. Ah. Así que ¿soy un muerto de verdad?

—Sí —contestó Oliver—, en realidad un muerto viviente. Ya sabes, muerto, pero... no.

Dean suspiró:

—Lo sabía.

Oliver no sabía qué decir. Dean no parecía demasiado contento con aquello. A Oliver se le ocurrió comentar que, en realidad, aquello suponía algo mejor que estar sencillamente muerto. Y también pensó que tal vez Dean añorase estar vivo. Eso podía entenderlo, más o menos.

—Vamos —dijo Oliver dándole unas palmaditas a Dean en el hombro—, salgamos de aquí.

—Vale.

Atravesaron la puerta y salieron al camino del Crepúsculo.

—¿Cuánto hace que has vuelto? —preguntó Oliver.

—Unas dos semanas, creo —musitó Dean con la cabeza gacha.

—Ahora tienes poderes sobrenaturales —dijo Oliver para tratar de animarlo—. Probablemente puedas saltar más lejos y cosas así. —En el breve espacio de tiempo en que Oliver había conocido a Dean vivo, le había parecido un chico poco afortunado, sin demasiada coordinación, con una especie de miedo a todo... Tal vez ser un zombi fuese mejor para él.

—Supongo —murmuró Dean.

—Los zombis tienen más cosas guays —prosiguió Oliver—. Eh... El fuego no te

quema, y nunca te morirás...

—Acabo de hacerlo.

—Sí, bueno... Ya sabes a qué me refiero. Los zombis perviven más que los vampiros.

Oliver se detuvo ahí y decidió no mencionar que los zombis podían ser destruidos fácilmente si se les cortaba la cabeza o se les arrojaba en una cuba de sal. Tampoco dijo nada sobre lo más molesto: que debido a la descomposición de la piel y los problemas bacteriológicos que solían tener los zombis, los más viejos acababan siendo meros esqueletos.

Descendieron la colina en la oscuridad por las calles mojadas por la lluvia hasta que llegaron al canal. Se sentaron en la hierba a la orilla del agua negra, atravesada por un gran puente que se erigía junto a ellos. Por el agua navegaba un gran velero iluminado con cordeles de luces doradas. Cálidas siluetas retozaban en la cubierta, riendo y hablando.

—¿Cómo morí? —preguntó Dean con serenidad, con los ojos fijos en el vacío.

—¿No... no te acuerdas? —tanteó Oliver.

—En realidad, no. —Dean frunció el ceño—. Recuerdo que estábamos en la escuela. Tú estabas allí, después del ensayo del coro, creo. Algo ocurrió... Y después todo está en blanco, hasta que me desperté en mi... —Su voz se volvió ronca—. En mi ataúd.

Oliver no pudo evitar sentir una oleada de alivio. La verdad acerca de la muerte de Dean seguía siendo un misterio, pero al menos no creía que él lo hubiese matado, como Emalie. Y Oliver no pensaba cambiar eso.

—Te mató un vampiro —dijo Oliver con cautela—. Mi hermano, o tal vez uno de sus amigos, estoy casi seguro... Yo perdí el conocimiento en medio de aquella locura. Yo... no sé exactamente cómo ocurrió —dijo, para terminar. *Buen trabajo*, pensó con amargura. *Te las has arreglado para no mentir*.

—Ya —respondió Dean.

Esperaba que no le preguntase por qué lo habían matado. Aquello supondría un rodeo más largo en torno a la verdad, o bien que Oliver dijese simplemente: «Te mataron por mi culpa».

Afortunadamente, Dean no preguntó.

—Tuve que desenterrarme yo solo —dijo entre dientes, mirándose de nuevo las manos—. No puedo sacarme la porquería.

Oliver se sorprendió. Los niños vampiros no tenían que desenterrarse de sus tumbas, ya que nacían en laboratorios. Los vampiros engendrados sí lo hacían, pero Polemonia y Sebastian probablemente habrían enterrado a Oliver de una forma muy superficial en algún lugar, tal vez incluso en la casa, puesto que él era muy pequeño. Aun así, un vampiro nunca se molestaría por una cosa así, como Dean, pero los zombis no estaban concienciados como los vampiros.

La mayor parte de los vampiros, una vez que sentían el poder de las fuerzas a su

alrededor, creían que ser muertos vivientes era mucho mejor, no solamente que estar muertos, sino también que estar vivos. Aunque los zombis podían usar las fuerzas también, no tenían aquel avanzado sentido del universo, de la multitud de mundos paralelos que se fundían con aquel. Y los zombis no estaban habitados por demonios. Los vampiros esgrimían estos motivos, además del típico hedor insoportable de los zombis, como excusas para considerarlos seres inferiores. No tenían permitida la entrada en locales de vampiros a menos que lo hicieran como criados, e incluso así, por lo que Oliver había visto en el Subterráneo, estaban mal vistos. Habitualmente se los empleaba para tareas del hogar, o para la guerra. Algunos vampiros especialmente poderosos habían resucitado a ejércitos enteros de zombis, o a equipos de limpieza, de jardinería y cosas así. Suponían una excelente ayuda porque estaban místicamente vinculados a la voluntad de su amo...

Un momento.

—Dean —dijo Oliver—, ¿quién te ha resucitado?

—¿Qué? —Dean lo miró con aire burlón.

—¿Sabes quién es tu amo?

Dean se limitó a parpadear.

—¿Quieres decir que alguien me ha traído de vuelta con esta forma a propósito?

—Sí, eso creo.

Dean se miró las manos otra vez y rio amargamente:

—No lo sé.

Oliver se estremeció. Estaba prácticamente seguro de que, normalmente, el amo identificaría de forma inmediata a su criado zombi. No existía motivo alguno para dejar a un zombi merodear por ahí cuando podría estar trabajando. *A menos*, pensó Oliver, *que el amo no quiera que un zombi, ni nadie más, conozcan su identidad.* ¿Podría un amo controlar a un zombi desde la distancia? ¿Estaba siendo controlado Dean ahora mismo? Oliver lo miró con inquietud. No lo parecía...

—¿Quién... —farfulló Dean— haría esto?

—Bueno, probablemente alguno de tus parientes, o alguien así. —Oliver trataba de sonar optimista. Por dentro no se sentía así, pero, hasta que pudiese averiguar más cosas sobre la relación amo-zombi, se creía en la obligación de ayudar a que Dean se adaptase, y no de asustarlo más aún—. Quiero decir que tal vez estén esperando el momento adecuado para decírtelo, para que no te sientas abrumado.

—Mmmm —gruñó Dean.

Oliver decidió dejar el tema. Dean ya parecía lo suficientemente infeliz. Decirle que lo más probable era que fuese el criado de alguien seguro que no lo ayudaría.

—Puedo conseguirte algo para que te limpies las manos —dijo. La mayoría de lo que tenía Dean en las manos no era mugre, en realidad, sino moho y bacterias. Los vampiros tenían productos para aquello. Y había cremas para ocultar la putrefacción de la piel, aunque nada lo suficientemente fuerte para los zombis, que lo tenían mucho más difícil.

—Gracias —dijo Dean.

Oliver trató de pensar en algo más que decir:

—Has hecho un buen trabajo con el... olor.

—Ah, vale. —Dean esbozó una leve sonrisa—. Sí, es mi madre, está obsesionada con eso.

Oliver se sorprendió:

—¿Tus padres saben que has vuelto?

—Sí —respondió Dean—. Es que ¿a qué otro sitio iba a ir después de desenterrarme?

—Ya... —Oliver estaba casi seguro de que la mayoría de los zombis habrían ido directos al centro de la ciudad a buscar otros zombis con los que vivir. Los zombis tenían tendencia a habitar en grandes tanques que solían estar en túneles o almacenes abandonados, aunque Oliver había oído que existía un asentamiento especialmente grande bajo el estadio de los Seahawks. Los zombis eran grandes aficionados a los deportes violentos como el fútbol americano o la lucha libre, al contrario que los vampiros, que nada querían saber de aquellas actividades.

—Al principio mis padres se asustaron un poco —dijo Dean con total naturalidad—. Mi hermano lo llevó bien, mi hermana no demasiado... Pero mi padre intentó matarme con una horca. —Se frotó el hombro—. Eso duele.

—¡Au! —añadió Oliver.

Dean se puso mustio:

—Lo sé, ¿verdad? Mi madre simplemente gritó y chilló durante un par de días, pero ahora se están acostumbrando, más o menos.

—Eso es estupendo —dijo Oliver—. Es estupendo que los tengas a ellos.

—Sí —asintió Dean—. Mamá se ha esforzado mucho en ayudarme a enmascarar el olor, y ha investigado un montón, ya sabes, sobre cosas como baños de arena para que la descomposición de mi piel no empeore. Y también lo intenta con las comidas; ahora compra animales enteros para que yo me pueda comer los...

—Sesos —remató Oliver.

—Sí. —Dean suspiró—. Y también los órganos. Crudos. Está aprendiendo todo lo posible sobre qué cosas son las más saludables.

—Mi madre también es así.

Dean suspiró:

—El caso es que no es muy buena preparándolos, así que...

—Así que has estado cogiendo comida de nuestra casa.

—Lo siento.

—No importa —dijo Oliver.

—El lado bueno es que supongo que podemos andar juntos. —Dean ofreció a Oliver una mirada esperanzada.

—Sí —accedió Oliver. *¿Qué vamos a parecer?*, se preguntó. De andar con humanos a andar con zombis. Aunque si él había matado a Dean... Quizá fuese lo

mínimo que podía hacer. Y en realidad no tenía a nadie más con quien estar últimamente—. Pero ¿tú no deberías andar con otros zombis? —preguntó.

—Ah, sí. —El rostro de Dean se ensombreció—. Ellos. No sé. O sea, mis padres me dejan salir por las noches, quieren que haga nuevos amigos, pero...

—En lugar de eso has estado viniendo a mi casa —remató Oliver.

—Sí. No sabía a qué otro lugar podía ir y... ya sabes, estar. ¡Ah...! —Dean rebuscó en su abrigo y sacó el artículo de periódico—. Siento haber cogido esto —dijo devolviéndoselo a Oliver—. Es solo que me gusta la foto. —Era la necrológica de Dean, con su fotografía de la escuela, en la que posaba sonriente.

Se hizo el silencio entre los dos. Oliver alzó la vista y vio un murciélago revoloteando entre las vigas del puente.

—Ahora supongo que solo tenemos que conseguir que Emalie deje la escuela y empiece a quedarse despierta por las noches, ¿no? —dijo Dean, de nuevo con tono esperanzado.

Oliver lo detuvo:

—Eh... ¿Sabe ella...? ¿Sabe ella que has vuelto?

Dean suspiró.

—No. Había pensado que una vez que hablase contigo, tal vez sería más fácil si fuésemos juntos. De ese modo tú podrías ayudarla a entender que no soy peligroso.

—Mmmm...

*Sí, porque seguro que confiaría en mí,* pensó Oliver.

—Oye, deberíamos ir a verla ahora —propuso Dean con entusiasmo—. Casi ha amanecido. Podríamos despertarla y...

—Eeh, ejem, espera —lo interrumpió Oliver mientras las ideas se agolpaban en su cabeza—. En realidad no he visto a Emalie desde tu muerte.

—¿De verdad? ¿Por qué no?

—Bueno... —Oliver se preguntaba qué diría a continuación—. Ella estaba bastante disgustada con tu pérdida y no quería ver a nadie. He estado intentando dejarle espacio.

—¡Pero ahora he vuelto! —Los ojos de Dean se iluminaron—. ¡Venga! ¡Vamos a darle una sorpresa! ¡Seguro que piensa que es genial!

A Oliver le tentaba mucho la idea.

—¿Y qué tal —dijo con cautela— si vamos a comprobar cómo está primero, ya sabes, qué está haciendo y eso? Y esperamos a que parezca estar realmente de buen humor. Porque ya sabes, son muchas cosas que asimilar, conocer a un zombi, incluso aunque seas tú.

—¿Te refieres a espiarla? —Dean lo miró de refilón.

—Bu... bueno... —tartamudeó Oliver—, no a espiarla, en realidad. Más bien a observarla...

Dean se limitó a encogerse de hombros:

—Claro —dijo—, es un buen plan. —La idea podría haber molestado a un

humano, pero no a un zombi, ni siquiera a uno reacio a serlo—. ¿Qué tal mañana por la noche?

Oliver sintió una oleada de emoción e inquietud a la vez.

—Muy bien.

Se quedaron sentados durante un minuto más.

—Oye, mira eso —dijo Dean.

Oliver miró hacia donde le señalaba, hacia Capitol Hill, al este. El cielo estaba pasando de negro a gris.

—Hora de que nosotros, las criaturas nocturnas, nos vayamos a la cama —dijo Dean casi alegremente, dándole palmaditas a Oliver en la espalda—. Oye, tu apellido: Nocturne. Ahora lo pillo.

Oliver asintió. Se sentía incómodo y a gusto al mismo tiempo. Aquello estaba bien. Dean el zombi...

Se pusieron en pie:

—¿Nos vemos mañana, entonces? —preguntó Dean.

—Sí —respondió Oliver—, nos vemos. —Puso rumbo a casa, luego se volvió y observó a Dean adentrándose en las sombras. Dean había vuelto. La pregunta era: ¿por qué?

## Acecho

La noche siguiente, temprano, Oliver se despertó sobresaltado y con un inquietante sueño aún latente en su cabeza. Estaba con Dean y Emalie, caminando por los pasillos de la escuela. Dean era un zombi. Uno de esos mundos extraños y confusos los rodeaba. Los grotescos fluorescentes pintados con espray brillaban en las paredes, pero la luz del día, demasiado roja, se colaba por las ventanas. Y el suelo era de hierba. A ambos lados del pasillo, los compañeros de clase de Oliver los observaban en silencio. A pesar de eso, Oliver, Emalie y Dean bromeaban entre ellos, hasta que llegaban a la puerta del gimnasio...

Dean se adelantaba y la empujaba para abrirla. «Voy a averiguarlo, ¿sabes?», le decía a Oliver, sonriente.

Una vez dentro, se encontraban a todos los demás, los que estaban la noche de la muerte de Dean, congelados en sus sitios y apiñados. Los Emalie y Dean de aquella noche estaban con ellos. Tormento y sus amigos, Ty y Randall, también estaban allí.

«Todos a vuestros puestos», decía la Emalie que estaba junto a Oliver. Vestía de negro y parecía envuelta en una sombra. Oliver no acertaba a saber de dónde procedía; era como si las luces se atenuasen, pero solo alrededor de ella.

«Vamos, Oliver», decía Dean, tendido en el suelo.

De repente, el sueño se volvía borroso y Oliver ya estaba a punto de morder a Dean; tenía el rostro a unos centímetros de su cuello. Podía oír cómo le bombeaba la sangre... «¡Oliver, no!», gritaba Dean.

Oliver luchaba por mirar hacia la puerta donde Randall, el amigo de Tormento, montaba guardia. «¡No! —chillaba Oliver—. ¡Aguanta! ¡Yo no te mato! ¡No es eso lo que ocurre!».

Pero entonces oía resonar la vieja voz de Illisius en su cabeza: *Oliver, no te resistas, hijo. Es la hora...*

«¡Quédate justo ahí!», ordenaba Emalie.

De nuevo las cosas se volvían borrosas y Oliver se encontraba suspendido en el aire sobre la escena, solo que su cuerpo también estaba abajo, todavía sobre Dean.

«¿Adónde vas?», preguntaba Emalie mirando hacia arriba, enfadada.

«A Nexia», respondía Oliver con serenidad. Al levantar la vista veía que el techo había sido sustituido por un cielo totalmente negro con constelaciones líquidas y gigantescos planetas.

«¡Buen viaje!», exclamaba Dean despidiéndolo con la mano, olvidando su enfado.

«No», decía Emalie con dureza. Tenía los brazos extendidos hacia delante y casi parecía como si estuviese empujando el aire. «Está justo aquí», decía con una mueca de dolor. «Hay algo... pero no puedo... ¿Qué es lo que eres?», le chillaba al espacio. Al hacerlo, aquella sombra parecía envolverla de nuevo, como una nube o algo que tenía adherido, pero que ella no parecía notar.

«¿Lo ves, Oliver? —decía Dean—. Me mataste». Oliver bajaba la vista y se topaba con Dean yaciendo en el suelo, solo. En su cuello había dos agujeros rojos y la sangre se derramaba por el suelo.

«¡No! —gritaba Oliver—. ¡Yo no hice eso!».

Emalie le dirigía una mirada sombría. «Sí que lo hiciste. Lo haces todo el rato. Todos lo vemos».

Oliver miraba a su alrededor y veía que todas las personas del gimnasio lo miraban fijamente con frialdad. «¡No!», chillaba.

—¡No!

Los ojos de Oliver se abrieron. Estaba en la cama. No había ningún cielo estrellado sobre él, tan solo el satén blanco de la tapa de su ataúd. Miró hacia abajo y comprobó que se había movido tanto que se había salido del mantillo en el que dormía, pero sus escalofríos no se debían al frío...

Le bastó un instante para comprender que no iba a volver a conciliar el sueño pronto. Escuchó y, al oír solamente silencio, alcanzó el lateral de su ataúd y agarró una manilla de madera pulida. Los cerrojos que mantenían la tapa de su ataúd cerrada se deslizaron con una serie de silenciosos clics.

Todos los ataúdes se seguían cerrando desde el interior, a excepción de los de los recién nacidos, que podían bloquearse desde fuera. Los vampiros solían dormir profundamente y, desde siempre, los humanos habían aprovechado las horas de luz solar y sueño pesado para atravesarlos con una estaca. Esto ya no sucedía, salvo en contadas ocasiones, pero aun así los ataúdes se vendían basándose no solamente en el confort (se tenían en cuenta características como la regulación de la humedad del mantillo o el tejido interior de satén), sino también en la seguridad (triples cerrojos, acabados resistentes al fuego, sellados a prueba de olor a ajo). Oliver y su familia tenían ataúdes Morlock Tempurpedic de gama media, de la serie Sueño Profundo. El modelo siguiente, el Mausoleo en Casa, contaba incluso con videovigilancia y tecnología inalámbrica para llamar a los criados.

La tapa de Oliver se abrió con suavidad. Se sentó, se sacudió el último resto de mantillo tibio de las piernas y saltó al suelo de piedra. El ataúd de Polemonia y Sebastian, situado junto al suyo, estaba en absoluto silencio al igual que el de Tormento, situado al lado de este. La cripta estaba apenas iluminada por diminutas lamparillas nocturnas de luz de magma roja colocadas en el zócalo de cada una de las paredes.

Oliver se volvió y se arrodilló. Su ataúd le llegaba por la cintura. Debajo había dos hileras de cajones para guardar ropa. Abrió el de abajo y revolvió entre sus



camisas del uniforme de la escuela hasta que sus manos dieron con un pequeño objeto. Era un joyero de marfil con los bordes de peltre. Sebastian le había regalado a Polemonia un collar dentro de aquella caja. Oliver la abrió; dentro había una pequeña maraña de tres cosas. Oliver las extrajo y las colocó en una hilera ordenada: el pendiente en forma de lágrima, la goma verde para el pelo y la nota arrugada. Todavía olían ligeramente a Emalie.

Tenía que hallar un modo de probar que él no había matado a Dean... *A menos que lo hiciese de verdad*, pensó con preocupación. Realmente en aquel sueño parecía haberlo hecho. Y en cualquier caso, ¿qué podía hacer ahora? Semanas atrás había registrado los cajones de Tormento y no había encontrado rastro alguno de aquella esfera turquesa que llevaba con él aquella noche. ¿Qué otra prueba había? Parecía ser solamente su palabra contra la de todos los demás.

Enseguida volvió a meterse en su ataúd y, mucho más tarde, aquel sábado interminable llegó a su fin. Oliver subió a duras penas las escaleras para ir a desayunar. Tormento seguía durmiendo y Sebastian se había ido. Polemonia estaba al teléfono cuando él entró en la cocina.

—Entiendo. Bueno, te diré que eso es extraño. No... Francyne, no. Deberías quedarte en casa. Puedo ir yo. No hay problema.

Oliver se sentó ante la isla central y se encontró con una copa llena que lo estaba esperando, junto con una píldora de hierbas machacadas. Frunció el ceño al verla, pero se obligó a sí mismo a tragársela, como siempre.

—Muy bien —proseguía Polemonia—, te haré saber lo que averigüe. Eh... Adiós. —Colgó el auricular.

—Hola, mamá.

—¡Ah! —Polemonia casi dio un respingo—. Oliver, no te he oído subir.

—Perdona.

—No. —Polemonia echó un vistazo a la cocina, distraída—. Está bien. Escucha, tengo que salir un momento. Era Francyne. Volveré hacia medianoche, más o menos.

—Vale. —Oliver apreció la preocupación en la voz de Polemonia—. ¿Qué ocurre?

—Nada, es... No es nada por lo que haya que preocuparse, tan solo una reunión rápida del Consejo Central. —Se apresuró a meter las cosas en su bolso.

—Suenas serio —dijo Oliver.

—Sí, bueno, tengo que irme. —Polemonia corrió hacia las escaleras—. Tu padre trabaja toda la noche, así que... —Se volvió para mirarlo con el ceño fruncido, intranquila—. No tienes previsto salir, ¿verdad?

—No —mintió Oliver.

—De acuerdo, eso está bien. —Sorprendentemente, interrumpió ahí la conversación y desapareció escaleras abajo.

Oliver vació su copa. Se alegraba de que, fuese lo que fuese lo que afligía a Polemonia, por una vez no se trataba de él. Aun así, su madre no era demasiado

entusiasta del Consejo Central, el organismo principal de gobierno vampírico de la ciudad. A menudo decía que estaba deseando que acabase su mandato como coordinadora del distrito octavo. Así que, definitivamente, era extraño verla salir corriendo un sábado.

Pero aquello le facilitaba mucho las cosas a Oliver ya que, al momento, se marchó a casa de Emalie antes de que Tormento se despertase.

Atravesó la ciudad bajo una ligera lluvia. Todo estaba gris y oscuro. Las luces de Navidad ya hacía mucho que habían desaparecido y llevaba lloviendo, al menos, unos treinta días seguidos. Aquella clase de cosas siempre alteraban mucho a los humanos. Comenzaban a actuar de un modo extraño, desesperado, algunos incluso saltaban de los puentes. Al pasar junto a una serie de bares, Oliver pudo oírlos, de juerga, con un tono aún más enloquecido en sus voces. Las luces de neón iluminaban las gotas de lluvia y los árboles deshojados.

Mientras caminaba, sus pensamientos regresaron a aquel extraño sueño. Lo que seguía inquietando a Oliver era el modo en que Emalie parecía controlar la acción. Si se supone que los sueños son la forma que el subconsciente tiene de decirte algo, ¿qué significaba aquello? No tenía sentido alguno.

Regresó de sus pensamientos al llegar a casa de Emalie. Se detuvo a observar, nervioso. Le había resultado muy difícil no haber ido antes por allí. Las últimas cinco semanas se lo había planteado, pero no dejaba de recordarse aquello: *No quiere verte. Cree que eres un monstruo*. Y aun así, allí estaba.

El ruido de un cubo de basura rompió el silencio. Oliver se volvió y se topó con Dean, que emergió de las sombras. Llevaba un hueso de pollo en la mano y lo machacaba con los dientes. Los huesos, sobre todo los que tenían sustancia por dentro, eran un elemento habitual en la dieta de los zombis. Una vez Oliver había pasado junto a un contenedor lleno de muertos vivientes que estaban haciendo lo mismo que Dean hacía ahora; el ruido era ensordecedor.

—Qué hay —saludó Oliver.

Dean hizo un gesto con la cabeza y miró con cautela hacia la pequeña casa.

—Tal vez ya esté durmiendo. —Sonaba casi esperanzado.

Oliver se encaminó hacia los escalones de ladrillo atravesando el descuidado jardín. El porche de la parte delantera estaba oscuro. Una tenue luz brillaba en el interior de la sala de estar. Oliver se preguntó cómo estaría el padre de Emalie. Las escasas veces que lo había visto no tenía buen aspecto. Y hablaba con Margie, la madre de Emalie, como si estuviera en la casa, cuando en realidad llevaba dos años desaparecida.

Oliver echó un vistazo a la única ventana del piso de arriba, que también estaba en penumbra. Era el cuarto de Emalie. Todavía podía verse a sí mismo tumbado en aquel suelo, la noche antes de que Dean muriera, cuando había huido allí. Oliver había averiguado demasiadas cosas en aquellos días previos a la Noche Eterna, aunque todo aquello casi le había parecido un sueño durante las semanas posteriores,

cuando no tenía nada más que hacer que regresar a la vida normal. Pero ahora, estando allí, recordaba aquel sentimiento: saber que sus padres, sus padres vampiros, le habían estado mintiendo sobre toda su vida. (*¿Y acaso no siguen haciéndolo?*, se recordó a sí mismo). Aquella noche se había sentido a salvo en el cuarto de Emalie. Normal. De hecho, había dormido bien en aquel suelo.

—Miremos en el sótano —dijo Dean adelantándose a Oliver con sorprendente decisión.

Oliver lo siguió alrededor de la casa hasta llegar al ventanuco que había a ras de suelo. Una luz roja se colaba a través de él. Atisbaron con cuidado el interior, pero se encontraron con que la zona que Emalie empleaba como cuarto oscuro estaba vacía. No había material fotográfico a la vista, ni bandejas con productos químicos en el lavabo, ni fotos colgadas. Oliver recordó entonces que la cámara de Emalie se había roto en el Subterráneo. Lo único que había era una pila de libros amontonados en el suelo. Parecían viejos, tenían las tapas raídas. Un descuidado cuaderno de espiral reposaba abierto sobre el montículo.

—Puede que esté en la cocina —susurró Dean, dirigiéndose hacia la parte trasera de la casa.

Oliver se quedó rezagado observando el espacio que solía ocupar el cuarto oscuro, con paredes hechas de cajas aún sin vaciar. Casi como en un impulso, sintió dolor en el costado. El amuleto había estallado en aquel mismo suelo y le había mostrado a sus verdaderos padres. Entonces recordó la visión del portal con un aire de tristeza... Recordó cuando estaba con Emalie y sintió su aroma...

No, espera, su aroma no estaba en la visión. Estaba allí en aquel preciso instante.

—¡Dean! —Dean estaba alcanzando el lateral de la casa cuando Oliver lo agarró por los hombros y lo embistió. Volaron sobre una furgoneta aparcada en el callejón trasero. Al aterrizar, Oliver empujó a Dean al suelo.

—¡Ay! ¿Pero qué...?

—¡Chisst! —siseó Oliver con suavidad.

Justo entonces, la puerta del sótano de la casa de Emalie chirrió. Mirando por el poco espacio que quedaba bajo la furgoneta, vieron que se abría. Emalie apareció. Llevaba un jersey de lana negro, un gorro de punto también negro y una mochila colgada al hombro. Se escabulló con sigilo de la casa, pasó por delante del callejón y se alejó.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Dean mientras la observaban marcharse.

—Vamos —dijo Oliver, y comenzó a seguirla.

## Asesinato a pleno sol

No habían caminado ni cinco metros cuando Emalie se detuvo. Oliver agarró a Dean y lo empujó junto a un garaje mientras Emalie se volvía a mirar muy despacio. Analizó el callejón por un instante, luego se giró y siguió caminando.

—Ha estado cerca —dijo Dean. Salió de nuevo al callejón.

—Espera. —Oliver lo retuvo de nuevo—. Démosle un poco de ventaja. Puedo seguirle la pista.

Dejaron que pasase un minuto y se encaramaron a lo alto del garaje para saltar de tejado en tejado. A Dean no se le daba tan bien aterrizar sin hacer ruido sobre las silenciosas casas como a Oliver, y sus pies golpeaban en cada tejado.

—Lo siento —se disculpó antes de que Oliver dijese nada.

Recorrieron el vecindario saltando a lo largo de muchos metros y calles. Oliver trató de rastrear a Emalie en el viento, pero su aroma parecía más débil de lo habitual, así que tenían que permanecer cerca de ella, tenerla a la vista, pero no lo suficiente como para que oyese los aterrizajes de Dean.

Emalie llegó a un espeso parque y desapareció entre los árboles. Oliver y Dean bajaron a la acera y la siguieron prudentemente. El parque se extendía por la ladera de una pequeña colina. Grandes y viejos pinos rodeaban la escasa hierba del suelo. Unas cuantas farolas en forma de cono iluminaban con su luz blanca los senderos de cemento que serpenteaban en la oscuridad.

—Allí —susurró Oliver. Señaló hacia su derecha. Emalie estaba arrodillada sobre la hierba en medio de un oscuro grupo de árboles, con su mochila delante de ella—. ¿Puedes ver lo que hace?

—Qué va —respondió Dean, bizqueando—. Pero es una zona oscura para hacer fotos, ¿no?

—Deberíamos acercarnos más —sugirió Oliver.

—¿Más aún? —dijo Dean—. ¡Puede vernos!

Oliver sintió la punzada de su vieja irritación con Dean. Seguía siendo nervioso, aun siendo un zombi.

—No demasiado cerca —explicó Oliver. Estaba a punto de encaminarse en aquella dirección cuando un ruido lo detuvo.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Dean.

Había sonado como una risa que procedía de la dirección contraria.

—Por aquí —dijo Oliver—. Se arrastraron a través de los árboles y descubrieron un pequeño patio de arena. Allí había tres figuras. Parecían jóvenes.

—Vampiros. Quédate aquí —ordenó Oliver con severidad—. Y Dean, lo digo en serio.

—Por mí genial —asintió Dean, que no sonaba demasiado ofendido por que lo dejara atrás.

Oliver atravesó las sombras mirando siempre hacia su derecha. No alcanzaba a ver a Emalie desde allí, y el viento soplaba hacia lo alto de la colina, pero en caso de que cambiase, podría hacer llegar su olor a aquellos vampiros. Entonces oyó hablar a uno de ellos:

—Y estaba tan asustado... ¡Fue como si nunca antes hubiese visto un mongreloide noruego! —Oliver reconoció la voz—. ¡Vaya rarito!

Uno de los otros se reía.

Oliver aterrizó en la arena y se aproximó a ellos con las manos metidas en los bolsillos de su sudadera.

—¿Ese es Oliver Nocturne?

—Theo —se limitó a decir Oliver.

El compañero de clase de Oliver, Theo Moore, estaba repantigado sobre las barras superiores de un columpio. Sus amigos Brent y el Lombrices estaban sentados en el balancín, meciéndose un poco, arriba y abajo, pero se detuvieron en el instante en que vieron a Oliver.

—¿Qué haces fuera tan tarde? —preguntó Theo. Hablaba con el mismo tono sarcástico que solía utilizar para burlarse de Oliver en el pasado, excepto aquellos días en los que sonaba un poco menos seguro de sí mismo. Todo el mundo en la escuela miraba a Oliver de un modo diferente desde que, supuestamente, había matado a Dean. A Oliver no le hacía gracia. Se sentía como un bicho raro, como un leopardo en el zoo... Con todo el mundo mirándolo a través de un cristal y preguntándose qué iba a hacer a continuación. Era agradable que no se rieran de él, pero Oliver sentía que tan solo era cuestión de tiempo que aquello se fastidiase. Así que últimamente hablaba lo menos posible. De ese modo, tal vez todos pensarían que era misterioso cuando, en realidad, no sabía qué decir.

—He salido —dijo entonces Oliver. Y un silencio incómodo se hizo entre los tres. El viento cambió de dirección y Oliver captó débilmente el aroma de Dean. Se dio cuenta de que el Lombrices también ladeaba la cabeza extrañado, pero entonces la brisa se detuvo—. ¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó Oliver.

—Estamos buscando humanos —respondió Theo, aún con cierta actitud chulesca pero también ligeramente a la defensiva, como siempre—. Pero no para hacernos amigos de ellos —añadió.

—¿Qué se supone que significa eso? —le espetó Oliver.

Theo miró a Oliver con dureza por un momento. En el pasado, seguro que habría dicho algo cruel en ese preciso instante... Pero se limitó a sacudir la cabeza.

—Nada. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—Lo mismo.

—¡Ah! —Theo se encogió de hombros. Se sentó y, cuando volvió a hablar, su tono había perdido algo de malicia—. Aunque no hay demasiada acción con esta lluvia.

—Qué va —añadió Oliver.

—¡Bah! —dijo el Lombrices con decepción. Brent se limitó a mirar a Oliver.

El viento arreció otra vez y agitó los mojados pinos. Había cambiado ligeramente de dirección, tal vez no lo suficiente, pero Oliver miró hacia donde estaba Emalie...

Una figura acechaba en las sombras. ¿Sería ella? Parecía de su altura, pero desapareció detrás de un árbol. Oliver escudriñó en la penumbra... De repente la figura retrocedió. Una luz naranja salió de él o ella, como el chasquido de una cerilla al encenderla, solo que mayor y más brillante...

Oliver oyó un chisporroteo y sintió que una oleada de energía cálida lo sobrevolaba. Llegó y desapareció en cuestión de un instante.

—¿Qué ha sido eso? —Theo se dirigió hacia los árboles, pero la figura había desaparecido. Se volvió hacia Oliver—. ¿Has visto algo?

Oliver se encogió de hombros.

—¿Ver el qué?

—Oíd —dijo el Lombrices.

Theo miró a Oliver entrecerrando los ojos:

—¿Estás tramando algo, Nocturne?

—¡Escuchad! —exclamó el Lombrices con apremio.

Oliver y Theo se volvieron. El Lombrices miraba fijamente a Brent, que seguía sentado en el balancín.

—Nnnn —gemía Brent, doblado sobre el asidero.

—¿Qué le pasa? —preguntó Theo.

—Nnnnnnn... —Brent se balanceaba adelante y atrás.

—¿Qué le está ocurriendo? —preguntó el Lombrices con preocupación.

Brent empezaba a brillar. Parecía que lo rodease una tenue aura de luz dorada...

—¡Nnnnnnnnaaaaaaaaa! —Salió despedido del balancín y cayó de rodillas en la arena. Tenía el rostro contraído, los ojos cerrados, los colmillos al descubierto.

—¿B... Brent? —tartamudeó Theo.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaah! —La cabeza de Brent se agitó. Sus ojos se abrieron, grandes y brillantes, emitiendo una luz abrasadora. Entonces también su boca estalló en llamas. Su cabeza pegó una sacudida y, cuando la luz bañó a Oliver, este sintió un inconfundible escozor y retrocedió de un salto, muy asustado. Era exactamente como...

—¡Luz solar! —gritó Theo, agarrándose el pecho. Su camisa ardía en el punto en que le había tocado la luz. Oliver bajó la cabeza y vio que su sudadera estaba chamuscada.

—¡Corred! —Theo saltó del columpio y corrió hacia los árboles cercanos. El Lombrices cayó sobre la arena y se arrastró bajo el balancín.

Oliver dio un traspié hacia atrás. Brent se puso en pie tambaleándose; la luz que salía de sus ojos, su boca y sus orejas describía arcos con las sacudidas de su cabeza. Entonces su pecho empezó a brillar. Los rayos alcanzaron a Oliver y la pernera de su pantalón comenzó a arder. Sintió un dolor punzante. Intentó echar a correr...

De repente se agarrotó. El dolor que le infligía el amuleto lo perforó, como si de una lanza se tratase, por todo el costado. Perdió el control de sus piernas y cayó en la arena.

La luz zumbaba por todas partes, en medio de la noche. Oliver notó calor en la espalda y consiguió rodar sobre sí mismo a pesar del inmenso dolor que sentía. Brent se dirigía hacia él; la luz solar rebosaba por todos los rincones de su cuerpo, mientras su piel parecía a punto de agrietarse. La luz lo rodeó por completo hasta que se convirtió en un mero contorno en medio de una diminuta supernova. El resplandor se volvió más intenso y los rasgos de Brent se perdieron por completo...

Entonces se hizo la oscuridad.

Oliver pestañeó muy deprisa para habituarse de nuevo a la penumbra. Se dio unos cuantos manotazos en las piernas y el torso para extinguir los pequeños fuegos de su ropa. Cuando los puntos verdes de sus ojos se desvanecieron, lo único que vio fue un resto humeante en el lugar que antes ocupaba Brent.

El Lombrices se puso en pie lentamente. Pateó la arena sobre la que Brent había estado y restos de ceniza plateada se esparcieron por el aire. Brent se había convertido en polvo.

—Tío —dijo el Lombrices con voz débil—. ¿Brent? —Miró fijamente al suelo y, a continuación, miró a Oliver—. ¿Qué ha sido eso?

Los vampiros no eran de la clase de seres que se entristecía demasiado cuando otro era reducido a polvo. Sin embargo, en un momento dado podían enfadarse mucho por ello. La venganza era una idea muy extendida en el mundo vampírico y llevarla a cabo de vez en cuando se consideraba algo sano. No obstante, de momento, el Lombrices solo parecía confuso.

Oliver se puso de rodillas, con el costado ardiente.

—No lo sé. —Miró hacia los árboles. Lo que quiera que hubiese sido, procedía de aquella dirección. Sintió en su interior una horrible y heladora inquietud: *Emalie...*

De repente algo chilló en el cielo. Oliver y el Lombrices alzaron la mirada y vieron un gran murciélago que describía círculos entre los árboles. Entonces una lechuga descendió en picado, y también un cuervo. Cerca se oyó un susurro y Oliver vio a un mapache que se dirigía hacia ellos dando saltos; luego un coyote. Un humo negro comenzó a arremolinarse en torno a los animales... y una serie de vampiros adultos aparecieron en el patio de juegos.

—¡No os mováis! ¡Ninguno! —ordenó una retumbante voz.

En cuestión de segundos, Oliver y el Lombrices estaban rodeados.

## El Azote de Selket

Cinco figuras rodeaban la zona de juegos: eran tres mujeres y dos hombres, todos con largos abrigos negros. En sus solapas lucían insignias de hueso talladas en forma de un símbolo en skrit que Oliver no reconoció.

Rápidamente, se puso en pie.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó una mujer de baja estatura. Tenía la piel oscura, el cabello encrespado y los ojos rojos.

—Brent —farfulló el Lombrices, señalando la arena.

La mujer miró la ceniza y, a continuación, al Lombrices:

—¿Visteis al causante de esto?

—Solo estábamos aquí sentados —añadió el Lombrices.

Un hombre delgado vestido con un jersey de cuello vuelto bajo su abrigo dio un paso adelante y se arrodilló en la arena. Creó una bola de cristal, la abrió y la utilizó para tomar una muestra de ceniza.

—¿Y qué hay de ti?

Oliver levantó la cabeza y se topó con la mujer, que lo miraba con atención.

—¿Qué? —dijo.

—¿Qué ha ocurrido aquí?

—Yo, eh... Yo vi... —Oliver solo tenía un segundo para decidir cuánto contaría—. Yo solamente vi cómo Brent se encendía. Antes de eso, sentí como una oleada de energía, o algo así.

—¿Sabes de dónde procedía? —preguntó la mujer entrecerrando los ojos.

—No. —Oliver se maldijo a sí mismo. Otra mentira... Pero sentía que tenía que hacerlo. ¿Había sido Emalie la causante de aquello? ¿Por qué iba a hacerlo? *Tal vez porque vio cómo un vampiro mataba a su primo*, pensó. Ciertamente, se le olvidaba aquello. Huy, esto no es bueno...

—¿No viste nada más? —preguntó la mujer, que no sonaba demasiado convencida.

—No lo sé. —De nuevo, Oliver trató de contar la verdad sin demasiados detalles, en lugar de mentiras descaradas—. Estábamos hablando y de repente ocurrió. Theo y yo, y...

—¿Tú eres Theo? —preguntó la mujer al Lombrices.

—Este es Theo. —Una voz masculina surgió del otro lado del patio. Oliver vio a Theo caminando hacia ellos seguido por otro vampiro de abrigo negro...

Era Sebastian.



—Qué hay, Oli —saludó—. ¿Los demás estáis bien?

—Sí —respondió Oliver, bastante confuso—. Tan solo unas cuantas quemaduras. Sebastian se volvió hacia la mujer bajita.

—Leah, ¿la zona es segura?

Leah cerró los ojos. Estiró los brazos mientras inclinaba las palmas arriba y abajo. El aire pareció volverse líquido a su alrededor.

—Hay un zombi a cien metros al noroeste y un... Espera. —Entrecerró los ojos, interpretando la resonancia de las fuerzas invisibles—. Un humano saliendo del parque... Ah, no, lo siento, ha sido una falsa lectura. —Abrió los ojos—. La zona es segura.

Sebastian se volvió hacia el hombre que había cogido la ceniza:

—¿Qué tenemos, Tyrus?

Tyrus colocó la bola de cristal en el centro de un pequeño artilugio cuadrado, y esta comenzó a girar describiendo una curva descendente.

—Bueno —dijo Tyrus en tono grave mientras leía una pantalla azul—, los residuos de ceniza y vitamina D coinciden con los de los otros incidentes. ¿Qué opinas, Yasmin?

—Es el Azote —murmuró misteriosamente Yasmin, una mujer con bufanda blanca.

—¿Qué está pasando? —preguntó Theo con impaciencia.

Oliver observó cómo los vampiros se consultaban en silencio y sintió como crecía su propia frustración. Empezaba a estar demasiado acostumbrado a intentar interpretar los rostros de quienes querían mantenerlo en la ignorancia.

—Nada por lo que haya que preocuparse —dijo Sebastian.

—¡Pero mi amigo se acaba de convertir en polvo! —prosiguió Theo, con la voz atenazada por el miedo—. Necesitamos saber qué ocurre.

Oliver comprendió que estaba de acuerdo con Theo. Si estaba en lo cierto acerca de lo que había sentido instantes antes, lo que quiera que hubiese convertido a Brent en polvo había estado a punto de conseguirlo con él también.

—Estamos investigándolo —dijo Tyrus con firmeza—, es todo lo que necesitáis saber de momento. Os acompañaremos a casa y, si vuestros padres tienen preguntas, decidles que se pongan en contacto con el señor Ravonovich del Consorcio de la Penumbra. —Se volvió y se encaminó hacia los árboles. El mapache lo esperaba allí obedientemente y, con una espiral de humo, lo poseyó y salió disparado.

Leah tomó por el brazo al Lombrices, que seguía mirando la arena que había junto al balancín con expresión ausente:

—Tío —musitó de nuevo.

Yasmin se llevó a Theo y Sebastian se acercó a Oliver.

—Deberíamos irnos —se limitó a decir, rodeándole los hombros con su brazo.

—Papá —dijo Oliver en voz baja, echando otro vistazo preocupado al parque mientras se iban—, ¿qué acaba de ocurrir? —La imagen de Brent siendo tragado por

la luz del sol seguía rondando en su cabeza, y se le ocurrió algo aún peor. *Si ha sido Emalie quien ha hecho esto...* ¿Qué pasa si su intención era hacérmelo a mí?

Sebastian se tomó un minuto antes de responder:

—Escucha, puedo contarte algunas cosas, pero, por favor, guárdatelas para ti. El Consejo Central quiere evitar que se levanten rumores para que las cosas no se nos vayan de las manos.

—¿Qué cosas? ¿Qué le ha pasado a Brent?

—Bueno, te va a parecer que no tiene mucho sentido, pero ha sido asesinado por la luz del sol. Es un hechizo místico —prosiguió Sebastian— llamado el Azote de Selket. Nuestros historiadores sitúan su origen en la antigua dinastía egipcia de Amenemhat I. Los campesinos lo utilizaron en una revuelta contra el faraón y su burocracia, que estaba controlada por vampiros. Selket era una diosa protectora y se aprovecharon de su poder para infectar a los vampiros con luz solar; destruyéndolos de dentro afuera. Los historiadores creen que las orani estuvieron implicadas.

—¡Ah! —murmuró Oliver mientras un escalofrío lo recorría al recordar que Desolada Désirée se había referido a Emalie como una orani, parte de una estirpe secreta de mujeres «que ven».

—Sí —continuó Sebastian—, solo que ningún vampiro ha sido asesinado por el Azote en más de dos mil años... hasta esta semana.

Salieron del parque y continuaron por una silenciosa calle. Comenzó a descender una leve bruma. El dolor del costado de Oliver había remitido, pero seguía sintiendo una leve quemazón.

—¿Entonces —preguntó Oliver— Brent no ha sido el primero en ser atacado por ese Azote?

—No —respondió Sebastian—, él es el tercero. Los otros dos también eran niños. El primero fue en Capitol Hill. El padre del chico tenía un laboratorio casero de sanguijuelas, así que cuando oímos que alguien había ardidido de forma espontánea, supusimos que había sido un accidente con las incubadoras de llamas. Pero entonces ocurrió el segundo, un niño en una tiendita de Madrona... Y ahora este.

—Nadie ha hablado de eso en el cole, ni nada —murmuró Oliver.

—Lo hemos mantenido en secreto —contestó Sebastian.

—¿Quién era esa gente con la que estabas?

—Trabajan conmigo en el Consorcio —respondió Sebastian.

—¿Eran todos abogados?

—¡Ja! No, yo soy el único. —No añadió nada más.

A Oliver le dio por pensar que en realidad no sabía a qué se dedicaba el Consorcio de la Penumbra. Sebastian había descrito su labor como estar allí para sacar al Consorcio de problemas legales cuando hacían lo que quiera que hicieran. *Una de las cosas que hacen es echarme un ojo a mí*, se recordó Oliver. Era algo sobre lo que seguía necesitando investigar. Pero su padre siempre se las arreglaba para hablar sobre su trabajo y el Consorcio sin proporcionar detalle alguno. Oliver intentó

pensar en una pregunta que hacerle ahora, para obtener más información...

Pero, de repente, Sebastian se detuvo y lo frenó en seco con el brazo.

—¡Chissst! —Alzó la mirada con inquietud hacia los tejados, olisqueando el aire.

—¿Qué pasa? —preguntó Oliver.

Se encontraban en medio de un cruce bien iluminado. Algo pasó por encima de ellos.

—¿Quién anda ahí? —rugió Sebastian en la oscuridad. Oliver vio una silueta sobre un edificio de apartamentos de cuatro pisos. La figura trató de huir...

—¡Ay! —Pero en lugar de eso se resbaló y perdió el equilibrio en el borde del tejado. Cayó cuatro pisos y se estrelló contra el asfalto con un horrible estruendo—. ¡Bah! —gimió la figura mientras se ponía en pie lentamente. Oliver vio de quién se trataba y sintió miedo—. ¿Qué hay, Oliver? —dijo Dean aturdido. Cojeó hacia ellos, arrastrando una de sus piernas—. Creo que me he roto algo.

—¿Quién es este? —preguntó Sebastian, confuso.

Oliver se preguntó si habría algún modo de fingir que no conocía a Dean. No, nunca funcionaría. Así que ¿qué podía decir acerca de su amigo el zombi?

—¿No es ese el chico al que mataste? —preguntó Sebastian suavemente, con el mismo tono de voz vacilante que había sido tan habitual en su voz en diciembre. Por suerte, lo preguntó demasiado bajo como para que Dean lo oyese.

—Sí —musitó Oliver.

Oliver sintió la mirada de su padre. Lo miró a su vez, sin tener ni idea de qué esperar, y le sorprendió encontrarse con una gran sonrisa.

—Oli, esto es asombroso. Tú... ¡Vaya...! Ah, lo siento. —Se volvió hacia Dean—. Soy Sebastian Nocturne, el padre de Oliver.

—Hola —respondió Dean con nerviosismo—. Oye, Oliver, ¿estás bien? ¿Qué ha ocurrido allí?

Oliver quería preguntarle a Dean qué había visto, pero sabía que tenía que dejarlo para más tarde.

—Estoy bien. En realidad no sabemos lo que pasó.

—¿Cuánto hace que te despertaron? —preguntó Sebastian con curiosidad, mirando a Dean maravillado.

Dean le devolvió la mirada, confuso:

—¿Eh? Ah, bueno, quiere decir de la tumba. Unas dos semanas.

Sebastian asintió, como si estuviera contando mentalmente.

—Claro, por supuesto. Tendrías que haber estado muerto durante un ciclo lunar antes de que pudieran resucitarte... —Miró a Oliver de nuevo con asombro. Oliver creía que Sebastian se sentiría decepcionado por el hecho de que tuviera un zombi como amigo, pero entonces lo comprendió: *Cree que yo he resucitado a Dean*. Aquella era la única explicación lógica para alguien que, para empezar, pensaba que Oliver había matado a Dean. Muy bien, aquello podría beneficiarlo, pero tenía que sacar a Dean de allí. Todavía tenía que explicarle todo aquello.

—Dean, nos tenemos que ir a casa —se apresuró a decir—. Ven a buscarme el lunes después de clase, ¿de acuerdo?

—Genial —asintió Dean—. Encantado de conocerlo —añadió dirigiéndose a Sebastian, y se alejó en la otra dirección, cojeando y con expresión dolorida—. Hasta luego —añadió.

Oliver y Sebastian regresaron a casa. No hacían más que entrar por la puerta de la cocina cuando Sebastian exclamó emocionado:

—¡Polemonia, no te lo vas a creer!

Polemonia estaba cortando caña de azúcar sobre la encimera. Rápidamente levantó la vista.

—¿Estás bien...? —Su rostro se relajó y esbozó una sonrisa—. ¿Qué ha ocurrido?

Tormento estaba sentado en la isla, vaciando una lata de cola en una cafetera francesa, mientras engullía una larva de cigarra chocolateada. Miró a Oliver y, al ver su expresión sombría, sus ojos se iluminaron con entusiasmo:

—¿Se ha metido en problemas? —preguntó, como un buitre esperanzado. Se tomó el brebaje con los posos de café aún dentro.

—¡Oli ha convertido a su primera víctima en su criado! —anunció Sebastian con orgullo.

Polemonia miró a Oliver con los ojos como platos.

—¡Cariño! ¿De verdad?

—Yo... —comenzó Oliver. Miró inquisitivamente a Tormento mientras se preguntaba: *¿Has sido tú también quien ha hecho esto?*

Pero los ojos de Tormento tan solo le devolvieron una mirada de total amargura.

—¡El niño prodigio sigue impresionándonos! —Sebastian le propinó una palmadita en el hombro a Oliver—. Y deberías escuchar el modo en que le habla. Hace que sus órdenes suenen como si le diera opción a elegir.

Tormento apartó su silla de la isla y se marchó de la cocina.

Oliver se quedó escuchando, sin poder hacer nada, como una nueva mentira escapaba a su control. Se dio por vencido. Era como si, hiciera lo que hiciera, le llevase a una nueva mentira. Quería gritar: «¡Yo no he hecho nada de eso! ¡No soy un niño prodigio!». Ahora mismo debería estar siendo castigado por todas las cosas que seguían pasando. Al menos eso tendría sentido. Pero no, era una estrella y aquello mejoraba a cada paso y, sin embargo, empeoraba.

—Increíble —dijo Polemonia—. ¿Oliver?, ¿resucitar a un zombi? ¡Eso es tan difícil! —Sus ojos brillaban de orgullo—. ¿Cómo has aprendido a hacerlo?

—No lo sé —contestó por fin entre dientes—. Ya sabes, lo hice y punto.

—No se me ocurren más vampiros —prosiguió Polemonia— que hayan sido amos a una edad tan corta.

—Nos siguió durante la mitad del camino desde el parque, como un perro fiel —explicó Sebastian.

La mirada de Polemonia se oscureció.

—El parque... ¿Qué ocurrió allí?

—Otro ataque —confirmó Sebastian en tono alarmante—. Al niño de los Astor, Brent.

—¿Cogisteis a alguien?

—No —musitó Sebastian—, pero lo haremos.

Oliver se dirigió al piso de abajo inmerso en sus pensamientos. Al menos si sus padres creían que era el amo de Dean, no les importaría que los dos anduviesen juntos. Pero si Dean descubría que los padres de Oliver pensaban eso, también se enteraría de la creencia popular de que Oliver lo había matado. Suspiró. Esto iba a ser difícil de manejar. Y aun así, nada era tan preocupante como lo que acababa de ocurrir en el parque y saber si Emalie había estado implicada.

## Los códices

El domingo por la noche, al despertar, Oliver se encontró con que a duras penas podía volverse para abrir la tapa de su ataúd. Se vistió despacio. Con cada movimiento sentía una quemazón que se le extendía por el costado. Se dirigió al cuarto de baño y allí examinó la herida causada por el amuleto. Las líneas rojas con aspecto de telaraña habían aumentado. Ahora le llegaban hasta la mitad del estómago y trepaban bajo su brazo. Oliver no se lo podía creer: prácticamente se habían duplicado. Tal vez lo único que tenía que hacer era decírselo a sus padres y dejar que cuidaran de él. Tal vez se le ocurriese una explicación creativa para la herida y para el fragmento de amuleto. *¿Qué les voy a decir exactamente?* No tenía ni la más mínima idea.

Oliver rebuscó entre los largos estantes de la pared hasta encontrar el tarro de cristal oscuro de cataplasma de pez globo. Lo abrió y un penetrante olor a agua de mar lo envolvió. Metió el dedo en el tarro y extrajo una pequeña cantidad del unguento, una sustancia de color marrón oscuro. Casi parecía sirope de fruta, pero en realidad se trataba de órganos de pez globo triturados. De ingesta mortal para las criaturas vivientes, los órganos del pez globo contenían una toxina que funcionaba como un excelente anestésico para las heridas graves de los vampiros. Oliver se quitó la camiseta y se frotó el corte con el emplasto. Se estremeció de dolor (aquello provocaba un agudo escozor al principio) y a continuación sintió que empezaba a hacerle efecto. Cubrió la zona con un gran vendaje.

Ya en el piso de arriba, Oliver se encontró con Polemonia en la sala de estar. Estaba tendida en el gran sofá de cuero, hojeando un folleto de papel satinado. La imagen de la portada mostraba una erupción volcánica y ríos de lava que desembocaban en mares humeantes. En la parte superior, se leía: «Vacaciones en isla Necrata: experimente lo último en confort y caos».

—Hola, Oliver —saludó.

—Hola —respondió Oliver.

—Mamá se ha tomado hoy la noche libre. Coge lo que quieras para desayunar.

Oliver retrocedió hasta la cocina.

—¿Cómo está Dean?

Oliver se encogió de hombros:

—No lo sé.

Polemonia lo miró con orgullo.

—Es que sigo tan asombrada de que te hayas hecho un criado tú solo... ¿Cómo se siente él?

—Ah, eh... —tartamudeó Oliver—. En realidad no me lo ha dicho.

—Bueno, a veces los zombis se quedan un poco descolocados. Ya sabes, no suelen recordar su muerte y cuando se enteran de que los mataste tú, no les sienta demasiado bien. —Polemonia suspiró—. Es solo que no tienen una visión del mundo demasiado amplia. En cualquier caso, al final lo acaban aceptando.

—Mmm —dijo Oliver, deseando cambiar de tema—. Bueno, voy a salir.

—¿Sí? —Polemonia alzó la mirada dejando la uña entre dos páginas—. ¿Adónde?

—No lo sé —respondió Oliver—. Tal vez al parque.

—Escucha, Oli, preferiríamos que hoy te quedases en casa. Con lo que ocurrió ayer...

—Hasta luego, mamá. —La cabeza de Tormento asomó por la sala de estar.

—Muy bien —contestó Polemonia, mirando a Oliver con sentimiento de culpa.

—¡Vamos a lincharlos! —Tormento lanzó su grito de guerra con una voz empapada de emoción mientras atravesaba la cocina como una flecha—. ¡Este vaquero está listo para cabalgar! —Las botas de Tormento taconearon con estruendo escaleras abajo y la puerta de las alcantarillas se cerró tras él con un portazo.

Oliver se volvió hacia Polemonia:

—¿Por qué Tormento sí puede salir? —preguntó, tratando de no lloriquear, pero sin demasiado éxito.

—Oliver, los ataques han sido a niños —respondió Polemonia con prudencia—. Tormento y sus amigos querían ayudar en la búsqueda.

—¿Papá ha vuelto a salir a patrullar?

—Estará fuera toda la noche. Y quiere que tú estés en casa.

Oliver estaba furioso, pero no veía que discutir le fuese a servir de nada. Saber que Tormento y sus amigos también estaban fuera, de caza, hizo que se preocupase aún más por Emalie. Aun así, no sabía qué más podía hacer al respecto.

—Muy bien —cedió, y se dirigió hacia el televisor y sus videojuegos—. Iba a ir a la biblioteca mañana después de la escuela —dijo enfurruñado—. ¿Aún puedo hacer eso?

—Bueno... —respondió Polemonia vacilante, frunciendo el ceño.

—Es para la escuela —mintió Oliver—. Y el proyecto cuenta como deberes para esta semana.

Entonces Polemonia asintió con decisión.

—No, vale, lo arreglaremos para que vayas. No podemos refugiarnos en el miedo. Pfff, miedo... ¡Si tu abuela pudiese oírme ahora mismo!

Oliver pudo imaginarse a la madre de su madre, Myrandah, montando en cólera con su marcado acento morosiano por una cosa así. Ni siquiera existía un símbolo para «miedo» en skrit. Ella achacaría una emoción tan humana al efecto contaminante de los ideales y la cultura del Nuevo Mundo.

Polemonia prosiguió:

—Nos aseguraremos de que puedas ir a la biblioteca mañana.

—Gracias. —Oliver esbozó una sonrisa, pero seguía preocupado por Emalie. Si de verdad era la responsable del Azote, Oliver esperaba que no fuese tan ingenua como para llevar a cabo otro ataque esta noche. La idea de que la encontrasen Sebastian y su equipo del Consorcio, o Tormento y su pandilla... Ninguna de esas situaciones acabaría bien.

Oliver y Tormento salían por la puerta la noche siguiente cuando Polemonia gritó:

—¡Charles, no lo olvides, después de clase llevas a Oliver a la biblioteca!

Ambos se quedaron paralizados. Oliver levantó la cabeza y se topó con el ceño fruncido de Tormento. A continuación sonrió.

—¡Sí! —Extendió el brazo y golpeó a Oliver justo en la herida. Oliver se estremeció de dolor, tratando de no exteriorizarlo—. No hay problema, mamá —añadió Tormento—, será genial.

—Sin sarcasmo, por favor —gruñó Polemonia.

A Oliver le dolió el costado durante todo el recorrido hasta la escuela, pero se le olvidó nada más llegar. Atravesó la puerta trasera y se encontró a sus compañeros de clase alborotando en las escaleras, admirando los grotesca que brillaban en las paredes. Las imágenes tridimensionales pintadas con espray que oscurecían los alegres murales y tablonos de anuncios de los humanos habían sido rehechas por completo aquella semana con ocasión del día de San Valentín. Los pasillos del color de la sangre relucían y reflejaban escenas de tragedias románticas: demonios batiéndose en duelo por la mano de una doncella, amantes sufriendo junto a tumbas.

—¡Eh, Oliver! —Seth apareció a su lado en las escaleras—. ¿Qué tal tu fin de semana? ¿Hiciste algo guay?

Oliver se encogió de hombros.

—En realidad, no. —El entusiasmo con el que Seth le hablaba en los pasillos suponía un buen ejemplo del ligero cambio que el mundo de Oliver había experimentado en el último mes. Seth y Oliver no tenían absolutamente nada más de qué hablar que antes. Pero ahora Oliver podía sentir que Seth le ponía voluntad.

—Yo he tenido un buen fin de semana: salir por ahí, jugar aaaaaah...

Alguien apartó volando a Seth y Oliver sintió una fuerte palmada en el hombro.

—¿Qué pasa, Nocturne? —Theo y el Lombrices aparecieron a su lado.

—¿Qué hay? —contestó Oliver.

—Así que el día de San Valentín... —dijo Theo como si estuviera conspirando—. Nosotros los chicos tenemos que mantenernos unidos.

Oliver miró a Theo. Siempre tardaba un momento en imaginarse de qué estaba hablando y, aun así, no se sentía seguro como para preguntarle: «¿De qué estás hablando?». Así que asintió, esperando una vez más que su silencio se tomase como que sabía lo que estaba ocurriendo.



—¡No sé si puedo soportar la adoración! —gritó Theo dramáticamente para que todos pudieran oírlo. Entonces le propinó un codazo a Oliver y bajó la voz—. Y tú te vas a llevar la peor parte, señor Primer Asesinato y todo eso.

—Vale. —Oliver se encogió de hombros. Entonces pudo sentir también el esfuerzo de Theo: le ponía voluntad.

—Supongo que has oído las risitas de Suzyn y sus amigas...

Oliver siguió la mirada de Theo hacia el fondo de las escaleras y vio a Suzyn y su pandilla de amigas mirándolo. Se sorprendió de toparse con dos grandes ojos negros clavados directamente en él, pertenecientes a la chica que iba a la izquierda de Suzyn, Monique. Era de menor estatura, tenía la piel oscura y el pelo recogido en un montón de trenzas que caían sobre el blanco cuello de su camisa. Oliver se quedó bloqueado mirándola y el pánico lo atenazó. ¿Estaba despeinado? ¿Llevaba la corbata torcida? ¿Tenía restos de tarta en la barbilla? Se volvió inmediatamente y, al hacerlo, tropezó con los escalones.

La clase de Oliver tenía Manejo y Manipulación de Fuerzas como primera asignatura de la noche. Con un sentimiento de terror que ya le resultaba familiar, Oliver pronto se encontró en el gimnasio, iluminado con antorchas, ataviado con su uniforme deportivo: los pantalones cortos y la camiseta sin mangas. Flotaba dentro de aquella ropa, que parecía hecha tan solo para realzar los músculos que no tenía. Casi podía oír al uniforme burlándose de él: Tienes una pinta horrible... Te hago parecer tan delgado... La señorita Nikkolai, la profesora de MMF, insistía en lo de los uniformes, porque las pesadas capas de ropa suponían un obstáculo para trepar paredes y añadían dificultad extra a la espectralización y a la práctica de los ejercicios de techo, pero Oliver se preguntaba si la señorita Nikkolai no tendría también como misión aplastar su autoestima por completo.

La clase estaba colocada en filas paralelas, las chicas frente a los chicos. La señorita Nikkolai, que permanecía en el centro, también defendía que aquel era el mejor modo de que todos la viesan, que con una única fila larga resultaría demasiado difícil dar la clase. Pero ¿no sería en realidad para que las chicas pudiesen susurrar sobre los chicos e intercambiar risitas? Por el rabillo del ojo, Oliver vio a Suzyn y Monique haciendo exactamente eso.

Theo se inclinó hacia delante, a su lado. Oliver esperaba más burlas, pero Theo estaba serio:

—¿Entonces tu padre te contó algo de lo del Azote?

Oliver se sorprendió de que Theo supiese su nombre. El Consorcio no estaba manteniendo aquello tan oculto como Sebastian parecía pensar.

—Solo que Brent no fue el primero —respondió Oliver con gravedad.

—Tienen que ser los humanos, ¿verdad? —dijo Theo—. Solo espero que tengamos otra oportunidad de enfrentarnos a ellos.

—Van a pagar por lo que han hecho —murmuró el Lombrices con tono misterioso.

Theo se lamió los labios.

—Si oyes algo más, dínoslo...

—Ah, claro —contestó Oliver.

—Es suficiente, caballeros. —La señorita Nikkolai se dirigía a ellos desde el otro lado de la estancia con un acento ruso que remarcaba el final de cada una de sus palabras—. Nocturne, Moore, ¿tienen algún problema que yo deba conocer? —Oliver miró a su alrededor y vio que el resto de la clase había empezado a escalar las paredes para practicar más ejercicios de techo. Él, Theo y el Lombrices se apresuraron a alcanzarlos.

Después del colegio, Oliver se encontró con Tormento fuera, inclinado sobre la verja del patio, enfurruñado y con la música de sus auriculares atronando. Cuando Oliver llegó junto a él, Tormento se limitó a volverse y comenzó a caminar.

—Espera. —Tormento no se detenía—. Tormento, espera. Tenemos que esperar a Dean.

Tormento dio media vuelta y se sacó los auriculares de las orejas con dramatismo.

—¡Ah! —Puso los ojos en blanco—. ¡Es verdad! Por supuesto, tu subalterno. «¡Oh, gran Oliver, prodigio de los prodigios!».

—Bueno, ¿entonces por qué lo resucitaste? —gritó Oliver repentinamente.

—¿Yo? —Los ojos de Tormento se abrieron como platos y una sonrisa de incredulidad se dibujó en su rostro.

A Oliver le ponían enfermo aquellas payasadas.

—Sí, tú.

La sonrisa de Tormento se hizo aún mayor.

—Jo, tío, ahora sí que tienes problemas. Yo no resucité a tu zombi, corderito. ¿Acaso no ha sido lo bastante repugnante formar parte de El *show* de Oliver desde que lo mataste?

—¡Tú lo mataste!

—¡Déjalo ya, hermanito! Piénsalo: si yo fuera su amo, ¿por qué crees que iba a permitir que anduviese contigo? ¡Estaría haciendo lo que a mí se me antojase! —La sonrisa de Tormento se desvaneció por un momento, como si estuviese meditando sobre su oportunidad perdida.

Oliver se limitó a mirarlo:

—Tuviste que ser tú. —Pero Tormento tenía razón en aquello: habría encontrado una lista interminable de cosas que hacer con un criado zombi.

—¡Jo, espera a que mamá y papá lo averigüen! —exclamó Tormento—. ¿Sabes qué? Olvida lo que he dicho. Esto es genial. ¡Cuantas más flores te echen ahora, mayor será la caída cuando todo el mundo descubra que eres un fraude! ¡Eso es algo por lo que merece la pena esperar!

—Qué hay, chicos. —Oliver se volvió y se encontró con Dean caminando junto a

ellos—. ¿Qué pasa?

Tormento arrugó la nariz con dramatismo.

—¡Ah, brutal! —Se alejó de ellos.

—Ignóralo —dijo Oliver—. Vamos, tenemos que ir a la biblioteca.

—¡Bien, estupendo! —asintió Dean—. ¿Vamos a tratar de averiguar quién me resucitó?

—Sí —contestó Oliver—, y qué ocurre con los llamados asesinatos a pleno sol.

—Oye —dijo Dean—, no crees que Emalie tenga algo que ver con eso, ¿verdad?

—¿La viste todo el tiempo mientras ocurría?

—Qué va. —Dean sacudió la cabeza—. Yo diría que le perdí la pista. No pude rastrear su olor, ni nada.

Tomaron los túneles que iban al centro de la ciudad y salieron a la superficie en un mugriento callejón. La fachada de cristal en forma de trapezoide de la Biblioteca Pública de Seattle se alzaba ante ellos, con las ventanas en penumbra. Alcanzaron una zona de carga y descarga de hormigón y, allí, Oliver llamó a una puerta de garaje de acero.

Instantes después, se oyó el eco de unos pasos tras la puerta y, con un sonido metálico y el zumbido de la maquinaria, la puerta se levantó. Celia St. Croix, el enlace vampírico de la biblioteca, apareció:

—Buenas noches, chicos —dijo alegremente—. Bienvenidos. ¿Sabéis adónde ir?

—Sí —asintió Oliver, entrando en el edificio.

—Esperad. —Oliver se volvió y vio que Celia había detenido a Dean poniéndole la mano en el pecho—. Solo pueden entrar vampiros —le dijo a Oliver con toda naturalidad—. Los ayudantes tienen que esperar fuera.

—¡Ah! —Oliver miró a Dean con vacilación—. Lo siento, seré... Seré rápido. No lo sabía...

—Hay un contenedor bajando un poco por ahí —le sugirió Celia a Dean con indiferencia.

Dean se quedó cabizbajo:

—No pasa nada, me largo y ya está. ¿Nos vemos en otro momento, Oliver?

—Vale —respondió Oliver con sentimiento de culpa—. ¿Mañana antes del colegio, tal vez?

—Claro. —Dean se marchó.

Oliver y Tormento atravesaron la zona de carga y descarga y la pesada puerta de metal. Momentos más tarde aparecieron en la silenciosa planta baja de la biblioteca, en la sección infantil. Pasaron entre las pequeñas estanterías y rodearon mesas diminutas. Tormento se tomó un momento para coger un oso de peluche de una de las mesas, decapitarlo y devolverlo a su silla con la cabeza entre las manos. A veces Oliver no podía creer que fuesen hermanos.

La luz de la calle se colaba en el interior dibujando sombras en forma de diamante en el suelo. Sus pasos retumbaban en la oscuridad. Había tres ascensores a lo largo de

la pared, y un cuarto a la vuelta de la esquina. Oliver y Tormento se dirigieron hasta el del medio, marcado con el número 2, y presionaron el botón de bajada.

Un ruidoso *ding* resonó en el espacio vacío y las puertas del ascensor se abrieron. Entraron en él y pulsaron el botón que conducía al sótano. El ascensor descendió. La puerta volvió a abrirse para mostrar el aparcamiento de hormigón, pero no era allí adonde Oliver y Tormento se dirigían. Cuando las puertas se hubieron abierto del todo, Oliver comenzó a contar para sí susurrando:

—Uno... —dijo, y volvió a presionar el botón del sótano, aunque ya estaban en aquella planta—. Uno, dos... —contó, y lo pulsó de nuevo—. Uno, dos, tres, cuatro... —Lo presionó una tercera vez. El timbre del ascensor sonó tres veces y las puertas se cerraron. Aunque en el panel no figuraban más pisos, el ascensor empezó a descender.

Bajó durante un rato y se detuvo. Las puertas se abrieron.

—Ah, bienvenidos, Nocturne. —Ante ellos, un enjuto y viejo vampiro vestido con un impecable esmoquin los recibía tras un alto mostrador de caoba. El mostrador sobresalía de la pared de una gran habitación describiendo una curva.

—Hola —respondió Oliver al bibliotecario, sin sorprenderse de que los conociera. En cuanto Oliver había insertado el código en el ascensor, sus firmas de fuerzas habrían sido escaneadas y sus identidades verificadas.

El bibliotecario salió de detrás del mostrador.

—Por aquí. —Los condujo por el centro de la habitación, cuyo suelo estaba cubierto de moqueta color burdeos. Las paredes estaban revestidas con paneles de caoba muy bien pulidos y cálidamente iluminadas por faroles de una danzarina luz de magma. Al final de la estancia había unas cortinas negras. De fondo se oía una suave música clásica. Había unos cuantos vampiros más, de pie ante pequeñas mesas pegadas a las paredes.

—¿Puedo ayudarlos con su búsqueda? —preguntó, deteniéndose e indicándoles con un gesto que ocuparan una mesa libre.

—No, gracias —se apresuró a responder Oliver.

Tormento se apoyó en la pared, con su música atronadora, mientras Oliver se dirigía a la mesita, que en el centro tenía un cuello de ganso plateado que remataba en un micrófono de cobre. Junto a él, había un pequeño altavoz encajado en la mesa. Oliver orientó el micrófono hacia sí y dijo en voz baja:

—Resurrección de zombis.

—Dieciocho —susurró la agradable voz del catálogo desde el altavoz.

Oliver volvió a hablar, bajando la voz y echando un rápido vistazo a su alrededor.

—Azote de Selket.

—Seis —respondió el catálogo.

—Orani —dijo Oliver.

—Treinta y cuatro —susurró el catálogo.

Oliver volvió a mirar a su alrededor. Tormento había descubierto a una chica

atractiva al otro lado de la habitación. Oliver realizó una consulta más, pero en voz más baja que las demás:

—Puerta de Nexia. —Vio cómo el bibliotecario miraba en su dirección.

—Veintidós —susurró el catálogo.

Oliver se dirigió hacia las cortinas y entonces se dio cuenta de que Tormento no estaba junto a él. Volvió la vista atrás y vio que su hermano seguía apoyado en la pared. Había conseguido atraer la atención de la chica y ahora intentaba fingir un completo desinterés.

—Por favor, tómate tu tiempo —le pidió con sarcasmo, despidiéndose de Oliver con la mano.

Oliver se volvió, contento de que Tormento no estuviese con él. Atravesó los gruesos pliegues de las cortinas y se internó en una estrecha pasarela de rejilla metálica. A un lado había unas escaleras de caracol. Ante él, un pasillo se extendía hacia la penumbra. A izquierda y derecha había entradas que desembocaban en más pasillos. Las paredes que los separaban eran sólidas, de madera oscura. Se oían pasos que retumbaban arriba y abajo.

Oliver miró una placa dorada que colgaba de la pared que tenía delante. Una flecha indicaba hacia la izquierda bajo los números: 16-32. Oliver se encaminó en esa dirección y giró en el siguiente pasillo.

El suelo y el bajo techo seguían siendo de rejilla metálica, pero las paredes que lo rodeaban alternaban cortinas negras y madera. Junto a cada cortina había un número. Oliver se dirigió a las marcadas con el número dieciocho.

—Entre —susurró el catálogo.

Atravesó las cortinas y se internó en una habitación oscura iluminada tan solo por una vela en cada pared. Un humo procedente del incienso flotaba en la tranquilidad y la humedad del aire, con un aroma a cilantro y canela. Una única almohada reposaba en el centro de una alfombra pequeña. Oliver se sentó sobre ella y clavó los ojos en la oscuridad.

—Resurrección de zombis —repitió Oliver.

Dos ojos brillantes y azules se iluminaron en la penumbra. Se produjo un sonido chirriante y un pedestal de piedra se deslizó hacia delante. Sobre él, apareció una figura sentada envuelta en ropajes de color rojo oscuro y con el rostro oculto por la sombra de una capucha, que solamente dejaba sus ojos a la vista.

—Continúe —dijo con voz monótona.

Oliver hizo una pausa. No era la primera vez que estaba con un código y sabía que, para acceder a la extensa historia oral que contenía, tenía que afinar su búsqueda explicando lo que deseaba encontrar. Aquello lo obligaba a decir en voz alta cosas que se había estado guardando para sí. Pero los códigos se regían por una estricta confidencialidad, por lo que no debía preocuparse. *Se supone que los médicos también guardan confidencialidad*, se recordó a sí mismo con amargura. Bueno, no le quedaba más remedio que seguir:

—Cómo detectar al amo de un zombi.

Se produjo una profunda inhalación que sonó fatigada, y se oyeron cadenas. Los códigos eran vampiros de cientos, a veces miles, de años de edad. Tan solo los académicos más brillantes eran escogidos para la transformación. Su recompensa era que vivían eternamente gracias a una serie de hechizos y se les inculcaban todos los conocimientos orales de una serie de temas. Era un honor, pero, como los vampiros tendían a considerar el honor como algo que resultaba tan fácil de olvidar como de obedecer, los códigos eran encadenados de manos y pies. El que estaba ante Oliver era especialmente anciano. Había códigos más jóvenes, que resultaban menos imponentes e incluso se los sacaba de allí para impartir lecciones de historia a grupos de niños vampiros.

—El amo de un zombi será, salvo raras excepciones, el ser que haya matado al humano —dijo el código con un fatigado y áspero siseo—. El zombi reconocerá a su amo desde el primer momento tras su exhumación.

—¿Hay algún modo de que un amo oculte su identidad? —preguntó Oliver.

—Un amo podría escoger no revelar quién es —respondió el código—. Existen ciertos hechizos, pero son difíciles y poco comunes.

—¿Cómo se puede descubrir a un amo que se oculta?

El código volvió a tomar aliento de forma ruidosa:

—Existe un rito de sangre que se puede realizar para marcar al amo; es una marca que él no sabrá que existe y que resulta imposible de ocultar.

—Explicar —dijo Oliver. El código enumeró los pasos del ritual. Oliver escuchó con atención.

—Mezclar estos ingredientes en un mortero de Van Muren —concluyó el código— y recitar el conjuro.

Oliver asintió.

—Fin —dijo. La piedra chirrió y el código se deslizó de nuevo hacia la oscuridad, al tiempo que cerraba los ojos. Oliver atravesó las cortinas y se dirigió de nuevo al pasillo. El ritual era fácil, salvo por el mortero de Van Muren. Probablemente aquella era la clase de cosa que Desolada Désirée podía conseguir. Al pensarlo, le dolió el costado. Ir a verla nunca era agradable. Pero, una vez más, sería una buena excusa para preguntarle por qué le había regalado la visión del portal.

Oliver descendió la escalera de caracol y se encaminó por un pasillo similar al anterior hasta llegar a la cortina del código número seis, donde tenía previsto preguntar sobre el Azote de Selket...

Pero las cortinas estaban retiradas, las velas apagadas y el altar de piedra vacío.

—Lo lamento —dijo el catálogo con un agradable tono desde el altavoz oculto—, el código seis ha sido retirado de forma temporal por motivos de autenticación y ampliación de información. El código seis volverá a ponerse a disposición del público el... —La voz se detuvo y otra voz automática, también femenina pero con un tono más bajo, intervino—. Fecha no disponible. —La voz habitual regresó—. Para

obtener ayuda temporal, acuda al bibliotecario.

Oliver se quedó mirando fijamente la habitación vacía. Le parecía demasiada coincidencia que el códice que contenía información sobre el Azote estuviese fuera de servicio en el preciso momento en que el Azote había reaparecido. Oliver regresó escaleras arriba preguntándose mientras subía si sería el Consorcio de la Penumbra o el Consejo Central, o ambos, los que trataban de mantener a todo el mundo en la ignorancia hasta que pudiesen solucionar el problema. Oliver se preguntó si habría algún modo de preguntarle a su padre acerca de esto sin desentrañar alguna de las otras mentiras que lo habían llevado hasta la biblioteca.

Sumido en estos pensamientos, ya había llegado a las cortinas marcadas con un treinta y cuatro.

—Entre —dijo el catálogo.

Oliver entró en un cuarto idénticamente iluminado. Se sentó en la almohada y pronunció:

—Orani.

Unos ojos naranjas se iluminaron en la oscuridad y el pedestal de piedra se descubrió. El códice vestido de rojo respiraba con pesadez, pero de forma menos trabajosa que el anterior.

—Continúe —dijo con áspera voz femenina.

—Historia general —dijo Oliver.

La profunda respiración del códice resonó en toda la estancia.

—Orani, perspectiva general del profesor Irving Emerick, actual y distinguido doctor en Historia y Epidemiología de Estirpes Demosapiens de la Academia Averno, Morosia: Tribu humana maldita con una intuición extradimensional, las oran aparecieron por primera vez en Mesopotamia durante la Edad de Bronce y fueron adoradas como diosas. Cuando su fama se extendió, fueron invitadas a la corte suprema del faraón Amenemhat I. Sus líderes fueron esclavizadas de inmediato y sus seguidores, masacrados. Pero las oran organizaron una revuelta y desaparecieron. Desde entonces llevan una existencia secreta.

»Con frecuencia los gobernantes han buscado a las oran con la intención de que sus poderes intuitivos los aconsejasen en su labor. Se dice que el emperador romano Domiciano y el otomano Mehmed II lograron encontrar a una oran aunque, poco después, ambos líderes cayeron casualmente enfermos con episodios de paranoia y locura propios de la manipulación de los sueños de las oran.

»No aparecen referencias escritas a las oran hasta el año 1657, aunque se cree que existían de forma clandestina, y hoy en día se sabe que las personas poderosas siguen buscándolas. —El códice tomó aire de nuevo—. Por favor, especifique tema para continuar.

Oliver no había planeado preguntar nada más, pero algo de lo que acababa de oír le sorprendía, así que dijo:

—Manipulación de los sueños de las oran.

El códice inspiró:

—El profesor Emerick ha afirmado que las orani pueden transportarse a los sueños y a los recuerdos de otros para modificarlos. Estas alteraciones pueden llevar a la víctima a creer falsedades y a consumirse en la paranoia, la culpabilidad y el miedo. Emerick teoriza que las orani son las culpables de la histeria colectiva que destruyó Arcana en 1868. Por favor, especifique tema para continuar.

—Fin —dijo Oliver distraído. Salió de allí pensando en Emalie. Había tenido aquel sueño en el que ella parecía mover las cosas a su antojo y dirigir la acción. No paraba de decirle que él había matado a Dean, aunque él protestaba y sostenía lo contrario. Parecía casi como si quisiera hacerle responsable de la muerte de Dean en su propia cabeza. ¿Era aquello posible? *Ella cree que yo maté a su primo*, pensó Oliver. *¿Es una locura pensar que busca venganza? Tal vez trató de cambiar mis recuerdos, tal vez no funcionó, o está tardando demasiado, así que en lugar de eso intenta matarme con luz solar.* ¿Realmente podía odiarlo tanto como para intentar matarlo de dos formas diferentes? Quizá debería, sencillamente, intentar preguntárselo a ella. *Me llamó monstruo*, recordó con tristeza. *¿De qué puede servir preguntarle?*

Oliver llegó a la última habitación: la veintidós. Sentía que su cerebro rebosaba y, con lo que había aprendido sobre Emalie, se preguntaba si sería capaz de asimilar más información que pudiese resultar inquietante. Tenía el estómago revuelto por la ansiedad. Pero estaba allí, y sería bueno obtener más información sobre Nexia, porque entre sus pensamientos sobre los Azotes, Emalie y el amo de Dean, había una cuestión más importante: lo que Illisius había dicho, qué significaba abrir la Puerta de Nexia y por qué él había sido el escogido para hacerlo...

Llegó a las cortinas.

—Ocupado —le informó el catálogo.

Oliver retrocedió y consultó su reloj: llevaban allí media hora. Tormento seguramente estaría harto de esperar y si llegaban tarde a casa para la cena era posible que Polemonia y Sebastian le hiciesen demasiadas preguntas acerca de lo que Oliver había estado investigando. Se volvió para irse.

—Ocupante finalizando —dijo el catálogo. Oliver se detuvo y volvió a girarse hacia las cortinas. Tal vez sí le quedase tiempo si lo hacía rápido. Las cortinas se abrieron...

Tormento salió de la habitación.

Por un mínimo instante, Oliver y Tormento se quedaron bloqueados mirándose con los ojos como platos; Oliver vio una mirada de absoluta sorpresa en el rostro de su hermano. No había desdén en ella, ni ira en sus ojos, tan solo una mirada que Oliver nunca había visto. ¿Acaso Tormento parecía algo agitado? ¿Qué le había preguntado al códice?

La cara de Tormento cambió en cuestión de segundos para adquirir un gesto amenazante. Alargó los brazos y empujó a Oliver.



—¿Qué pasa? ¿Es que ahora me sigues?

Oliver salió despedido hacia atrás y atravesó las cortinas de otro código. Recuperó el equilibrio y salió de nuevo al pasillo, que Tormento recorría con paso firme, golpeando el suelo con sus botas.

—¡Oye! —lo llamó Oliver, apresurándose a alcanzarlo. Lo consiguió en el ascensor. Se había vuelto a poner los auriculares.

—¿Qué es lo que estabas haciendo? —siseó Oliver.

Tormento lo miró pero se limitó a cabecear al ritmo de su música como si Oliver no estuviese allí.

—¿Qué estabas haciendo allí? —preguntó Oliver mientras cruzaban la zona de carga y descarga. Pero Tormento guardó silencio el resto de la noche.

## En la cafetería

Tras haberse pasado el día cavilando y dándole vueltas a todas las preguntas sin respuesta, la noche siguiente Oliver se encontró con Dean camino de la escuela. Le explicó lo que había averiguado sobre el rito de localización de amos.

—¡Eso es genial! —Dean sonreía—. ¿Cuándo podemos probar?

—Bueno, tenemos que conseguir algunas cosas. Necesitamos ir a ver a Désirée.

—Jo, tío —murmuró Dean—, ella otra vez.

—Sí... No sé muy bien cuándo podremos ir. Mi madre sigue preocupándose por que vaya solo a cualquier sitio. Pero iremos pronto —aseguró Oliver.

—Muy bien. Gracias por averiguar todo eso.

Oliver levantó la vista y se topó con la sonrisa de Dean. Rápidamente miró hacia otro lado. *¡Afróntalo y punto!*, pensó. Necesitaba decirle a Dean que todo el mundo pensaba que él era el responsable de su muerte y, por tanto, de su resurrección como zombi. Pero entonces comprendió por qué no lo hacía: no quería arruinar su amistad con Dean. La idea de que él y Dean acabasen siendo amigos le habría resultado graciosa un par de meses atrás, pero ahora Dean parecía ser la única persona con la que Oliver podía ser él mismo. Dean no esperaba que fuese algo que no era. *Aunque probablemente tampoco se espere que tú seas su asesino*. Cierto, aún estaba aquello.

—Este debería ser nuestro motivo para ir a ver a Emalie —siguió diciendo Dean, con tono optimista—, ¿no crees? Podría ayudarnos a encontrar a mi amo.

—Bueno... —Oliver no sabía muy bien qué decir.

—Sé que te preocupa que esté implicada en los asesinatos, pero si eso la está poniendo en peligro, a mí me parece que eres el más indicado para pararle los pies. Quiero decir que puede que esté furiosa con los vampiros por haberme matado, pero tú eres la prueba de que los vampiros no son tan malos, ¿verdad?

—Ya veremos —musitó Oliver—. Ya sabes, probablemente ni siquiera sea ella la que está haciendo esas cosas. Tal vez solo fue una coincidencia que estuviese en el parque. *Porque, en realidad, ¿cómo podría tener tiempo, cuando ya está ocupada tratando de volverme loco?*, pensó Oliver. Había estado pensando más sobre aquel extraño sueño. ¿Dónde había aprendido Emalie cómo entrar en los sueños si ni siquiera sabía que era una orani? Tal vez Oliver había creado aquel sueño por sí mismo. Tal vez su cerebro estaba enloqueciendo por su cuenta.

—Estaría bien verla —dijo Dean pensativo—. Entonces, ¿alguna novedad sobre el Azote?

—Ah, sí. —Oliver se sentía aliviado de hablar de otra cosa—. Nada. Escucha

esto: la información no estaba. Creo que el Consorcio de la Penumbra, que es donde mi padre trabaja, la cogió para que el resto de la ciudad no pueda averiguar qué está pasando.

—Ajá. Entonces eso significa que están bastante preocupados.

—Sí. —Una idea asaltó a Oliver—. Dean, si esta noche tienes la oportunidad, ¿podrías vigilar a Emalie y asegurarte de que está en casa, acostada?

—Huy, no puedo hacerlo —respondió Dean—. Esta noche tengo clases particulares. Mi madre ha encontrado a otro niño zombi, que se llama Autumn, y también a un niño humano llamado Sledge al que han echado algo así como de todos los colegios de Seattle. Total, que la madre de Autumn nos está dando clases particulares. Ella también es una zombi y está estudiando para ser hechicera. Nos tiene totalmente a raya.

Llegaron al patio de la escuela.

—Vale, bueno, deberíamos controlarla pronto —dijo Oliver.

—Muy bien. Más tarde. —Dean se alejó en la noche.

Dentro de la escuela, Oliver se encontró con Theo en la puerta del aula.

—¡Nocturne! —lo llamó al tiempo que estiraba el pie y le ponía la zancadilla al pequeño Berthold Welch, que intentaba entrar en clase—. Átate los zapatos, Welch. —Theo hizo una mueca.

—Hola, Theo —dijo Oliver mientras entraba, esperando recibir el mismo trato burlón que el resto de los niños que no eran populares. En lugar de eso, Theo le propinó una palmada demasiado fuerte en la espalda.

—Tío —fue todo lo que Theo dijo, con una sonrisa de oreja a oreja.

Oliver estaba a punto de dirigirse hacia su pupitre cuando empezó a notar el silencio que se había hecho en el aula y las leves risitas que procedían de los rincones. *¿Y ahora qué?*, se preguntó con resignación. Llegó hasta su asiento. Las risitas se convirtieron en risas nerviosas. Oliver miró hacia abajo...

Había un animal muerto sobre su pupitre. Era una rata pequeña y marrón que llevaba poco tiempo muerta y cuyos ojos todavía brillaban. Oliver supo lo que significaba aquello al momento: la cabeza anormalmente retorcida, la mancha roja en el pelaje que rodeaba el cuello... Era un regalo de San Valentín.

Tenía un diminuto lazo rojo, atado alrededor de una de las patas traseras, unido a un pedacito de papel. Tratando de permanecer impasible, aunque sintiendo los ojos de toda la clase clavados en él, leyó lo que había en el papel, escrito con cuidadosa caligrafía:

«La eternidad duraría un suspiro  
si tú estuvieses conmigo».

El animal despedía un leve aroma, el de su asesino... Con un vuelco en el estómago, Oliver echó un vistazo a la habitación y vio a Monique observándolo desde su grupito de amigas... Y todas estallaron en una carcajada.

Oliver se puso como un tomate. La peor parte era que no se trataba de una broma. Aquella chica con la que apenas había hablado lo había señalado como su enamorado... ¿Por qué? ¿Por qué tenía que ocurrir aquello?

Hasta la hora de la comida la cosa no empeoró. Oliver intentó evitarlo: se aseguró de situarse al final de la fila para coger su bandeja de tarta de fresa. Luego se entretuvo todo lo que pudo en la máquina expendedora de sangre, antes de decidirse finalmente por la de mapache. Hasta visitó el carrito de aperitivos y cogió un paquete de ciempiés caramelizados. Por fin, se dirigió hacia las mesas...

—¡Nocturne! —lo llamó Theo—. ¡Siéntate! —Oliver se deslizó de mala gana en un asiento junto al Lombrices, en el extremo del grupo de Theo.

Levantó la cabeza y vio a Theo mirando su plato como si tratase desesperadamente de no reírse.

—¿Qué? —Theo se limitó a negar con la cabeza—. Va... vamos... —tartamudeó Oliver—. ¿Qué?

—¡Cambio! —gritó Theo, y todos los chicos se levantaron al momento de la mesa.

—¿Qué estáis...? —comenzó a preguntar Oliver. Pero entonces, al otro lado del comedor, vio a Suzyn, Monique y sus amigas haciendo lo mismo—. Espera, Theo, no... —Oliver trató apresuradamente de levantarse y coger su bandeja, pero se le cayeron al suelo los ciempiés. Los cogió y, justo cuando se estaba incorporando, una fría mano se apoyó sobre su hombro.

—Oliver —dijo una voz segura de sí misma. Levantó la cabeza y vio a Suzyn sentándose en la silla que había frente a él. Era unos treinta centímetros más alta que él, y tenía el cabello largo, liso y negro—. Siéntate —dijo con una sonrisa malévola. Oliver se preguntó por un momento si realmente aquellas no serían las dos primeras palabras que le dirigía en su vida. Otra chica, Kym, se estaba sentando junto a ella. Entonces Oliver notó que alguien se sentaba a su lado. Se volvió y se topó con Monique. Ella solamente lo miró un instante y luego fijó tímidamente los ojos en su bandeja.

—Bueno —prosiguió Suzyn dándose importancia—, hemos estado hablando... —Lo decía dando tanto peso a sus palabras que Oliver pensó que podrían aplastarlo—. Y hemos decidido que si ninguno de vosotros va a dar el primer paso, nosotras lo haremos.

Suzyn sonreía diabólicamente. Oliver se limitó a mirarla fijamente.

—Oliver —insistió Suzyn, con un tono terriblemente parecido al de su madre—, no le has dado las gracias a Monique por su considerado regalo de San Valentín.

—Ah —tartamudeó Oliver—, ah, vale. Gracias —musitó, casi tragándose las palabras.

—Monique —ordenó Suzyn—, tu turno.

—No hay de qué —dijo Monique con una sosegada voz de ratoncito.

Oliver se aventuró a mirarla de nuevo y vio que ella también lo miraba de reojo.

Esbozó una sonrisa de arrepentimiento. Tal vez aquello la pusiese tan enferma como a él...

—Pues ya está resuelto: sois dos enamorados —prosiguió Suzyn—. Y ahora, Oliver, me gustaría invitarte a mi fiesta de San Valentín de este fin de semana.

—¿Eh? —dijo Oliver. Había perdido la habilidad de usar las palabras.

Suzyn continuó de todos modos:

—Pero para venir a la fiesta, tienes que traer pareja.

Era como si ella fuese una araña enorme que lo estuviese atrapando lentamente.

—Va... vale —respondió él. Al otro lado del comedor, Theo y sus colegas los observaban con amplias sonrisas.

—Entonces, ¿quién será tu pareja? —Suzyn seguía escudriñándolo expectante.

—Eh... ¿Monique?

—¡Claro! —Suzyn puso los ojos en blanco—. Así que tienes que preguntarle si quiere ser tu enamorada.

—¿Ahora? —exclamó Oliver. Pensó que en cualquier momento podría convertirse en polvo.

Suzyn asintió.

Oliver sentía calor por todas partes. Hasta la herida del amuleto empezaba a dolerle. *Hazlo y punto*, se dijo. Miró a Monique, un poco mareado. El dolor le atenazaba el costado.

—Monique —dijo abatido—, ¿quieres ser mi... enamorada?

Todo el comedor estalló en carcajadas.

Monique no respondió. Seguía mirando fijamente su bandeja. Oliver esperó. El costado le ardía muchísimo. Monique no levantaba la cabeza; de hecho, tenía los ojos cerrados. A lo mejor odiaba aquello tanto como él. A lo mejor podían, simplemente, ser amigos, y aliarse contra Suzyn...

Kym rezongó:

—Monique, vamos.

En medio del jaleo de la cafetería, Oliver oyó un leve sonido y comprendió que procedía de Monique. Era el único que estaba lo bastante cerca de ella como para oírlo. ¿Estaba gimiendo?

—¿Monique? —Se inclinó hacia delante y le tocó el hombro.

—¡Qué bonito! —exclamó Theo desde el otro lado de la habitación.

Monique se estremeció bruscamente y su cuerpo entero se sacudió. Los ojos se le abrieron de golpe...

Los rayos solares se propagaron por la cafetería.

Los niños gritaban, se tiraban al suelo, las bandejas y la comida volaban en medio del caos. Monique se puso en pie tambaleante. Oliver se tiró de la silla al tiempo que la cabeza de ella se volvía en su dirección; los rayos de luz solar le quemaron el antebrazo al levantarlo para defenderse y su camisa estalló en llamas.

Oliver se golpeó contra el suelo y el dolor de su costado fue tal que ni siquiera

estaba seguro de poder moverse. Consiguió arrastrarse hasta debajo de la mesa. Desde allí pudo ver a otros estudiantes que, agachados, buscaban refugio: Berthold con sus pantalones ardiendo, Theo con quemaduras por la cara. Suzyn yacía de espaldas delante de él, inmóvil. Salía humo de su cuerpo. Oliver observó cómo la pequeña humareda se perdía en el caos...

Y durante un solo instante se quedó mirando fijamente a una de las diminutas ventanas que coronaban la pared de la cafetería, situadas a la altura del suelo del patio. Allí había una figura envuelta en una densa neblina negra. A pesar de que tenía los ojos cerrados con fuerza y el ceño fruncido por la concentración, Oliver reconoció aquel rostro.

Emalie. Sujetaba las manos delante de su cuerpo, con los dedos entrelazados, y la luz solar emergía de los huecos que quedaban entre ellos. Apretaba los labios concentrada, porque estaba realizando el Azote... otra vez.

—¡Oliver! —Volvió la vista atrás y vio a Seth, que se dirigía hacia las puertas arrimado a la pared—. ¡Sal de ahí!

Oliver sintió una oleada de calor. La mesa estalló en llamas sobre su cabeza. Llovían fragmentos de madera ardiendo. Se arrastró hacia donde estaba Suzyn y se atrevió a mirar de nuevo a la ventana...

Emalie se había ido.

Oliver se desplomó hacia delante. El dolor de su costado era insoportable; era como si ya ni siquiera pudiera mover los pies ni el brazo izquierdo. Con todas sus fuerzas, se incorporó apoyándose en el codo derecho y se dejó caer de espaldas.

Al otro lado de la mesa destruida quedaba el tenue perfil de Monique, en medio de una esfera de palpitante luz solar. El viento azotaba la habitación. Oliver sintió el calor en el rostro.

Suzyn gimió a su lado. Oliver trató de alcanzarla, pero volvió a desplomarse. Clavó sus ojos en el techo carbonizado. Aquello era el fin. Emalie había cumplido su deseo. Oliver notó cómo el fuego se propagaba por su ropa. La intensa luz que bañaba el comedor lo había cegado casi por completo...

De repente, la luz se desvaneció. Monique ya no estaba y solamente se escuchaba el levísimo sonido de las cenizas que caían en el suelo.

Regresó parte de la oscuridad, pero por todas partes ardían pequeños fuegos encendidos.

—No te muevas —murmuró una voz bronca. Oliver miró hacia arriba y vio al señor VanWick a su lado, que sostenía entre sus manos su abrigo hecho un ovillo. Apagó con él las llamas que cubrían a Oliver y lo levantó del suelo. Oliver reparó en que otra profesora, la señorita Estreylla, levantaba a Suzyn.

Oyó los gemidos y murmullos de sus compañeros de clase mientras los obligaban a subir por las escaleras. Sintió el frío de las baldosas cuando lo tendieron en el vestíbulo del primer piso. La ceguera vercosa de sus ojos poco a poco dio paso a los grotesca que danzaban sobre él.

Oyó la voz del señor VanWick cerca de él; hablaba con los demás profesores:

—Llamad al Consorcio. Será necesario que manden un equipo aquí para hacer que parezca que ha habido un incendio en la cocina.

—Los padres ya deben de estar de camino —añadió la señorita Estreylla.

—Quienquiera que haya hecho esto, podría seguir ahí fuera —intervino la señorita Nikkolai con preocupación.

—Que todo el mundo salga por las alcantarillas —dijo el señor VanWick.

Oliver no podía creer el dolor que le causaba la herida del amuleto; tanto que le requería incluso más atención que las quemaduras. Trató de sentarse y acertó a ver a, tal vez, otros diez alumnos que, como él, yacían en el suelo del pasillo con la ropa humeante. Un olor agrio inundaba la estancia.

Oliver se volvió a tumbar; todo se volvía borroso. No estaba seguro de cuánto tiempo había pasado cuando oyó a Polemonia:

—¡Oliver! —Corrió junto a él y trató de incorporarlo—. ¡Oh, no...!

—Estoy bien —dijo Oliver con gran debilidad, mientras se levantaba torpemente.

—Vamos a llevarte a casa. —La voz le tembló mientras se pasaba el brazo de Oliver por encima de sus hombros.

Comenzaron a caminar por el pasillo. Otros padres llegaban corriendo a recoger a sus hijos. Al pasar junto al señor VanWick, Polemonia se inclinó hacia él.

—Gracias —dijo—. Y no se preocupe, mi marido encontrará a quienquiera que haya hecho esto.

—Hágamelo saber cuando ocurra —musitó el señor VanWick con un tono de misterio y un destello lavanda en sus ojos.

De nuevo Oliver sintió una punzada de preocupación por Emalie, aunque esta vez casi se preguntó por qué. ¿Era una coincidencia que por segunda vez, alguien que estaba a su lado hubiese sido asesinado por el Azote? Imposible. A pesar de cuánto quería creerlo contrario (*¿Qué hay del hecho de que te diese aquel recorte sobre tus padres?*), ¿qué otra explicación cabía que no fuese que Emalie estaba tratando de matarlo? Y ahora la estaban buscando, y los cazadores querían algo más que sangre: querían venganza. Cuando Oliver se preguntó qué era lo que él quería, se dio cuenta de que no tenía ni idea.

Cuando llegaron a casa, Polemonia acompañó a Oliver al sofá y se dispuso a ocuparse de sus heridas. Tuvo que cortarle la camisa desde el antebrazo derecho, donde el tejido se había quedado pegado a la piel quemada. Le extendió cataplasma de pez globo sobre la ennegrecida zona, que aún rezumaba humo. Las quemaduras de las piernas no eran tan graves y no fue necesario aplicarle más que pomada de curare y hojas de menta, además de gruesos vendajes. Por algún golpe de suerte, Oliver no tenía ninguna quemadura de importancia en el torso, así que pudo dejarse puesta la camiseta que ocultaba la dolorosa herida del amuleto. Cuando Polemonia salió de la

habitación, Oliver sacó uno de los cojines del sofá y se lo colocó sobre el abdomen como si lo estuviese sujetando ahí por comodidad.

—Muy bien —dijo Polemonia regresando apresuradamente a la sala, quizá por décima vez—. Te llevaría al doctor Vincent pero estoy segura de que estará ocupado con los casos más graves.

—He tenido suerte —suspiró Oliver.

—Suerte —repitió Polemonia con preocupación—. Aquella chica estaba justo a tu lado, podrías haber sido...

Se quedó callada y le tendió una copa. Estaba muy caliente y Oliver pudo oler una mezcla de sangre de oso, veneno de serpiente krait y pimientos sangre del fuego<sup>[1]</sup> machacados. El veneno actuaba como calmante para el dolor, y los pimientos picantes como relajante.

—Bébetelo todo —dijo Polemonia— y descansa.

Oliver se lo bebió y se tumbó de nuevo, pero tenía pocas esperanzas de poder descansar. A medida que el dolor de sus heridas se aliviaba (la más lenta de todas era la del amuleto), sus pensamientos fluían sin cesar. *Emalie está intentando matarme*, pensó con amargura. Desde aquel primer día de clase en enero, cuando se había encontrado el recorte de periódico que ella le había dejado, había asumido que todavía tenía alguna oportunidad de ser su amigo. Pero algo había cambiado. Solía decirse que los corazones humanos cicatrizaban con el tiempo, pero a veces podían romperse sin posibilidad de arreglo...

Las horas de la noche fueron pasando. Polemonia iba y venía. Para cuando hubo amanecido, Oliver se imaginó que probablemente habría limpiado y reorganizado toda la casa.

Tormento regresó a casa. Oliver oyó sus botas por las escaleras y luego en la cocina. Abrió los ojos mínimamente y vio a su hermano escudriñando en la oscuridad de la sala de estar.

—Estás en casa —dijo Polemonia aliviada.

Tormento se volvió.

—¿Cómo está? —Oliver se sorprendió de oír a Tormento preguntando aquello.

—Se pondrá bien —respondió Polemonia con seguridad.

—Vale. Me voy a la cama. —Tormento se dirigió escaleras abajo.

Algo más tarde, Sebastian se asomó por la habitación. Oliver siguió haciéndose el dormido.

—¿Los habéis encontrado? —oyó que preguntaba Polemonia, en voz baja.

—No —murmuró Sebastian—, pero tenemos una pista. Creemos que se trata de un humano, pero quienquiera que sea tiene algún tipo de poder para ocultarse. Apenas hay rastros de olor. Es un poder místico, pero lo atraparemos la próxima vez.

—¿A qué te refieres con «la próxima vez»? —siseó Polemonia—. ¿La próxima vez que un niño sea convertido en polvo?

—No, Polemonia, relájate... No vamos a dejar que más niños...



—¡Ya han sido demasiados! —gritó ella—. Quiero que quien haya hecho esto pague por ello.

—Y será así —dijo Sebastian suavemente—. Hay un consejo urgente en el centro dentro de un par de horas. Deberías ir. Te vendrá bien. De momento, déjalo dormir.

Oliver oyó como bajaban las escaleras. Las últimas palabras de Polemonia resonaban en su mente, «Quiero que quien haya hecho esto pague por ello», y lo que pensó a continuación lo sorprendió: *tal vez Emalie deba pagar*. Tal vez solamente le hubiese dado aquel artículo para que bajase la guardia. *¿Cómo puedo pensar eso?* Pero se dio cuenta de que lo pensaba. Quizá no tuviese aún un demonio, pero era un vampiro, y aquella chica humana estaba intentando reducirlo a polvo. *Pero es Emalie*. Y aun así, con sus compañeros de clase asesinados ante sus propios ojos... Tal vez era el dolor de sus heridas el que hablaba, pero Oliver no podía apartar aquellos sorprendentes y oscuros pensamientos: *Puede que yola encuentre primero y, esta vez sí, cometa mi primer asesinato*.

## Pasadizo seguro

Oliver se despertó la noche siguiente con el anuncio de Polemonia de que se habían cancelado las clases el resto de la semana. Una vez que Polemonia hubo comprobado que sus heridas evolucionaban con normalidad, Oliver se retiró al piso de abajo para descubrir que no se podía decir lo mismo de la herida del amuleto. Tuvo que tirar del vendaje, que al despegarse de la piel provocó un leve sonido como de rasgadura. Hizo un gesto de dolor al ver como una gran cantidad de sustancia bacteriana de color marrón que manaba de la herida infectada se estrellaba contra el suelo de piedra. Las líneas rojas de su torso trepaban ahora por encima de su hombro y casi le llegaban al cuello. Habían vuelto a duplicarse en cuestión de un día.

—¡Mira quién está aquí! —dijo Polemonia alegremente cuando Oliver entró en la cocina momentos más tarde.

Oliver no vio a nadie. Entonces Dean apareció detrás de la isla:

—¿Qué hay? —dijo, frunciendo el ceño. Sostenía un montón de platos para guardarlos en las alacenas.

—Lo tenía vaciando el lavavajillas mientras tú te arreglabas —dijo Polemonia con desenfado, como si una cosa así fuese algo totalmente normal para un criado.

Oliver se sintió avergonzado.

—Dean, ya puedes parar —dijo con voz suave.

Dean miró primero a Oliver y luego a Polemonia vacilante. Ella levantó las cejas, escéptica, pero asintió:

—Lo que diga tu amo, desde luego.

—Vamos —se apresuró a decir Oliver.

Con aspecto aliviado, Dean apoyó el montón de platos en la isla.

Los dos se retiraron a la sala de estar y se dejaron caer en el sofá.

—Siento que haya pasado esto —murmuró Oliver.

—Creo que tu madre piensa que tú eres mi amo —dijo Dean, mirando a Oliver con aire de inseguridad.

—Ah, s... sí —dijo Oliver rápidamente—, es que está confusa.

—¿Por qué iba a pensar eso? —se preguntó Dean en voz alta.

Oliver buscó algún rastro de sospecha en la expresión de Dean, pero no encontró ninguno.

—No lo sé. Después lo resolveré con ella.

—Muy bien. —Dean pareció aceptar la excusa. Miró a Oliver con cautela—. He oído lo que ocurrió. Mi madre ha dejado que me tome esta noche libre también, para

ver qué tal estás.

—Gracias —respondió Oliver—. Estoy bien. Tengo un par de quemaduras, pero eso es todo.

Dean echó un vistazo a la cocina y bajó la voz.

—¿Fue...?

Oliver asintió.

—La vi.

—Jo, tío... —La frente de Dean se frunció—. ¿Pero por qué iba a atacar en los lugares donde tú estás? Es como si quisiera asesinarte, ¿no?

—Yo... —El cerebro de Oliver trabajaba a toda velocidad—. Bueno, ha utilizado el Azote en un puñado de sitios más. Mala suerte, supongo. Obviamente yo no era su objetivo. —Oliver se encogió de hombros, molesto consigo mismo por volver a mentir.

—Cierto —asintió Dean—. ¿Y ahora qué?

—Bueno, mi padre y su gente la encontrarán —dijo Oliver con gravedad— y todo habrá acabado.

—¡Oye! —Dean golpeó a Oliver en el hombro—. ¿De qué estás hablando? Tenemos que pararla antes de que consiga que la maten.

—¿Por qué? —preguntó Oliver, malhumorado.

—¡Porque es Emalie! ¿Pero qué te pasa?

—Bueno... —Oliver no sabía qué decir. Una vez más, si decía que pensaba que en realidad ella estaba intentando matarlo, Dean querría saber por qué. *Díselo y punto*. Oliver se maldijo a sí mismo. Aquel asunto de si él había matado a Dean o no era como cuando Emalie había estado visitando su casa el diciembre pasado. Oliver no se lo había dicho a sus padres y luego pasó tanto tiempo que el hecho de no habérselo dicho era igual de malo que lo que habría supuesto contárselo desde el principio. Y ahora, Dean podría enfurecerse no solo porque todos creyesen que Oliver lo había matado, sino también por habérselo ocultado y no haber confiado en él. Pero ¿y qué si Dean se enfurecía una temporada? Se le pasaría. *Pero ahora lo necesito. ¿Por qué? Porque realmente quiero detener a Emalie antes de que consiga que la maten.*

Pero aún estaba aquella idea perturbadora. A pesar de sus intentos de matarlo, era cierto: Oliver quería detenerla, quería aferrarse a aquel último delgado hilo de esperanza de que pudieran volver a ser amigos. Resultaba más fácil recordar aquello cuando Dean estaba cerca, ya que ambos tenían en común a Emalie.

—No, nada —dijo Oliver—. Vale. Tienes razón. Tenemos que decírselo. Probablemente deberíamos ir a buscarla ahora...

—Oliver. —Polemonia asomó la cabeza a la habitación—. Me voy al Subterráneo y quiero que vengas conmigo.

—¿Por qué no puedo quedarme aquí?

—Porque te quiero conmigo, teniendo en cuenta lo que hay ahí fuera. Tu padre

está de acuerdo.

—Pero —protestó Oliver— ¿no estaría más seguro aquí?

Polemonia entrecerró los ojos.

—Estás más seguro donde yo pueda verte y protegerte.

A Oliver aquello le parecía discutible, pero también le pareció ver en los ojos de Polemonia que no merecía la pena discutir.

—Muy bien —gruñó—, solo un segundo. —En cuanto Polemonia se hubo marchado de la habitación, Oliver se volvió hacia Dean—. Bueno, al menos puede que tenga la oportunidad de conseguir el mortero en la tienda de Désirée. ¿Irás a buscar a Emalie y la mantendrás vigilada?

—¿Debería decirle lo que ocurre?

—No... Espera a que yo llegue.

—¿Cómo vas a librarte de tu madre?

Oliver no tenía ni idea.

—Ya pensaré en algo —contestó, tratando de sonar de vuelta de todo.

—¡Comprendido! —dijo Dean, y se puso en pie de un salto para irse.

—Dean —añadió Oliver—, su casa es el único lugar en el que está a salvo. No pueden entrar vampiros sin que nadie los haya invitado. Si intenta marcharse, tienes que detenerla.

—¿Y cómo voy a hacer eso? —Dean pensó por un segundo—. Ah, ¿te refieres a dejarla fuera de combate, o algo parecido?

—Sí —asintió Oliver—. Pero con cuidado. Recuerda que ahora tienes una fuerza sobrehumana.

—Ya lo pillo. —Dean salió de la sala.

Mientras Oliver se levantaba con cautela, oyó hablar a Polemonia desde la otra habitación:

—Dean, ¿puedes darle un repasito rápido al suelo cuando Oliver y yo nos vayamos...?

—¡Mamá! —gritó Oliver—. ¡Deja que se vaya de una vez!

—Vale, otra vez será, entonces.

Oliver alcanzó el umbral de la puerta y vio cómo Dean lo miraba con desánimo. Él se limitó a sacudir la cabeza con desdén.

—Vamos, cariño. —Polemonia pasó a su lado a toda velocidad enfundándose un abrigo largo de lana blanca y corrió escaleras abajo. Oliver la siguió despacio y cogió su sudadera de un gancho de la pared, irritado. Todo aquel revuelo siempre se montaba cuando Polemonia estaba preocupada y agobiada. Parecía como si se hubiese olvidado de que quería que Oliver descansara.

—¿Cuál es la emergencia? —dijo, malhumorado, con el costado dolorido, mientras seguía a Polemonia por los túneles unos pasos por detrás de ella.

Polemonia se volvió; sus ojos ya destellaban reflejos turquesas.

—La emergencia es que nadie que intente convertirte en polvo nos pille con la

guardia baja —le espetó.

Oliver puso los ojos en blanco. ¿Qué les pasaba a los padres a veces?

Los túneles estaban llenos de vampiros, muchos de ellos en compañía de sus hijos pequeños. Las risas y los juegos resonaban mientras los niños trepaban por las paredes y el techo. Oliver reparó en el aspecto abrumado de muchos de los padres. Probablemente ahora se cuestionaban la decisión que habían tomado de cerrar las escuelas.

Oliver también se dio cuenta de la presencia de fornidos vampiros en las intersecciones de los túneles. Nunca antes había visto seguridad allí abajo. Cuatro guardias con abrigos largos y negros custodiaban la doble puerta de entrada al Subterráneo y analizaban detenidamente a los viandantes.

Al atravesar el primer piso en forma de anillo del Centro Subterráneo, Oliver se quedó rezagado. Toda aquella seguridad le había dado una idea.

Polemonia miró atrás, molesta por el paso lento de su hijo, y él fingió una mueca mientras se agarraba el brazo. La expresión de ella se suavizó.

—¿Tus quemaduras?

—Me hacen sentir débil —se quejó Oliver—. ¿No me puedo sentar, o algo?

Estaban junto a la zona de comidas. Oliver observó cómo Polemonia inspeccionaba el área, literalmente tomada por los guardias: estaban en las paredes y el techo, así como entre las mesas.

—Bueno —vaciló Polemonia—, de acuerdo. Rebuscó en su bolso y puso unas pocas minas en la mano de Oliver—. Tómame algo y no te vayas. Mis recados no me llevarán demasiado tiempo. Nos encontraremos justo aquí.

—Gracias. —Oliver añadió una agradable sonrisa. Se encaminó hacia Todo Roedores y se volvió para comprobar como Polemonia desaparecía entre la multitud. Un minuto más tarde se dirigía hacia el hueco de levitación más cercano. Una paradita en la botica de Désirée no debería llevarle mucho tiempo...

—¡Oliver! —Se volvió y vio a Dean corriendo hacia él entre la muchedumbre.

—¿Qué estás haciendo aquí? —siseó Oliver.

—Es Emalie —dijo Dean, jadeante.

Oliver sintió que lo invadía la preocupación.

—¿La han encontrado?

—No. —Dean se inclinó hacia Oliver y su voz se convirtió en un susurro—. Está aquí.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con que está aquí?

—Pues que está aquí, en el Subterráneo, ahora mismo.

—Pero...

—Lo sé —dijo Dean—, lo sé, ¡pero no pude hacerlo! Estaba saliendo por la puerta del sótano y yo estaba justo allí para, ya sabes... —Dean hizo un extraño movimiento, como si cortara algo con el brazo—. Pero me rajé y luego fue como si dejase de verla.

—¿Cómo ibas a dejar de verla?

Dean se encogió de hombros.

—Está utilizando algo, algún tipo de nube oscura. Apenas pude seguirle el rastro, y es como si en los ascensores nadie se diese cuenta de que ella estaba allí.

—¿Qué ascensores?

—Esos superrápidos, ¿sabes? Los que bajan hasta los trenes charion.

Oliver no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Se ha subido a un tren?

—No, ha seguido andando hasta aquellas cavernas de allí abajo y entonces, bueno, entonces yo he venido a buscarte, porque creo... Creo que se dirige al Yomi.

—¿Al Yomi? —repitió Oliver lentamente. ¿Acaso era posible que Emalie pudiese estar tan loca?—. Vamos —dijo, y corrió hacia el hueco. Alcanzó la pared, miró atrás y vio a Dean junto al borde de aquella planta.

—¡Por aquí! —siseó Oliver.

—¿Por qué? Puedo saltar y ya está —dijo Dean orgulloso.

—No, Dean... —Pero entonces Oliver vio como una mujer empujaba cruelmente a Dean a un lado y este chocaba con una chiquilla que caminaba junto a su padre.

—¡Qué asco! —chilló la niña, y su padre apartó a Dean de un empujón.

—¿Sabes qué? —dijo Oliver—. Adelante. —¿Por qué iba a avergonzarse de Dean? El modo de actuar de aquellos vampiros era ridículo.

La expresión de inseguridad de Dean seguía reflejándose en su rostro, pero, animado por las palabras de Oliver, esbozó una medio sonrisa y saltó del borde. Oliver se quedó mirando como descendía hasta aterrizar en la planta inferior, causando un revuelo de disgusto entre los vampiros. Sin tener que trasladar a Dean, Oliver tomó aire para prepararse y también se dejó caer desde el borde. Siguió a Dean y a su estela de vampiros enfadados, bajando planta a planta hasta la novena, donde unos túneles muy bien iluminados conducían a la estación de charion.

—Por aquí —indicó Oliver. Atravesó hasta el borde de la planta y se subió a la verja. Dean hizo lo mismo y escudriñó el oscuro abismo que tenían bajo sus pies.

—¿Ves aquel saliente de allí? —Oliver señalaba en diagonal, más allá de la cascada y de las nubes de vapor, hacia una caverna apenas visible—. ¿Puedes hacerlo?

—Claro —contestó Dean, aunque no sonaba demasiado convencido.

Oliver se arrojó de la verja y describió un arco a través del vapor. Para él aquello era un gran salto, pero lo consiguió. Entonces se volvió y vio a Dean tropezar con las espinillas en la verja y caer hacia delante. Aterrizó de espaldas sobre la roca mojada. A Oliver casi le da la risa, pero Dean gesticulaba dolorido y se frotaba las rodillas.

—Estoy bien —dijo con los dientes apretados antes de que Oliver pudiese preguntar nada.

Oliver se encaminó al interior de la caverna. Caminaron en la oscuridad y llegaron a un tranquilo pasadizo iluminado con un tubo rojo de luz de magma que

recorría toda la pared. El túnel se inclinaba ligeramente hacia abajo. Una ráfaga de viento los golpeó en la cara y oyeron el estruendo de un charion que llegaba en alguna parte. Las paredes temblaron.

Instantes después, otros sonidos rompieron el silencio: un barullo como de una gran cantidad de gente en la distancia, el ruido apenas definido de tambores y el silbido de maquinaria de obra. La pendiente del túnel se incrementó hasta llegar a un vasto y oscuro espacio abierto.

—La he seguido hasta aquí —dijo Dean.

El suelo se convertía en una escalera que subía y bajaba por una escarpada pared de roca húmeda. Oliver pudo distinguir vagamente enormes estalactitas en la sombría caverna que los rodeaba. Lámparas de luz de magma pendían de cadenas colgadas del techo, que no se veía. También había luz desde abajo, pero fuera del alcance de la vista, casi bajo la pared por la que estaban descendiendo.

Abajo, el camino describía un giro y se convertía en un nuevo túnel que atravesaba la pared. La temperatura se había vuelto más fría y el aire más húmedo. El techo del túnel comenzó a elevarse. Oliver se detuvo y señaló abajo. Grabado en la piedra había un gran símbolo en skrit:



Lo observó con recelo. Nunca había estado en el Yomi. La parte inferior curvada del símbolo indicaba que el Yomi era un terreno fronterizo, que compartía límites con otros mundos que no eran sólidos. Las leyes físicas podían ser engañosas aquí.

Oliver no tenía ni idea de cómo Emalie planeaba sobrevivir a aquello. Seguramente habría encontrado algún modo de hechizarse a sí misma para que a los vampiros y los zombis les resultase difícil verla (aunque Oliver no entendía cómo sabía hacer eso, tampoco), pero los hechizos no iban a funcionar en el Yomi, no con las anomalías físicas. Ningún conjuro, ni siquiera el de una orani de nivel avanzado, sería suficiente.

—¿Algún rastro de ella? —preguntó Dean.

Oliver olfateó el aire:

—Nada.

—¿Por qué crees que viene aquí abajo? —preguntó Dean.

—Tal vez necesite algo para utilizar el Azote —musitó Oliver—. Algún ingrediente que no se pueda conseguir en ningún lugar que esté por encima de esto.

Un grito escalofriante resonó en la oscuridad. Oliver no tenía ni idea de qué se trataba.

—Muy bien... —dijo con cierta inseguridad, y comenzó a avanzar.

Al atravesar el símbolo gigante del suelo, el mundo pareció temblar y agitarse,

como si estuviese traspasando algo más líquido que el aire... Y ya había pasado. Se volvió y vio que Dean permanecía al otro lado de una barrera ondeante. Se dispuso a atravesarla, por un momento se le vio borroso y a continuación estaba junto a Oliver.

—¿Qué era eso? —preguntó Dean.

—Un detector de muertos. Para evitar que entren criaturas vivientes.

—¿Y cómo ha conseguido Emalie pasar por ahí?

Oliver se limitó a encogerse de hombros.

El pasadizo era frío y húmedo, solo que ahora el sonido de las voces, las máquinas y los tambores se oía mucho más alto y los envolvía en caóticas oleadas. El olfato de Oliver fue anegado por intensos olores a muerte, parafina y gas. Caminaron durante otro minuto en la oscuridad y entonces salieron del túnel a un pasadizo que en su día había sido un sendero. El techo se perdía en la vasta oscuridad. Tiendas destartaladas se amontonaban a ambos lados a lo largo del camino. Algunas de ellas no eran más que puestos, otras tenían escaparates iluminados por carteles de neón en skrit y otros lenguajes pictóricos que Oliver no conocía.

Nubes de vapor y humo envolvían a la multitud. Sobre sus cabezas, escaleras de madera zigzagueaban a lo largo de precarios andamios de bambú que se elevaban en la penumbra. Algunas de las escaleras conducían a salientes, algunas a otras tiendas situadas más arriba y otras a rincones que únicamente sugerían espacio y oscuridad.

Había cantidades ingentes de criaturas obstruyendo el pasillo, colgando de los mostradores y de los tenderetes y acechando desde el andamiaje. Todas parecían encorvadas o acurrucadas para ocultar su aspecto, a veces con una capucha. Oliver olió zombis y vampiros, y otras cosas que no le resultaban familiares, posiblemente demonios reales que pronto tomarían forma en la frontera.

Los dueños de las tiendas del Yomi eran los merchynt. Se les conocía como demonios omnipresentes porque existían simultáneamente en múltiples mundos. Como estaba construido en una zona fronteriza, este Yomi también existía en los mundos cercanos, de modo que cada merchynt podía hacer negocio en todos los mundos al mismo tiempo, con un aspecto diferente en cada uno de ellos.

La única luz del Yomi procedía del fuego: de un tejado a otro transcurrían conductos metálicos, como canaletas, que unían una tienda con la siguiente y funcionaban como canales de fuego continuo. El olfato de Oliver se saturó con el olor a petróleo, que era extraído de las profundidades de la tierra por aquellas máquinas de obra. A veces entre los conductos había una hondonada metálica que contenía el petróleo y proporcionaba una luz más brillante, aunque en la mayor parte de los negocios que se llevaban a cabo en el Yomi la luz no era especialmente bienvenida.

—Tío —dijo Dean con nerviosismo, recordando a cuando era un ser viviente.

—Solo tenemos que permanecer juntos y movernos con rapidez. —Oliver se puso en marcha, abriéndose paso entre las misteriosas figuras y manteniendo la cabeza gacha entre gruñidos y siseos. En las tiendas brillaban luces extrañas procedentes de carteles, de objetos de cristal, de entre las manos de merchynt encapuchados. Algunos



escaparates parecían normales al principio, como uno con animales rapados del tamaño de gatos... Pero los gatos no tienen seis patas ni un único ojo.

Las figuras se apretaban a su alrededor, también sobre ellos. Oliver tenía problemas para centrarse y mantener la dirección. De repente se encontraron en medio de un hueco entre la multitud. Oliver levantó la vista y vio que todo el mundo se había movido hacia las sombras de las tiendas. Se preguntó por qué...

Hasta que el mundo entero se volvió negro.

Era como si la realidad se hubiese apagado por un instante. El fuego se extinguió, el ruido de las máquinas se desvaneció... Después de aquello, Oliver no podía recordar si había sido capaz de ver o sentir algo en aquel preciso momento... Y entonces, de repente, se encontraron en paralelo al suelo; el Yomi se había girado y ahora el suelo se había convertido en la pared. Sin embargo, no se caían. Tenían los pies sujetos al suelo como si «arriba» y «abajo» ahora fuesen los lados. Una tenue luz rojiza iluminaba el Yomi.

—¿Qué acaba...? —dijo Dean, pero sus palabras fueron ahogadas por el ensordecedor estallido de una bocina. Se oyeron increíbles rugidos y chirridos procedentes de las máquinas. El suelo se quedó en la pared, donde estaba, pero entonces todas las tiendas, el andamio y las canaletas comenzaron a doblarse y plegarse por millones de ensambladuras para recolocarse. Las tiendas se giraron hasta disponerse las unas sobre las otras, de modo que formaron una torre que llegaba desde el suelo hasta el techo. Las escaleras de madera se recolocaron hacia abajo uniendo una tienda con la siguiente. Las canaletas se colocaron en zigzag fachada abajo. Ahora parecía como si el Yomi se hubiese construido en la pared de un acantilado.

Un silbido anunció la llegada de petróleo fresco que discurría hacia abajo, salpicando sin cuidado alguno las zigzagueantes esquinas y que, a continuación, se prendió fuego con un gran golpe de aire. La luz regresó al Yomi. Oliver pudo ver que todos los que los rodeaban se habían sujetado rápidamente y con firmeza a la escalera más cercana.

—Dean, agárrate a mi brazo —dijo Oliver, presagiando lo que estaba a punto de ocurrir y tendiéndole la mano mientras se adelantaba hacia una escalera.

—¿Por qué...?

Se produjo un nuevo estallido de bocina y la gravedad se restableció. «Abajo» volvió a ser abajo, y los pies de Oliver y Dean resbalaron. Oliver dio un salto y consiguió alcanzar una de las escaleras justo en el momento en que su cuerpo empezaba a caer. Dean se las arregló para agarrarse a la manga de Oliver y pudo balancearse hasta la escalera al rasgarse la tela, lo que le provocó a Oliver una explosión de dolor en el costado.

—Lo siento.

Todos los habitantes del Yomi comenzaron a moverse de nuevo, trepando escaleras arriba y abajo. Oliver y Dean bajaron lentamente, Oliver tratando de no

forzar el brazo y la pierna. Se estaban acercando adonde la escalera se bifurcaba en dos, como una «y» invertida, cuando Oliver divisó a Emalie. Se balanceó hasta la parte exterior de la escalera.

—Dean, para. —Oliver señaló—. Allí.

Emalie estaba parada al otro lado del camino ante el mostrador de una tienda. Se la veía demasiado baja junto a las dos figuras que tenía al lado. El merchynt que había tras el mostrador, cubierto con una capa, y con sus ojos y sus grandes dientes brillando con un blanco luminiscente, negociaba con un zombi que estaba a la derecha de ella. La figura de su izquierda era enorme, con un traje negro de ejecutivo confeccionado a medida para sus cuatro brazos. Unos pequeños cuernos sobresalían de su calva cabeza.

Emalie llevaba su alegre chaleco verde con su jersey negro por debajo. Una trenza le sobresalía bajo su gorro negro. Esperaba inocente, paciente, con un golpeteo de pie como único indicio de su posible nerviosismo por la situación. A Oliver le dolió verla allí, en medio de tal peligro. «No es más peligroso que estar contigo», tal vez habría dicho ella, pero lo era, muchísimo más. También le dolió el mero hecho de ver a Emalie, de imaginársela volviéndose y alegrándose de verlo a él al otro lado del camino, aunque sabía que si ella se volvía de verdad y lo veía, podría intentar matarlo. A Oliver le dio por pensar que aquella era la vez que había visto a Emalie con más claridad últimamente. El velo negro parecía no estar con ella.

—¿Qué es eso que tiene a la izquierda? —murmuró Dean.

—Un demonio trolgoth, creo —dijo Oliver—. Esa cosa tendría que estar zampándose de aperitivo ahora mismo...

Y como si aquello le hubiese dado el pie, el trolgoth olisqueó el aire y volvió su rostro sin ojos y como de cera hacia Emalie. Ella no pareció darse cuenta siquiera. El demonio de cuatro brazos se acercó a ella...

—Eh —dijo Dean con nerviosismo, preparado para saltar—, deberíamos...

Oliver observó la situación, paralizado. ¿Qué debían hacer? Incluso si saltaban en su ayuda, no eran rival para un demonio trolgoth...

Un agudo silbido detuvo al trolgoth en su ademán, con las manos a solo unos centímetros de la delgada e inconsciente garganta de Emalie. Oliver levantó la vista y vio una masa fluida y negra que ondeaba desde lo alto de la escalera. Envolvió a Emalie, se enroscó alrededor de su cuerpo como una serpiente y luego arremetió hacia arriba, dispuesta a golpear al demonio. Lo que en la superficie aparecía como una mera sombra, presentaba muchos más detalles allí en el Yomi. Oliver alcanzó a ver la humeante impresión negra de un rostro tapado por un velo, con los dientes desnudos y manos pequeñas y en forma de garra con largas uñas.

—Es un espectro —dijo lentamente.

El demonio trolgoth apartó las manos e incluso se inclinó con respeto ante el espectro, que retrocedió, se desenroscó y se situó justo tras el hombro de Emalie. Tenía una vaga forma humana, larga y ágil, y parecía un poco más baja que Emalie,

aunque ahora mismo flotaba sobre su cabeza.

Emalie seguía allí de pie, al parecer totalmente ajena a lo que la rodeaba.

—¿Va a atacarla? —preguntó Dean.

—No, la está protegiendo —dijo Oliver—. Yo... No sé cómo lo controla, ni cómo lo contrató, ni...

Oliver agitó la cabeza, desconcertado. Aquello era más poder oscuro. No solamente blandía el Azote, sino que trabajaba con un espectro. ¿Cómo era posible?

—¿Es un fantasma o algo así? —preguntó Dean.

—Sí, el espíritu de una persona muerta atrapado en este mundo, a veces por una maldición, otras veces por su propio sufrimiento. Es... Siempre son diferentes.

—Nunca antes había visto uno.

—Solo son totalmente visibles en el Inframundo y en las Zonas Fronterizas. Por eso Emalie tenía aquella sombra a su alrededor. La ha estado ayudando a moverse por ahí, ocultando su olor. —Oliver se sintió un estúpido por no haberse imaginado aquello antes. Pero ¿cómo iba a suponer que Emalie tratase con un espectro?

—¿Son poderosos?

—Sí, pero inestables.

Dean observó la situación.

—¿Qué está haciendo ahora?

Oliver vio cómo el merchynt miraba a Emalie. El espectro revoloteaba tras ella y el merchynt, con el ceño fruncido, intercambiaba miradas con el espectro mientras Emalie hablaba. La capa del merchynt se agitó y entonces una enjuta mano apareció y colocó un diminuto frasco plateado sobre el mostrador. Emalie cogió el frasco. Mientras metía la mano en el bolsillo, el merchynt alargó la mano esperando a ser pagado, pero el espectro siseó. El merchynt asintió con la cabeza.

Emalie se alejó del mostrador. Oliver echó un vistazo a su alrededor y vio como un montón de ojos lascivos procedentes de todas direcciones se clavaban en ella. Figuras ensombrecidas se encaramaban a las alturas para obtener una hambrienta visión de sus movimientos mientras ella, con total naturalidad, comenzaba a trepar por las escaleras. Las criaturas se volvían y la observaban, pero el espectro la envolvía de forma protectora, siseando y arañando, apartando a los brazos caprichosos que no podían resistirse a echarle la mano.

—¿Y ahora qué? —preguntó Dean.

Oliver observó cómo se marchaba. No tenía ni idea. No tenían ni una sola oportunidad frente a un espectro, al menos allí abajo.

—Tenemos que esperar, por lo menos hasta que regrese a la superficie.

Mientras empezaban a trepar por la escalera, la realidad se apagó de nuevo. Cuando regresó, «arriba» y «abajo» habían vuelto a cambiar: la pared, que en principio había sido el suelo, se había convertido ahora en el techo. Tenían debajo la escalera a la que se habían aferrado. Oliver y Dean se apresuraron a alcanzar la parte alta de la misma. Una vez más, sonó la bocina y la maquinaria retumbó. Las tiendas,

escaleras y canaletas se reorganizaron solas hasta que el Yomi adquirió un aspecto como si hubiese sido construido colgando del techo. Las tiendas volvían estar las unas junto a las otras, con los tejados tocando el techo de piedra que en su momento había sido el suelo. Las escaleras se habían convertido en pasarelas llanas junto a las tiendas, con el espacio justo para caminar sin golpearse la cabeza. Bajo las mismas, los andamios se extendían hacia la profunda oscuridad.

Cuando el silbido del petróleo señaló la reiluminación de las canaletas, Oliver analizó el reordenado mundo. Había perdido a Emalie de vista. Se encaminaron de nuevo hacia la entrada, pero solamente se podían mover rápido sobre las escaleras de bambú, por miedo a caer al abismo.

—Vamos a necesitar algo que anule al espectro mientras hablamos con ella —musitó Dean con gravedad.

—Mmmm —respondió Oliver, inmerso en sus pensamientos.

*Hablar con ella, qué gracia, pensó aciagamente. Ha firmado un contrato con un espectro. Un humano suele tener que vender su alma, su cuerpo o algo así para conseguir que un espíritu trabaje para él. Hasta ese punto quiere vengarse de mí.* Oliver tuvo que preguntarse si algún día podría volver a hablar con Emalie.

—¿Y ahora qué? —preguntó Dean mientras atravesaban de nuevo el detector de muertos.

—A la tienda de Désirée —contestó Oliver, dirigiéndose hacia la tercera planta—. Vamos a por lo que necesitamos.

## El juego de palabras de Désirée

Atravesaron la puerta giratoria de cristal que conducía a la limpia y tranquila botica de Désirée. Una vez más, la tienda parecía vacía. La misma *bossa nova* metálica resonaba en los altavoces del techo. Oliver y Dean recorrieron el pasillo más cercano, con sus ordenadas estanterías repletas de misteriosas latas y tarros. Ambos iban mirándose los pies, observando como sus pasos no causaban ruido alguno sobre el suelo de baldosa. El olor a amoníaco impregnaba el aire, de nuevo como si acabasen de limpiar aquel lugar. Oliver entrecerró los ojos y miró hacia delante a través de aquella brillante blancura hacia el alto mostrador de mármol que había al fondo. Estaba vacío.

A medio camino del fondo de la tienda, cruzaron un agujero que había en el suelo. Oliver oyó un extraño e irregular chasquido y alcanzó a ver un movimiento por el rabillo del ojo. Algo negro y verde como los sucios rincones y las sombras los observaba desde la parte más alejada del pasillo... Pero para cuando giró la cabeza, se había ido revoloteando.

—¿Qué era eso? —susurró Dean.

—No lo sé —respondió Oliver. Le había dado la impresión de muchos brazos o piernas, con piel costrosa y ojos de brillo dorado. ¿Había sido Désirée? ¿*Sin su máscara?*, se preguntó.

—Hola, Oliver. —Oliver volvió la cabeza y se topó con la alta y esbelta forma de Désirée, de pie tras el mostrador, ataviada con su immaculado abrigo blanco. Les estaba dando la espalda y de nuevo miraba fijamente el espejo en forma de diamante con marco de jade que colgaba de la pared. Oliver se estremeció al ver su delgada figura, su pelo rojo recogido en un moño perfecto, sus blancas y delicadas manos a la espalda. Lo asaltó el mismo pensamiento que había tenido durante su última visita: *No es así como ella es en realidad*. Se preguntó qué veía ella en aquel espejo y estiró el cuello para atisbarlo, pero solo fue capaz de distinguir el blanco brillante de lo que parecía el reflejo de las luces del techo.

Désirée se volvió, con una sonrisa en su prístino rostro blanco. Oliver no apreció brillo dorado alguno tras sus finas gafas, tan solo unos afables ojos color lavanda.

—Es muy agradable volver a veros tan pronto —dijo con simpatía.

Oliver llevaba tiempo esperando para volver a hablar con Désirée, tal vez incluso para gritarle por el amuleto y la visión de sus padres, pero ahora, con aquella agradable sonrisa que le dedicaba, tan solo acertó a pronunciar una inocente palabra:

—Hola —graznó.

Désirée miró a Dean, que permanecía a su lado, y volvió a mirar a Oliver sin perder la sonrisa. Juntó sus manos de largos dedos y susurró:

—Bien, veo que alguien ha sufrido algunos cambios.

Oliver oyó como Dean tragaba saliva.

Los ojos de Désirée parecieron volverse más pequeños mientras seguía mirando a Oliver.

—¡Ah! Han cambiado tantas cosas, ¿verdad? ¿Qué ha ocurrido con tu otra amiga?

Oliver quería espetarle: «Ya lo sabes». Prácticamente podía sentir a Désirée escarbando en sus pensamientos, averiguando todo lo que quería saber.

—Ya veo —prosiguió Désirée—. Es parte del motivo por el que estáis aquí. Bueno, entonces lo primero es lo primero... —Buscó en el bolsillo de su abrigo y extrajo una botellita de cristal. La colocó sobre el mostrador—. Esto te ayudará con el dolor.

Oliver le echó un fugaz vistazo.

—¿Qué dolor? —Cuando volvió a levantar la mirada, vio como las formas ocultas de lo que quiera que merodease bajo la máscara de Désirée se deslizaban con regocijo.

—Oliver... —dijo ella, con tono de profesora—. Para tu herida del amuleto... Ahora, pregúntamelo.

—¿El qué?

Désirée sonrió aún más.

—Hazme la pregunta que más deseas hacer.

Oliver se quedó mirándola y casi sintió como si no pudiese librarse de sus ojos. Se había imaginado antes a sí mismo haciéndole preguntas, exigiéndole respuestas. *¿Por qué me mentiste?* Esa era siempre la pregunta que quería gritarle. Así que abrió la boca y preguntó:

—¿Fue real? —La pregunta lo sorprendió y, sin embargo, el estremecimiento en su interior que la acompañó le hizo darse cuenta de que sí, aquello era lo que más deseaba saber.

Désirée asintió:

—Sí, la visión del portal fue real.

Si era posible sentirse a la vez aliviado y más alucinado que nunca, así era como se encontraba Oliver.

—Pe... pero ¿cómo puedo creerte?

—Porque ya sabías que era real, ¿no es cierto?

—Yo...

—Siguiente pregunta.

Oliver apenas podía seguir.

—¿Por... por qué me la diste?

Désirée seguía sonriendo:

—Obviamente porque es lo que me pediste.

—Pero yo... yo te pedí que me ayudaras a ver lo que aparecía en aquella foto, y acabó arruinada.

—Lo que la foto te habría mostrado no te habría dicho lo que tú realmente querías saber.

—¿Qué quieres decir?

—Oliver —Désirée sonaba casi maternal—, tal vez quisieras ver lo que aparecía en aquella foto, pero lo que de verdad querías saber era qué te ocurría. La foto habría sido una respuesta, pero no una que hubieras podido deducir.

—¿Eh?

—Eres un vampiro engendrado, aunque sin demonio, Oliver. Una colección de fuerzas y espectros realmente única. No creo que tus padres, ni nadie en realidad, supieran exactamente lo que ocurriría si fueses fotografiado. Creo que les preocupaba que pudieses ver algo inquietante.

—Bueno, ¿como qué?

—No podemos estar seguros de ello. Sin un demonio, mi intuición era que la foto te habría mostrado como un cadáver, posiblemente incluso como un bebé, el de la noche en que moriste. Aquello habría resultado inquietante para ti, y no habrías comprendido lo que significaba. Nadie a tu alrededor te lo habría explicado, y ese es el motivo por el que decidí... ayudar. El portal fue diseñado para reaccionar a la energía de la foto y usarla como coordenadas. De ese modo tendrías un contexto y una respuesta completa, en lugar de otra pregunta confusa.

—Pero destruyó la foto. —Oliver entendía lo que Désirée quería decir, pero seguía sin poder evitar sentirse receloso. ¿Y si al destruir la foto estaba ocultándole algo, igual que todos los demás?

—Sí, y lo siento —prosiguió Désirée—. La transferencia de energía al amuleto fue poderosa y el papel es algo delicado, después de todo. Pero, por favor, créeme cuando te digo que lo que habrías visto te habría resultado perturbador y no especialmente útil. El portal era la respuesta que necesitabas. Aunque me imagino que también fue perturbador.

—Supongo. —Oliver trataba de asimilar lo que estaba oyendo—. Así que el amuleto... Toda aquella historia sobre que necesitaba protección... era mentira.

Désirée soltó una repentina carcajada. Tres rápidas ráfagas emergieron de ella; sonaba encantada y peligrosa al mismo tiempo. Pronto su rostro se volvió inexpresivo y serio.

—Yo no miento, Oliver.

—Yo... No quería decir que tú...

—El amuleto de Éfira es un poderoso artefacto protector, y aunque le di un uso secundario cuando lo doté de un portal, su función original está resultando exactamente como yo pretendía. Te está protegiendo ahora mismo.

Oliver se palpó ligeramente la zona en que tenía la herida. El dolor le recorrió el costado y sintió que de repente lo entendía.

—El Azote —dijo lentamente—. No lo he esquivado por suerte.

Désirée asintió:

—De hecho, has sido atacado directamente con el Azote de Selket en dos ocasiones y has sobrevivido a los dos episodios. Si no fuese por ese fragmento de amuleto de tu costado, ahora mismo no serías más que un montón de polvo. De todos modos, siento que se te clavase. A veces no calculo mi propia fuerza con los portales. Por eso te doy esta medicación, gratis. Limpiaré la infección. —Recuperó la sonrisa, aunque Oliver no estaba seguro de que el rostro que había debajo la hubiese recuperado también—. Y te diré una cosa: también voy a descontarte un veinticinco por ciento en ese mortero de Van Muren que necesitas —añadió, a pesar de que Oliver aún no había mencionado aquello.

Désirée volvió a mirar a Dean, que se animó al oír aquello.

—Encontrar a tu amo... —dijo Désirée, y a continuación chasqueó la lengua contra sus dientes. Sus ojos brillaron al dirigirse de nuevo hacia Oliver—. Eso debería ser interesante. —Désirée cambió de tema antes de que Oliver pudiera responder—. ¿Y también necesitas, deduzco, algo más?

—Eh... Sí. Necesitamos conjurar a un espectro.

—Mmm, un asunto peliagudo. —Asintió mientras cruzaba los brazos y se daba golpecitos en la barbilla con uno de sus dedos—. Bien, desde luego, nada funciona para siempre. Los espectros poseen almas en pena y, como podéis imaginaros, esas no dejan de venir. Pero creo que sí que tengo algo... —Se dirigió a uno de los estantes que tenía detrás.

Oliver se volvió hacia Dean y vio que este levantaba las cejas con escepticismo.

—Aquí está. —Désirée regresó y colocó un bloque cuadrado de piedra negra sobre el mostrador. Estaba ahuecado por el medio como si fuese un cuenco. Unos jeroglíficos egipcios decoraban los bordes—. Un mortero de Van Muren y...

Colocó una pequeña lata al lado del mortero. Su brillante superficie metálica estaba pintada con un símbolo en skrit con borde circular.

—Extiende este polvo formando un círculo protector para mantener al espectro alejado. Dependiendo de su fuerza, esto te durará hasta media hora. Después de todo, bueno, como se suele decir, cuidado con la mayoría de las cosas causadas por la pena.

—Vale —asintió Oliver—. ¿Y qué pasa con...?

—¿El Azote? —Désirée sonrió—. Me temo que todo lo que tenía se lo he vendido a tu padre y su equipo por, permitidme decirlo, un precio muy alto. —Désirée se relamió mientras decía esto—. Tu fragmento de amuleto debería bastar. Ahora supongo que tenéis prisa, así que serán quince minas.

Oliver asintió, en absoluto sorprendido de oír que Désirée le pedía la cantidad exacta que Polemonia le había dado. Le tendió las monedas. Désirée metió los objetos en una bolsa de lona de un sorprendente y agradable color rosa.

—Espero volver a veros pronto —dijo.

—Sí —respondió Oliver preocupado con el presentimiento de que probablemente



así sería. Se volvió hacia Dean—. Vamos —dijo, pero entonces se detuvo. Cuando volvió a mirar atrás, creyó ver un gesto de sorpresa en el rostro de Désirée.

—Muy bien —musitó ella—, no pensé que tuvieras coraje. De acuerdo, adelante, pregunta.

Oliver vaciló un momento y preguntó:

—¿Sabes algo sobre la Puerta de Nexia?

Désirée le sonrió. Oliver no sabía si sentir preocupación u orgullo. Dean comenzó a inquietarse.

—Sí, Oliver —dijo Désirée con afecto—, y me alegro de que lo hayas preguntado, pero las preguntas sobre tu destino debes dirigirselas a un Oráculo. Podrían prohibirme regentar mi negocio por permitirme especular sobre tu futuro.

—Pero... hablas de mi futuro todo el tiempo —protestó Oliver.

—Mmm. —Désirée sonrió con timidez—. Es una línea fina, lo admito. Pero lo siento. —Se llevó un dedo a los labios—. Supongo que hay una cosa que sí puedo decirte... —Se inclinó hacia delante sobre el mostrador de una forma casi antinatural hasta que sus labios estuvieron junto al oído de Oliver. Un escalofrío lo recorrió al sentir su áspero cabello en su mejilla. Désirée susurró:

—A Selene se la oye mejor a través de las llamas frías. —Se incorporó. Oliver la miró sin comprender—. Hermoso, ¿verdad?

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Oliver.

Désirée se encogió ligeramente de hombros, con expresión divertida.

—Me temo que se te ha acabado el tiempo.

—Pero...

—¡Oliver! —Oliver se volvió y vio a Polemonia irrumpiendo en el pasillo.

—¡Rayos! —murmuró Dean.

Polemonia los miraba furiosa, con destellos turquesa en los ojos.

—He esperado en la zona de comidas durante... —Consultó su reloj—. ¡Casi media hora! He buscado en todas las mesas, he alertado a seguridad, ¡hasta he llamado a tu padre! ¿Pero qué...?

—Buenas tardes, señora Nocturne —la interrumpió Désirée con suavidad—. ¿Puedo ayudarla en algo?

Polemonia bajó la guardia por un momento y Oliver vio que se ruborizaba. A su madre no le gustaba perder la compostura en público.

—Désirée —dijo con toda la calma de la que fue capaz. Entonces adoptó un tono sociable—. Solamente he venido a recoger a estos niños caprichosos.

Oliver aprovechó la ocasión para apretar la bolsa rosa contra Dean quien, por suerte, comprendió lo que pretendía. La cogió y se la metió bajo la chaqueta.

—Ah, sí. Pero permítame decirle, en su defensa, que ha sido un placer hablar con ellos.

—Bien. —Polemonia miró de nuevo a Oliver y a continuación volvió a hablar por encima de su cabeza—. Me alegro. ¿Y para qué han venido aquí a molestarte?

Oliver no pudo evitar poner una mueca de exasperación. Odiaba que los adultos hiciesen cosas así: actuar como si él ni siquiera estuviese allí y mirar a los demás adultos ignorándolo a él. Por supuesto, entendió por qué Polemonia no le preguntaba a él: había planeado una mentira precisamente para aquella pregunta.

—Ah, estos diligentes jovencitos buscaban algo con lo que combatir el Azote — prosiguió Désirée. A Oliver no le sorprendió oír a Désirée mintiéndole a su madre, y aun así sintió que se trazaba una línea: Désirée estaba de su lado más de lo que lo estaban sus padres, si es que estaba de alguno de los dos lados. Oliver no se había planteado que él y sus padres estuviesen en diferentes bandos exactamente, pero cuando se trataba de su destino, y de Emalie, e incluso de Dean, bueno, parecía que sí lo estaban.

Polemonia oyó aquello y la expresión furiosa de su rostro se apaciguó. Cuando volvió a mirar a Oliver, él ya estaba preparado con su mirada tímida y diciendo:

—Creíamos que podíamos ayudar. Quiero decir, Tormento lo hace.

—Oliver... —La luz se esfumaba de los ojos de Polemonia—. Es estupendo que queráis ayudar, pero sabes que es demasiado peligroso. —Se volvió hacia Désirée y Oliver reparó en que hasta Polemonia sonaba un poco insegura al hablarle—. No les has... dado nada para eso, ¿verdad?

—Ah, claro que no. —Désirée sonrió—. Precisamente les estaba diciendo lo mismo que acaba de decir usted. Además, no me queda nada.

—De acuerdo, bien. —Polemonia asintió y pareció apartar la mirada de Désirée lo más rápido que pudo—. Gracias, Désirée. Nos vamos.

—Por favor, vuelvan otro día —dijo Désirée antes de desaparecer entre las estanterías que había tras el mostrador.

—Vamos —murmuró Polemonia haciendo un gesto con el brazo. Dejó que Oliver y Dean pasasen delante de ella y los siguió—. Deberías haberme dicho adónde ibas.

—Lo siento —se disculpó Oliver, aguantándose las ganas de apuntar que tal vez resultase un poco ridículo que Polemonia pensase que debía contárselo todo cuando ella y otros adultos no hacían lo mismo con él... Pero no era el momento.

Regresaron a casa y Polemonia preparó la comida para Oliver y Dean. Parecía más relajada mientras sacaba un bol de helado de chocolate con menta y llenaba una copa con una de las bolsas de sangre de panda fresca de Oliver.

—Bien, Dean —dijo—, me quedan unos cuantos hígados de cabra. Ya los he desangrado para un sorbete, pero aún queda la carne. Ah, y tenemos algunas cabezas de monstruos Gila que a lo mejor te gustan.

—Suena genial —dijo Dean inocentemente.

Mientras comían, llegó Sebastian. Parecía exhausto.

—¡Hola! —dijo con tono grave, y añadió—: ¿Qué hay, Dean?

—¡Hola! —respondió Dean, tratando de abrir una cabeza de Gila del modo más

silencioso posible.

Sebastian sacó un rollo de papeles de su chaqueta y los dejó junto a Oliver.

—Para ti. Estoy seguro de que esto te alegrará el día.

Oliver frunció el ceño al verlo.

—¿Deberes? Pero si no hay colegio.

—No vamos a dejar que esto trastorne la educación de nuestros hijos —dijo Polemonia—. Todos los profesores han preparado deberes hasta que la escuela pueda reabrirse.

—Genial —suspiró Oliver.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Polemonia a Sebastian esperanzada.

—No demasiada. Ha habido otro ataque —respondió Sebastian con tono grave—.

En el barrio de Queen Anne.

Toda la calma que Polemonia pudiese haber sentido por un momento se esfumó de su rostro.

—¿Cuándo?

—Hace solo una hora. Leah está consiguiendo algunas pistas y, de hecho, hemos rastreado al autor hasta esa parte de la ciudad... Pero su rastro vuelve a perderse.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Polemonia con frialdad.

—Hemos hecho una solicitud para que nos envíen rastreadores del Inframundo. Llegarán en unos días.

—Bueno —prosiguió Polemonia lo más alegremente que pudo—, al menos este no ha ocurrido a unos metros de Oli.

Sebastian acarició la cabeza de Oliver.

—Bueno...

—¿Qué? —preguntó Polemonia.

—Ha habido un herido... Randall.

—¿Randall? —gritó Polemonia—. ¿Y qué pasa con...?

—Tormento está bien. Y Randall también lo estará. Ha perdido medio brazo, pero el doctor Vincent es optimista ante la posibilidad de un reimplante.

—¿Qué estaban haciendo allí?

—De hecho, Tormento dice que habían rastreado al humano hasta aquel lugar.

—¿Cómo es que nuestro hijo está consiguiendo lo que tu equipo no es capaz de hacer? —le espetó Polemonia.

—Aún no me lo ha dicho. Estaba algo furioso por lo que le pasó a Randall y no habló. Ya sabes cómo es cuando se enfada, no hay forma de hablar con él...

Se produjo un fuerte estallido y Oliver notó que un líquido tibio le salpicaba el rostro. Levantó la cabeza y vio a Polemonia sujetando lo que quedaba de una bolsa de sangre. La había apretado tanto que había reventado. Su ropa y su cara, además de las paredes, estaban cubiertas de sangre.

—¡Vale, entonces oblígalo! —chilló, y el ardor de sus ojos pasó de turquesa a negro azulado—. ¿Qué es lo que te pasa?

—Polemonia —dijo Sebastian—, estamos haciendo todo lo que podemos...

—¡Pues haced más! —Lanzó la bolsa vacía a través de la habitación y la estrelló contra la pared—. ¿Cómo de cerca tiene que llegar esto para que despiertes?

Los ojos de Sebastian adquirieron un brillo ámbar. Oliver observaba la situación con prudencia, sin atreverse a moverse siquiera. Dean también estaba paralizado en su sitio. Pasado un momento, los ojos de Sebastian se enfriaron y asintió con la cabeza:

—Tengo que volver a irme. —Miró a Polemonia, inexpresivo—. Hablaremos más tarde.

Polemonia se limitó a asentir con los labios apretados. Sebastian se marchó. Instantes después, ella cogió una toalla y empezó a limpiar la sangre de la encimera.

Se oyó un ruidoso crujido que paralizó a Polemonia e hizo que levantara la vista hacia el techo. Oliver miró a Dean y vio como este la miraba avergonzado tras haber partido la cabeza de Gila.

—Vámonos abajo —dijo Oliver suavemente—. Puedes llevarte eso.

Dean asintió. Oliver lo condujo por la escalera de caracol hasta la cripta y se dirigieron a su ataúd. Oliver extendió la mano hacia Dean.

—Deja que guarde la bolsa de la botica de Désirée. Lo esconderé todo hasta que tengamos la oportunidad de usarlo.

—¿Cuándo crees que será eso?

Oliver miró a Dean.

—No tengo ni idea. —Rebuscó en la bolsa y extrajo la botella que Désirée le había dado para su herida. La destapó y dio un trago.

Dean miró por encima del hombro de Oliver.

—¿Qué le pasa a eso? —preguntó, señalando con la barbilla.

Oliver se volvió y se encontró con que la tapa de su ataúd se abría lentamente.

—Extraño —dijo, adelantándose un paso y poniendo ambas manos sobre la tapa para cerrarla...

Pero la tapa se abrió con fuerza...

Una figura se incorporó en el interior.

—¡Ah! —gritó Dean.

Oliver retrocedió de un salto con los ojos como platos.

—¿Qué...?

Emalie lo miró con frialdad:

—Tenemos que hablar.

## Las cosas claras

Oliver la miraba fijamente. La ropa y el rostro de Emalie estaban manchados de mantillo del ataúd. Mechones sueltos de pelo le asomaban por debajo de su gorro negro. Ella le devolvió la mirada con sus grandes ojos claros, aunque glaciales, y la boca apretada. Oliver sintió que iba a estallar. ¿Estaba allí para intentar matarlo de nuevo? Ni siquiera le importaba. Creyó que se enfadaría, pero se sorprendió al descubrir que no era así. Solamente quería empezar una conversación con ella, decirle otra vez que sentía lo de Dean, averiguar cómo estaba.

Ella se inclinó hacia delante y pasó una pierna por encima de la pared del ataúd. La porquería se esparció por el suelo. Oliver se adelantó para sujetar la tapa.

—Quédate ahí —le advirtió Emalie con frialdad.

Oliver retrocedió. Miró a Dean, que la contemplaba alucinado.

Emalie salió del ataúd y se sacudió brevemente los vaqueros y el chaleco. Cuando levantó la cabeza, fulminó a Oliver con la mirada. Sus labios vacilaron como si estuviese a punto de decir algo.

No lo hizo.

A Oliver se le agolpaban los pensamientos. ¿Qué iba a decir primero? No tenía nada.

—Hola, Emalie —dijo Dean con suavidad.

Los ojos de Emalie parecían clavados en Oliver. Parecía que miraba directamente a través de él.

—Yo, eh... —tartamudeó Dean.

Emalie seguía sin mirarlo.

—Está bien —prosiguió Dean.

Por fin, Emalie apartó la vista de Oliver y él entendió por qué la había mantenido ahí; en el momento en que miró a Dean, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Ah, no. No hagas eso. Es... —Dean se apoyó primero en un pie, luego en el otro, nervioso. Se metió las manos en los bolsillos, las sacó, las volvió a meter—. Estoy bien.

Emalie exhaló, tan fuerte que pareció que se reía, parpadeó para retener sus lágrimas y se frotó los ojos con fuerza.

—Hola, Dean —dijo sorbiéndose los mocos.

—Qué hay. Pues... —dijo Dean.

—Lo sé —lo interrumpió Emalie—. Eres un zombi, ya lo sé.

—¿Cómo? —preguntó Oliver.

Los ojos de Emalie volvieron a atravesarlo.

—¿Lo hiciste tú?

—Yo... ¡no! Aún no hemos averiguado quién lo resucitó. Pero vamos a hacerlo, hemos... —Oliver se detuvo. La impresión de ver a Emalie estaba desapareciendo y ahora irrumpían en su cerebro algunas preguntas muy importantes—. Espera. ¿Has venido para matarme?

Emalie entrecerró los ojos.

—¿De qué estás hablando?

—Tú... —Oliver sintió una punzada de su reciente frustración hacia ella—. Ya sabes a qué me refiero. —Miró a su alrededor, pero no vio al espectro en las sombras.

—No. —Emalie sacudió la cabeza—. No sé lo que quieres decir.

—Bueno, ¿por qué estás aquí? —preguntó Dean.

Emalie frunció el ceño.

—Creo que necesito tu ayuda.

Oliver sintió que su frustración aumentaba.

—¿Ayuda? Venga, no voy a picar con eso.

—¿Picar con qué? —Emalie se volvió hacia Dean—. ¿De qué está hablando?

—Solo se está refiriendo —comenzó Dean, cauteloso, como si pisase huevos— al modo en que has intentado matarlo últimamente. Ya sabes, con eso del Azote.

La frente de Emalie se frunció. Miró a Oliver, luego a Dean y a continuación de nuevo a Oliver.

—No he intentado matarte.

Se oyó un estrépito en el piso de arriba: el frigorífico abriéndose. Emalie miró al techo:

—¿Podemos ir a algún lugar más seguro?

—¿Más seguro para quién? —contraatacó Oliver—. ¿Cómo sé que no se trata de una trampa?

—Tú sabes mucho de eso, ¿verdad? —replicó Emalie con frialdad.

Oliver le clavó la mirada.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Dean, sin el menor rastro de sospecha en su voz.

Emalie parecía estar pensando a toda velocidad.

—Nada. ¿Podemos irnos y punto? Os lo explicaré cuando estemos en mi casa.

—¿Cómo has entrado aquí, para empezar? —dijo Oliver, cruzándose de brazos—. Ah, espera. —Volvió a mirar hacia las esquinas de la cripta—. ¿Dónde está tu amigo?

—¿Pero de qué estás hablando? —preguntó Emalie enfadada—. He venido andando por las alcantarillas. Me ha llevado algo de tiempo dar con la puerta correcta —añadió.

—Ah, sí, claro, has venido andando. —Oliver olisqueó el aire con dramatismo. Emalie no tenía aroma—. Sé que es casi invisible en la superficie, pero está justo aquí, ¿verdad? Tu pequeño espectro guardián... —Oliver no lo pudo evitar. No

esperaba sentirse así, pero no pudo contener su frustración—. No vamos a ir contigo. Si quieres asesinarme, acaba con esto aquí mismo.

—¡No estoy intentando matarte! —gritó Emalie—. Y no sé de qué me estás hablando, y no sé lo que es un espectro. ¡Dios! Tal vez debería intentar matarte. — Lanzó una mirada a Dean.

—¡Vale! —Dean alzó los brazos de repente—. Eso, eso de ahí —dijo señalando a Emalie—. ¿Por qué esa mirada?

Emalie miró a Oliver y él la miró a ella. Estupendo. Era el momento de sacar todo aquello fuera, antes de que Emalie lo tergiversara todo.

—Escucha, Dean —comenzó Oliver, despacio—. Yo no creo que sea verdad, pero alguna gente piensa que...

—¿Qué? —Dean frunció el ceño—. ¿Esta es la parte en que por fin admites que tal vez me hayas matado? —dijo con el rostro como una piedra.

—¡No! Quiero decir, yo no te maté... —Esperaba que Emalie dijese algo sarcástico, pero sorprendentemente se quedó callada—. Yo...

—Venga, Oliver —musitó Dean—, puede que sea un simple zombi, pero no soy idiota. Tus padres creen que eres mi amo. ¿Y el modo en que te callas cuando hablamos de la noche en que morí?

—Pero...

—Pero nada. Los zombis también pueden ir a las bibliotecas, ¿sabes? Bueno, de hecho solo me conecté a internet. Yo no... Yo no creo realmente que seas mi amo, pero deberías habérmelo dicho.

—Lo sé —admitió Oliver—, pero no sabía cómo hacerlo. Quería encontrar una prueba de que yo no te maté, o...

—O es que simplemente eres un gallina —dijo Dean decepcionado—. Además, eres un vampiro, puede que me hayas matado. Pero ¿a quién le importa? Eso no cambia el hecho de que estoy muerto. Y no cambia el hecho de que somos amigos... Bueno, eso tal vez un poco...

—Dean, te lo juro, yo no te maté...

—No, él no lo hizo. —Ambos se volvieron y se encontraron con que los ojos de Emalie estaban enrojecidos y bañados en lágrimas—. Yo... Yo te maté.

Oliver y Dean se quedaron mirándola. Ella contuvo un sollozo.

Oliver levantó los brazos:

—¿Y ahora de qué hablas tú?

—Yo soy la que lo encontré —murmuró señalando a Oliver—. Y yo soy la que te convencí para venir a esta casa, Dean, para ir al Subterráneo, incluso aunque tú no quisieras. Yo te arrastré a todo esto. Es culpa mía que murieras.

Nadie dijo nada.

Entonces Dean explotó.

—¡Ay, Dios mío! —Miró a Emalie, a Oliver y a Emalie otra vez—. Los dos sois ridículos. ¡Superadlo! ¡Soy yo el que se ha muerto! ¡Soy el único que es un puñetero

zombi! ¿Acaso a alguno de vosotros lo ha resucitado de entre los muertos quién sabe quién?

—Bueno —dijo Oliver—, pero...

—No. —Se volvió hacia Emalie—. Fui yo el que saltó por aquella alcantarilla hasta el Subterráneo. Nadie me empujó. Tú no me controlas. —Se volvió hacia Oliver—. Y tú tampoco. Pero alguien lo hace, así que ¡eh!, ¿podemos averiguar de quién se trata?

—No —dijo Emalie mordiéndose el labio. Parecía inmersa en sus pensamientos.

Dean alzó los brazos:

—¿Qué?

—Dean, tienes... Tienes razón —tartamudeó Emalie—. Quiero decir que lo siento tanto... Podemos encontrar a tu amo, pero... —Le dedicó a Oliver una mirada glacial—. Antes necesito saber.

—¿Saber qué? —preguntó Dean.

Oliver notó un ligero chasquido cuando sus ideas se ordenaron en su cabeza.

—Necesita saber si te maté.

—Ya he dicho que no importa quién me haya matado —protestó Dean.

Oliver volvió a mirar a Emalie y se topó con su fría mirada.

—Sí que importa —dijo. Los ojos de Emalie no vacilaron—. Si es que vamos a volver a ser amigos, sí que importa.

Dean se rindió.

—No me lo puedo creer. ¿Sabéis qué? Hacedlo vosotros dos. —Se acercó a Oliver—. Dame la cosa para localizar. Le pediré a mi madre que me ayude, o algo así.

—No, Dean —dijo Emalie—, necesitamos tu ayuda...

—¡No la necesitáis! —gritó Dean—. ¡Esto va con vosotros dos! Y, sinceramente, en realidad vosotros nunca necesitáis mi ayuda. Todo lo que hice fue meterme en medio cuando estaba vivo, ¿cuál es la diferencia ahora?

—Venga, Dean —dijo Oliver—, eso no es verdad.

—Dime que cuando estaba vivo no querías que me muriese, o al menos que me quitase de en medio.

—Yo... —comenzó Oliver, pero Dean estaba totalmente en lo cierto—. O sea, a lo mejor un poco, pero las cosas han cambiado. Ahora somos amigos.

—Sí. —Dean suspiró—. Excepto cuando estoy vaciando tu estúpido lavavajillas.

—Arreglaremos eso, Dean, ¡ha sido una locura!

—Lo sé, pero... Por si no lo habías notado, ¡más locura ha sido para mí! —Se pellizcó la piel muerta de su antebrazo como si quisiera señalar por lo que había pasado, y de hecho se le soltó un trozo—. ¡Puaj! —se quejó. Y salió disparado.

—Tienes razón —le gritó Oliver.

—Sí, la tengo. —Dean salió de la cripta y se encaminó escaleras abajo.

—¡Dean, espera! —lo llamó Emalie. Oliver oyó chirriar la puerta de las



alcantarillas al abrirse y, a continuación, cerrarse de un golpe.

Oliver y Emalie se quedaron solos, mirando a cualquier lado, con tal de evitar al otro.

—¿Tormento? —llamó Polemonia desde lo alto de las escaleras—. ¿Eres tú?

—Dean se ha ido —respondió Oliver.

—Ah —dijo Polemonia con tono preocupado—. Muy bien.

Oliver esperó mientras las ideas daban vueltas en su cabeza tratando de encontrar algo que le diese sentido a todo aquello. Arriba, los sonidos provocados por el ajeteo de Polemonia en la cocina se habían reanudado.

—¿Cómo vas a demostrar que yo no maté a Dean?

—De la misma forma en que lo llevo intentando todo el mes —explicó Emalie—. Me he trasladado a los recuerdos de casi todas las personas que estaban allí aquella noche.

—Eso es lo que estabas haciendo en mi cabeza —dijo Oliver.

—Sí.

—Creí que intentabas volverme loco. Yo... He oído que las orani pueden hacer eso.

Emalie esbozó un atisbo de sonrisa, pero lo miró extrañada.

—Sabes algo de eso. Lo de que soy una orani.

—He... he investigado un poco. Esperaba decírtelo algún día...

—Encontré los viejos cuadernos de mi madre —dijo Emalie, mirando al suelo—. Los dejé junto con las cosas de su cuarto oscuro. Siempre he pensado que no era más que basura, pero he averiguado mucho sobre mí, sobre nosotras. Ella y yo. Siempre es agradable saber que si eres un bicho raro es por algún motivo. —En su rostro se dibujó un amago de sonrisa.

—Sí —admitió Oliver. Sentía una sorprendente oleada de alivio, como si su conversación empezase a ser normal, igual que antes.

—Había un conjuro —continuó Emalie— para trasladarse a los recuerdos de la gente mientras duerme. Sé lo que yo recuerdo de esa noche, pero bueno, pensé que era posible que hubiese algo más.

Oliver se preguntó qué decir. Estaba en lo cierto. El artículo, la esperanza de que aún quedase una oportunidad... Le entraron ganas de decir «gracias», pero se quedó callado.

Emalie prosiguió:

—He estado en la mayor parte de los recuerdos de los niños de la escuela, y en los tuyos... Sé que hay algo, ahí. Es como si la realidad hubiese sido modificada. Hay algo que no encaja en todos los recuerdos, pero sea lo que sea, no consigo saber qué es. Nada funciona. —Levantó la cabeza—. Pensé que tú podrías ayudarme. Tal vez tú o Dean podáis ver algo que yo no puedo ver, pero...

Oliver captó un ligerísimo aroma y de repente arremetió contra Emalie.

—¡Qué! —gritó ella, pero Oliver le tapó la boca con la mano. En un movimiento

relámpago la levantó y la arrojó al interior de su ataúd.

La puerta del sótano se abrió de golpe. Las botas de Tormento galopaban escaleras arriba.

Oliver se inclinó sobre Emalie y susurró:

—Quédate ahí dentro un minuto, no emitas ni un sonido... hazme caso o te matará.

Emalie tenía los ojos abiertos como platos. No tenía motivos para confiar en él ahora mismo..., pero asintió con la cabeza.

Oliver cerró la tapa.

Tormento entró en la habitación.

—Qué hay... —saludó Oliver, pero Tormento se abalanzó sobre él y lo golpeó en el pecho con ambas manos. Oliver atravesó volando la habitación y se estampó contra la pared. Cayó estrepitosamente al suelo, con un punzante dolor en el costado y la espalda. Trató de hablar, pero sentía demasiada presión en el pecho.

—Me he quedado a gusto —siseó Tormento. Miró a Oliver con los ojos en llamas—. Casi la cojo esta noche, hermano.

—¿De qué estás...?

—¡Tu novia! —gritó Tormento—. La asesina de tu novia. Sabes que lo está haciendo ella, ¿verdad? —Tormento se paseaba por entre los ataúdes.

Oliver se puso en pie lentamente, apoyado contra la pared.

—¿Cómo sabes que es ella? —preguntó.

—Sencillamente, lo sé —gruñó Tormento—. Esta noche la hemos visto bajar a las alcantarillas, entonces la hemos esperado. Empezamos a seguirla en el momento en que regresó a la superficie. La seguimos hasta ese parquecito de Queen Anne y ¿a que no sabes qué? Se sienta y entra en ese trance. Nos acercamos a ella y de repente está levantada y arrojándonos fuego antes de que podamos reaccionar siquiera.

Tormento agarró a Oliver por la camisa y lo levantó contra la pared.

—¡Randall ha perdido un brazo, cordero! ¿Y qué estás haciendo tú al respecto? ¿Esconderte aquí en casa con mami? ¡Es culpa tuya que ande suelta por ahí convirtiéndonos en polvo! Tenías que hacerte amigo suyo precisamente.

Oliver lo escuchaba, pero estaba distraído viendo, por encima del hombro de Tormento, como Emalie abría ligeramente el ataúd y escudriñaba desde el interior.

—¿Qué? —Tormento dejó caer a Oliver y se puso a caminar en círculos. La tapa se cerró de nuevo. Olisqueó el aire y entonces se volvió hacia Oliver—. Tu criadito no va a venir a salvarte. Vi como se marchaba.

Oliver respiró aliviado. Tormento no había detectado a Emalie. Y por encima de su hombro, Oliver vio una tenue y humeante sombra que ondeaba detrás de su ataúd. Apenas resultaba visible, pero Oliver reconoció al espectro, que protegía a Emalie arrebatándole su aroma.

Tormento empujó de nuevo a Oliver, se volvió y se dirigió a la escalera.

—La encontraré. Y cuando lo haga será genial. Tal vez te traiga un recuerdo. —

Salió corriendo escaleras arriba.

Oliver se agitó furioso. Regresó adonde estaba el ataúd, que volvía a abrirse lentamente. Emalie miró a Oliver, que estaba muy asombrado.

—¿De qué estaba hablando? Yo...

—Márchate de aquí —la interrumpió Oliver con frialdad—. Vete a casa, donde estés a salvo. —No sabía si creerla (por la forma en que parecía no tener ni idea sobre el Azote), pero lo único que importaba ahora mismo era que saliese de aquella casa antes de que alguien la encontrase—. Intentaré salir después de cenar y me encontraré contigo en tu sótano, si... si sigo estando invitado. —La miró vacilante.

Emalie se deslizó fuera del ataúd.

—Lo estás. —Se dirigió hacia la puerta—. Te veo luego. —Se encaminó pausadamente escaleras abajo, con la tenue sombra negra siguiendo sus pasos.

Oliver se pasó el resto de la noche en casa, inquieto. Se sentó en la cocina e hizo como que hacía los deberes, pero no consiguió hacer casi nada. Tormento volvió a salir unas horas después, despotricando algo sobre venganza. Oliver lo escuchó con preocupación, pero Tormento no mencionó a Emalie. Se preguntaba por qué no les había dicho a Polemonia o a Sebastian que sabía que era ella. Tal vez porque quería matarla él mismo.

Oliver cenó solo frente al televisor. Polemonia estaba demasiado nerviosa para sentarse a comer y Sebastian no volvería a casa esa noche.

Esperó una hora más después de cenar y le dijo a su madre que aún le dolían las heridas y que iba a irse a la cama temprano. Se puso el pijama, regresó al piso de arriba para darle las buenas noches a Polemonia y volvió a la cripta para ponerse de nuevo su ropa, la sudadera y las zapatillas. Recogió todas las prendas suyas que había alrededor de su ataúd o en el cubo de la ropa sucia y las apiló dentro de su ataúd para mantener su aroma en el aire. Entonces cerró la tapa, sacó de su cajón la bolsa de la tienda de Désirée y se adentró en la oscuridad que precede al amanecer.

## En el recuerdo

La casa de Emalie estaba oscura. Oliver se aproximó desde el callejón. Todavía faltaban una o dos horas para que saliese el sol, pero los primeros pájaros y despertadores empezaban a alborotar. Encontró abierta la puerta trasera y a Emalie sentada en el suelo, en su pequeño espacio entre las cajas de cartón, con la espalda apoyada en la lavadora. Un grueso cirio alumbraba junto a ella y Emalie bizqueaba tratando de leer un cuaderno de espiral con gran atención.

—Hola —dijo cuando Oliver entró en la estancia.

Él ocultó su sorpresa, ya que se había movido lo más sigilosamente que había podido. El trabajo de Emalie como orani había agudizado sus sentidos. Oliver atravesó la habitación con cautela, todavía con una cierta desconfianza por si se producía otro ataque del Azote.

—Hola. —Iba a sentarse cuando algo bufó debajo de él.

—Ami, silencio —dijo Emalie. Un gatito marrón salió como una flecha de donde estaba Oliver y se escondió entre las sombras, donde sus luminiscentes ojos se reunieron con un segundo par—. No te preocupes por ellos —dijo Emalie—. Amatista y jade fueron el regalo de Navidad de mi padre.

Oliver asintió. No estaba seguro de qué decir, así que echó un vistazo a la habitación. El cordón en el que Emalie colgaba las fotos estaba vacío.

—¿Has sacado fotos nuevas? —preguntó.

Emalie frunció ligeramente el ceño.

—La cámara se estropeó.

—Ah. ¿Cómo está tu padre? —dijo—. ¿Sigue igual?

—No, no está igual. —Emalie lo miró—. Nada es igual. Han pasado como ¡dos meses! —Volvió a mirar al cuaderno—. Pero está algo mejor. Ha conseguido un trabajo en los muelles. Mi tía abuela Kathleen lo contrató para su empresa de pesca de salmones.

Oliver la observó mientras leía.

—¿Ese es el cuaderno de tu madre?

—Sí. —Lo cerró rápidamente—. He estado leyéndolo desde que Dean... —Su voz se fue apagando.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Oliver con cautela—. Me refiero a la vuelta de Dean.

Emalie se encogió de hombros.

—Voy mucho a su tumba —dijo en voz baja—. Allí se está bien. Una noche vi el

caos que dejó al salir a la superficie. Entonces fui junto a su hermano pequeño en la escuela y tan solo le dije, muy deprisa: «¿Cómo está Dean?». Y él dijo: «Bien», y entonces se dio cuenta de lo que le había preguntado y se quedó alucinado. Así que una noche los observé a través de su ventana y lo vi a él. Sé que últimamente ha estado siguiéndome. No es demasiado sutil.

—Es cierto —admitió Oliver.

—Has sido... bueno con él —dijo Emalie con suavidad.

—Yo solo...

—Yo no quería verlo hasta estar segura de lo que había ocurrido aquella noche.

—Bueno, él quiso ir a verte desde el principio —reconoció Oliver—. Fui yo quien le dijo que no lo hiciera, porque quería averiguar lo que había pasado, yo también.

—¿Crees que volverá? —preguntó Emalie.

—Sí —murmuró la cansada voz de Dean entre las sombras. Emalie y Oliver se volvieron y vieron a Dean atravesando el sótano. Se dejó caer en el suelo junto a Oliver—. Olvidemos esto para poder pasar a lo que importa.

—¡Eh, Dean! —dijo Oliver.

—¡Hola! —añadió Emalie.

Se hizo un breve silencio. Por un momento pareció como si cada uno de ellos estuviese a punto de hablar...

—Dios, vamos a hacer esto de una vez —gruñó Dean.

Emalie asintió y pasó las páginas del cuaderno.

—Mi madre se enteró de que era una orani por su tía —dijo, como si supiera lo que Oliver se estaba preguntando—. Se salta generaciones en las familias. No todo el mundo lo es.

—Pero tú sí.

—Sí —Emalie suspiró—, supongo. Le cogí el tranquillo a esto de visitar la memoria bastante rápido. —Su tono de voz se volvió algo más alegre—. Es bastante guay. Tú pones este talismán junto a la ventana de una persona o en algún otro lugar cercano. —Sostenía una moneda grande, gris y gastada. Oliver pudo ver las marcas que indicaban que había sido golpeada. En el centro había una sencilla forma de diamante, con dos puntos, uno junto al otro, en el interior.

—Se llama rito de la memoria. Funciona como una puerta que da a la mente de las personas. La usas mientras están durmiendo, de modo que puedas estar en sus cabezas sin que ellos lo sepan. —Apoyó la moneda y extrajo el frasquito que Oliver le había visto comprar en el Yomi—. Te sientas cerca de la casa de esa persona, te frotas una gota de esto en la parte interior de cada muñeca y tratas de relajarte. Y entonces, bueno, entonces las cosas se ponen raras y acabas dentro de la cabeza de alguien.

—¿Y una vez que estás allí puedes encontrar los recuerdos que quieres? —preguntó Oliver.

—Tienes que pasearte un rato por allí, pero sí. —Emalie prosiguió—. No es demasiado difícil. Es como si pudieras sentir de algún modo el camino que te lleva a los recuerdos adecuados. Y todos los que estaban en el gimnasio aquella noche han estado pensando en ello un montón, así que los recuerdos están cerca de la superficie. Creo que tal vez aparezca en los sueños de los niños mientras estoy ahí dentro.

—Sí, yo te vi en el mío —dijo Oliver. Cada vez más piezas encajaban en su cabeza—. Espera, ¿entonces esta noche estabas haciendo ese conjuro?

—Bueno, sí... —dijo Emalie—. Tenía que conseguir más de esto —agitó el frasco—. Luego he ido a casa de la señorita Reynolds, que es la profesora del coro, y he entrado en su mente, pero no he averiguado nada nuevo.

Oliver por fin lo entendió todo:

—Cuando haces eso abandonas tu cuerpo...

—Sí —respondió Emalie—. Es bastante extraño... O sea, utilizo el círculo protector de arena de yeso (es otra de las cosas que he aprendido de las notas de mamá), pero a veces cuando salgo de la cabeza de la persona estoy en un lugar diferente a donde empecé.

—¿Entonces también estuviste en los recuerdos de alguien el martes por la noche?

—Eh... —Emalie vaciló un instante—. Sí, estuve.

Oliver asintió con la cabeza. Aquello tenía sentido.

—En realidad no lo sabes, ¿verdad?

Emalie entrecerró los ojos.

—¿Qué es lo que no sé?

Oliver pensó en alto:

—No fuiste tú la que contrató al espectro...

—¿Por qué sigues repitiendo eso? —insistió Emalie—. ¿Qué es un espectro?

¡Eso era! Un espectro no era capaz de poseer a alguien mientras estaba consciente. Solamente podía permanecer cerca de Emalie, protegiéndola y ocultándola, sin que ella lo supiese. Pero si Emalie abandonaba su cuerpo...

—Escucha, Emalie, un espectro es un espíritu. Y mientras tú viajabas por la mente de las personas, uno de ellos se ha apoderado de tu cuerpo.

—¿De qué estás hablando? —Emalie sonaba enfadada, o asustada, o tal vez ambas cosas.

—Bueno, tú has dicho que acabas en diferentes lugares... —dijo Oliver con cautela—. Cuando estás en la cabeza de una persona, este espectro posee tu cuerpo y te utiliza para matar vampiros. Emplea un conjuro llamado Azote de Selket. Asesina vampiros infectándolos con luz solar.

Emalie se limitó a mirarlo fijamente.

—Pero yo no soy...

—Lo sé. Tú no sabes que ocurre... —Oliver sintió que el alivio lo embargaba.

—Creyó que intentabas matarlo —añadió Dean.

—¿Por qué ibas a pensar eso? —preguntó Emalie con suavidad.

—B... bueno, en realidad no lo pensaba —tartamudeó Oliver—. O sea, estaba preocupado por que lo hicieras, pero como me habías dado aquel recorte de periódico, en realidad no creía que...

De repente, el rostro de Emalie se tornó misterioso.

—Espera, ¿qué recorte?

—El que dejaste bajo mi pupitre, acerca de la muerte de mis padres.

—¡Nunca dejé eso bajo tu pupitre! —dijo ella—. Lo perdí, alguien me lo robó. O sea, lo fotocopí en la biblioteca y barajaba la posibilidad de dártelo, pero entonces desapareció.

Oliver sintió que todas sus pesquisas se habían detenido de golpe. *¿Entonces, quién me lo dio?*, se preguntó. *¿Y qué significaba eso?*

—¿Podemos hablar ya de todo eso de los recuerdos? —preguntó Dean haciendo una mueca.

Oliver sacudió la cabeza. Las preguntas más tarde; Dean tenía razón: tenían que seguir con aquello. Buscó en la bolsa de la botica de Désirée y extrajo la pequeña lata cuadrada. La abrió y de ella emergió una espiral de humo rojo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Emalie.

—Es un polvo que mantendrá al espectro alejado, al menos durante un rato.

Emalie miró a su alrededor.

—¿Qué espectro? ¡Aquí no hay nada!

—¡Sí que lo hay! Es solo que no puedes verlo. Mira, tienes que creernos. Vimos cómo te protegía en el Yomi.

Emalie lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Me seguisteis hasta el Yomi?

—¡Jo, tío! —se lamentó Dean, propinándose un manotazo en la frente.

—Sí, ¿no lo sabías? —respondió Oliver.

—No... —dijo Emalie, con tono irritado.

—Hagamos el conjuro de una vez —protestó Dean.

—Bueno, claro que lo hicimos —insistía Oliver—. Fue una locura por tu parte bajar allí.

—¡No, no lo fue! —gritó Emalie—. Mi madre tenía notas sobre cómo hacer un hechizo de protección para que nada pudiera hacerme daño. —Emalie sacó un collar que llevaba bajo la camisa. Una figurita hecha de paja pendía del extremo de un cordón de cuero—. Decía que no siempre funcionaba, pero conmigo ha funcionado genial. ¡Eso fue lo que me mantuvo a salvo!

—¿Eso? —Oliver contuvo la risa—. Tal vez eso te protegiera de las cucarachas, pero no de los demonios que te rodeaban...

—¿Tú qué sabes, Oliver? —replicó Emalie—. ¡Soy yo la que hace esto! Yo soy la orani y esto me mantiene a salvo. Es... ¡hace un mejor trabajo de lo que tú serías capaz!

Oliver se quedó callado. No tenía ni idea de qué decir a continuación. Todo aquello se iría a pique si seguían dándole vueltas de aquel modo. Así que se puso en pie y dijo:

—Tú observa.

Sosteniendo la lata por delante de su cuerpo, comenzó a girar lentamente describiendo un círculo y esparciendo el polvo alrededor de los tres. En lugar de caer al suelo, el polvo se quedó suspendido en el aire, y entonces empezó a descender y, al mismo tiempo, a flotar hacia el techo construyendo un muro transparente y circular en torno a ellos.

Emalie miró a su alrededor.

—¿Y qué se supone que...?

De repente, un estridente silbido irrumpió en sus oídos. Parecía proceder de todas partes al mismo tiempo. Se produjo un golpe de aire y entonces algo negro y borroso se precipitó entre ellos. Oliver cayó de espaldas al suelo. El silbido se volvió muy agudo: era un grito inhumano. Emalie, Oliver y Dean luchaban contra un torbellino mientras la neblina adquiría forma. Giraba a toda velocidad. Oliver sintió un golpe de frío. Alcanzó a ver levemente unos dientes, un rostro desencajado por la furia, unas garras. El chillido era ensordecedor...

Entonces, silencio. Oliver levantó la cabeza. El polvo rojo había alcanzado tanto el techo como el suelo y una cámara circular se había cerrado en torno a ellos. Atisbó a través del brillante rojo. El espectro pasó a toda velocidad, describiendo círculos alrededor del cilindro como un tiburón. Emalie y Dean también escudriñaban el exterior.

—¿Eso ha estado utilizándome? —dijo Emalie con suavidad—. Vale...

—Tenemos que darnos prisa —apremió Oliver—. El polvo no durará mucho tiempo.

—¿Y qué vamos a hacer cuando esta cosa protectora desaparezca? Me refiero a qué vamos a hacer con el espectro —preguntó Dean.

Oliver se encogió de hombros.

—Todavía no lo sé.

Emalie lo miró con una gran determinación en los ojos. Sacó la piedra del rito de la memoria.

—Tú sujeta esto.

Cogió un tarro que tenía al lado, se puso en pie y dibujó un círculo de yeso alrededor de los tres. A continuación volvió a sentarse, con las piernas cruzadas, y abrió el frasco plateado. Vació un poco de su contenido sobre su dedo y se lo frotó describiendo pequeños círculos en la otra muñeca. Lo repitió con la mano opuesta, luego extendió los brazos con las palmas abiertas, una hacia arriba y la otra hacia abajo.

—Así —ordenó.

—¿En la cabeza de quién vamos a entrar? —preguntó Oliver.



—En la tuya otra vez —respondió Emalie.

Oliver y Dean extendieron las manos con torpeza.

—Venga, vamos —apremió Emalie—. La de Oliver sobre la de Dean, la de Dean sobre la mía, la mía sobre la tuya. —Oliver colocó las manos en su lugar—. Cerrad los ojos y tratad de concentraros únicamente en las manos.

Oliver lo hizo, con la piedra de los recuerdos en la palma sobre la que Emalie había puesto su mano. Le resultaba difícil concentrarse a causa de la preocupación. ¿Y si, después de todo, averiguaban una verdad que no querían conocer? ¿Y si lo que estaban a punto de ver lo estropeaba todo...?

Entonces sobrevino una ráfaga de oscuridad, como si viajaran atrás en la cabeza de Oliver, lejos del límite de sus sentidos, donde la visión de sus ojos estaba... De nuevo en el interior, y de nuevo en la noche.

Oliver se encontró en el pasillo de la escuela. Dean y Emalie estaban a su lado, con el aspecto que tenían en el sótano de Emalie instantes atrás: Dean era un zombi y Emalie vestía de negro. Los grotescos de neón brillaban en las paredes, pero por las ventanas se colaba aquella luz natural que se le antojaba demasiado roja. Y el suelo era de hierba.

—Mi cabeza es un extraño lugar —murmuró Oliver.

—De hecho, la tuya es bastante mediocre comparada con la de un humano —comentó Emalie mientras recorrían el pasillo—. No os creeríais lo que tienen en mente los niños de mi edad. ¡Puaj!

Dean y Oliver la siguieron, tras intercambiar miradas durante un instante. Oliver pensó que Dean parecía preocupado. *Tal vez por el mismo motivo por el que lo estoy yo*, pensó Oliver. Puede que Dean hubiese dicho que no importaba quién lo había matado, pero ¿y si resultaba que Oliver lo había hecho de verdad? ¿Cómo iban a superar aquello?

Alcanzaron la doble puerta que conducía al gimnasio. Emalie la empujó. En el interior, se encontraron con todos los que habían estado allí la noche de la muerte de Dean congelados en su sitio. Los niños estaban amontonados, Tormento y sus amigos Ty y Randall rodeaban a los humanos formando un triángulo. Oliver escudriñó los rincones del gimnasio que permanecían en penumbra; allí estaba, sentado en el tablero de la canasta de baloncesto, apenas visible. Todo estaba inmóvil, a punto de comenzar.

—Quedémonos por aquí —dijo Emalie a Oliver y Dean, señalando un espacio vacío junto a la pared. Se volvió hacia la escena congelada que tenían ante ellos y extendió las manos—. Vamos allá...

El recuerdo cobró vida.

—Escucha —proclamaba Tormento a través de la oscuridad, como lo había hecho aquella noche—, tu hermano mayor está aquí para ayudarte, así que si no bajas de

ahí, esto es lo que voy a hacer: voy a matar a cada uno de estos niños, uno por uno, hasta que cambies de idea... ¡Empezando por esta!

Oliver y Dean observaron lo que ocurría. No había cambios: Tormento obligaba a Oliver a escoger, Emalie movía los labios diciendo «Escógame a mí» para proteger al resto de los atemorizados niños y, por fin, Oliver elegía a Dean y saltaba sobre él. Y durante todo aquello, Tormento sostenía aquella cosa con el orbe turquesa en lo alto.

En el recuerdo, Oliver se abalanzaba sobre el Dean humano y lo tiraba al suelo.

—Eso dolió —comentó el Dean zombi. Oliver supo que trataba de sonar gracioso, pero en su voz se apreciaba la tensión. Ya se estaban acercando...

—Esta es la parte en la que hay que estar atentos —dijo Emalie, aún con las manos extendidas, como empujando el aire.

Oliver se fijó en que Tormento había movido aquel chisme.

—¡Aaah...! ¡Nooo! —gritaba el Dean humano en el recuerdo, con el rostro de Oliver pegado a su cuello.

Oliver observó con detenimiento como en su recuerdo se dirigía rápidamente hacia la puerta. Recordaba aquello: pensaba en saltar y huir.

—Vale —dijo en voz baja al Dean zombi—, aquí es donde debería cambiar, porque justo aquí...

Una abrumadora voz inundó el gimnasio: *Oliver, no te resistas, hijo. Es la hora...*

—¿Quién era ese? —preguntó Emalie.

—Ese era Illisius —le explicó Oliver—. Él es... Es mi demonio. Esta es la parte en la que yo desaparezco y él me enseña la Puerta.

Tanto Emalie como Dean lo miraron perplejos:

—¿La qué?

—Os lo explicaré después. Pero mirad... Desaparezco justo aquí —dijo Oliver, tratando de sonar seguro. Observó a Tormento en el recuerdo. *Va a usar esa cosa de algún modo. Aquí viene...*

—¡Oliver, no! —gritaba el Dean humano desde el suelo.

Tormento no se movía. El bastón seguía como estaba.

—¡Aaah! —la voz del Dean humano se cortó y se oyó un horrible sonido de sangre borbotando.

—Vale, muy bien... —musitó el Dean zombi desconcertado. No sonaba enfadado por lo que estaba viendo, pero Oliver no creía que aquello durase demasiado.

—Como te decía, lo haces todo el tiempo —dijo Emalie con tristeza.

—¡Eso no es lo que ocurre! —gritó Oliver, viendo como mataba a Dean sin poder hacer nada—. ¡Yo ni siquiera estaba ahí!

—Eso es lo que dices, pero este recuerdo está en tu cabeza... —Emalie seguía empujando el aire—. Hay algo extraño en él... Como si hubiesen cambiado algo, pero... no sé.

En el recuerdo, Oliver se ponía en pie de un salto, se limpiaba la sangre de la boca, esbozaba una mueca malévol, se volvía y salía corriendo de la estancia.

—Pero... —murmuró Dean, mientras lo contemplaba todo.

—¡Bien hecho, hermanito! —exclamaba Tormento, aún sin utilizar aquella cosa—. Vamos, colegas. —Se volvía para encaminarse hacia la salida. Ty y Randall lo seguían. En cuanto se iban, los niños comenzaban a chillar y a sollozar y echaban a correr despavoridos hacia la puerta. En cuestión de segundos, el gimnasio se había quedado vacío de no ser por Dean, que yacía sin vida en el suelo, y la Emalie del recuerdo, en cuclillas y con el rostro entre las manos. Entonces rebuscaba en su bolso, extraía su estaca fabricada por ella y salía precipitadamente del gimnasio.

—No... no tiene sentido —insistió Oliver—. Yo me fui. —Se giró hacia el Dean zombi—. Dean, te juro...

—Cállate —le interrumpió Dean con serenidad. No sonaba enfadado. Tenía el ceño fruncido y escudriñaba su cuerpo, como si estuviese tratando de comprender lo que veía.

Emalie se le acercó. Tenía los ojos enrojecidos.

—Dean...

Él levantó la mano.

—¡Claro! —Señaló enérgicamente en la dirección en que se encontraba su cuerpo—. ¡Mirad!

Oliver se volvió hacia el cuerpo que yacía solo en el gimnasio.

Emalie dejó de mirar al cuerpo para volver a mirar a Dean.

—Dean, creo que ya estás muerto.

Dean le devolvió la mirada durante un instante e hizo una mueca de exasperación.

—¡No a mí, a él!

—¿A quién? —Emalie miró de nuevo al solitario cuerpo, confusa, igual que Oliver. Este sintió una punzada de culpa. Dean seguía intentando atisbar algo que refutase lo que todos habían visto. Pero Oliver había matado a Dean. Tal vez mientras su mente estaba en otro lado con Illisius, su cuerpo había actuado conforme a su verdadera naturaleza... Había querido creer con todas sus fuerzas que Tormento lo había hecho—. Dean, yo...

Dean levantó la cabeza y, por fin, la furia se reflejó en su rostro.

—¿Pero qué os pasa? —Volvió a señalar hacia su cuerpo—. Mirad, ¿qué está diciendo?

—Dean, él... quiero decir, tú, no estás diciendo nada. Creo que ya estás muerto —añadió Emalie con tristeza.

—Yo nunca quise matarte —se disculpó Oliver.

De repente los ojos de Dean se abrieron como platos.

—¡Ah, ya lo pilló! —Sorprendentemente, estaba sonriendo—. Chicos, vosotros no lo veis, ¿verdad?

—¿A quién?

Dean asintió.

—¡Vaya! —Se volvió hacia Emalie—. ¿Podemos volver a ver el recuerdo?

—No servirá de nada...

Dean negó con la cabeza:

—¿Esta vez podemos ver el recuerdo de Oliver del modo en que yo lo veo?

—¿Estás viendo algo diferente? —preguntó Emalie.

—¡Sí, claro! —respondió Dean, casi con una carcajada.

—De acuerdo. —Emalie se colocó entre los dos chicos—. Eh, Oliver, dale a Dean la piedra de la memoria. —Formaron un círculo con sus brazos. Emalie cerró los ojos—. Esto es complicado, pero vale, vamos allá...

Todo se hizo borroso y el recuerdo retrocedió.

—Ahí —dijo Dean—. Justo desde aquí.

El recuerdo volvió a empezar. Aún seguían dentro de la cabeza de Oliver, pero viendo lo que Dean veía. Comenzaba del mismo modo.

—¡Oliver, no! —chillaba el Dean humano desde el suelo. En el recuerdo, Oliver estaba sobre él, a punto de saltar.

*Oliver, hijo, comenzaba Illisius...*

Pero entonces se produjo un cegador estallido de luz turquesa en el bastón de Tormento. La luz procedente de la esfera bañó la habitación y paralizó a todos los que aparecían en el recuerdo. El mundo que los rodeaba se iluminó de un frío azul. Todo, hasta las motas de polvo que flotaban en el aire, se había quedado completamente paralizado y brillaba con suavidad, como si estuviera hecho de hielo. Oliver, Emalie y Dean permanecían a un lado, observando la escena maravillados.

—¡Vaya! —susurró Emalie—. ¿Cómo es que puedes ver esto?

—No lo sé, tú mira —dijo Dean con una sonrisita casi triunfal dibujada en su rostro.

Oliver volvió a mirar a Tormento, aliviado, dispuesto a ver cómo manipulaba los acontecimientos, solo que Tormento aún no se movía. De hecho, también parecía congelado.

Entonces, de la parte del gimnasio que permanecía oscura, surgió una figura que atravesó en silencio la congelada escena. Vestía una toga azul oscuro y ocultaba su rostro con una capucha.

—¿Quién es ese? —preguntó Emalie desconcertada.

—No lo sé —susurró Dean—, pero creo que esto es lo que ocurrió en realidad.

La figura se arrodilló junto a los congelados Oliver y Dean. Apartó a Oliver y lo hizo rodar sobre su espalda. Colocó la mano sobre el cuello de Dean, con los dedos índice y corazón extendidos. Con unas uñas largas y afiladas, perforó la piel de Dean. A continuación embadurnó la sangre de sus dedos sobre el rostro de Oliver. Entonces buscó entre los pliegues de su toga y extrajo una jeringuilla plateada. Clavó la fina aguja en una de las heridas del cuello de Dean y presionó el émbolo.

—Y ahí es cuando me mata —dijo Dean, como si fuera un narrador.

La figura comenzaba a susurrar al oído de Dean, como si de un cántico se tratase.

—Eso es lo que estaba intentando oír cuando vosotros no dejabais de hablar —

explicó Dean—, pero sigo sin entenderle.

—Es otra lengua —añadió Oliver, esforzándose por escuchar los susurros—. Demoníaca, creo.

—¿La entiendes? —preguntó Emalie.

Oliver se encogió de hombros.

—No.

La figura tomó el cuerpo congelado de Oliver en sus brazos y se puso en pie. Se dirigió hacia la puerta y entonces se volvió. Tomó aire profundamente y comenzó a soplar. El aire invadió toda la estancia. A continuación, se marchó.

Mientras aquel viento sacudía la congelada escena, la luz turquesa se desvaneció y se rompió el hechizo. Entonces todos empezaron a moverse. Tormento agitó la cabeza y observó intrigado el orbe turquesa. Se giró y vio el cuerpo de Dean que yacía en el suelo, y su expresión confusa se convirtió en una sonrisa. Llamó a sus amigos y se marcharon. El recuerdo se convirtió en el mismo que Oliver veía, con los niños chillando y huyendo, y Emalie disgustada, saliendo del gimnasio con la estaca en la mano para encontrar a Oliver en el piso de arriba.

—Pensé que había sido Tormento —dijo Oliver— quien alteró nuestros recuerdos.

—Creo que él sabía que aquel orbe haría algo —opinó Emalie—. Pero en realidad era esa figura la que tenía el control. Tal vez sea quien le dio el bastón a Tormento. O puede que Tormento ni siquiera supiese que esa persona controlaba el poder del orbe.

—Mi amo —dijo Dean desconcertado.

Oliver asintió.

—Sí, esa tiene que ser la persona que te resucitó. Aunque no sepamos quién es.

—A lo mejor el hechizo —murmuró Emalie—, el que utilizó para alterar los recuerdos de todo el mundo, estaba diseñado para que funcionase en la memoria de humanos y vampiros, pero no de zombis.

—Se supone que los zombis son inmunes a un montón de cosas de ese tipo —añadió Oliver.

Emalie se volvió hacia Dean:

—Supongo que es bueno que estuvieras aquí.

—Sí —respondió Dean satisfecho—. Y Oliver no me mató.

Oliver miró a Dean y luego a Emalie:

—No, no lo hice.

—Ni tampoco lo hiciste tú —dijo Dean a Emalie.

—Bueno... —dijo ella.

—Así que ahora podéis superarlo los dos —anunció Dean.

Emalie asintió.

—Deberíamos salir de aquí —dijo, dirigiéndose hacia la puerta—. Tenemos que regresar al momento en el que entramos en la cabeza de Oliver, en el pasillo, y podré llevarnos de vuelta.

—Muy bien. —Dean dio una palmadita a Oliver en el hombro—. Qué guay, ¿eh?

Oliver sonrió:

—Sí, genial. Ahora solo tenemos que averiguar quién es tu amo.

Dean asintió:

—Lo haremos.

Atravesaron la doble puerta en dirección al pasillo. Oliver reparó de nuevo en la luz rojiza que se colaba por las ventanas. No parecía la luz del día, sino más bien de otro mundo.

—Date prisa, Oliver —le apremió Emalie, unos pasos por delante.

Oliver siguió caminando hasta descubrir una puerta. Allí se detuvo. Era sencilla, de sólida madera negra, con un símbolo en skrit, blanco y en forma de diamante, tallado en ella. No se había fijado en eso cuando habían entrado.



—¡Oliver! —lo llamó Emalie.

Pero Oliver se aferró a la manilla plateada de la puerta. ¿Qué era aquello? La puerta se abrió. En el interior vio una pequeña habitación desierta. Había un escritorio y una confortable silla. Las paredes laterales estaban cubiertas por librerías negras, vacías salvo por uno o dos libros aquí y allá. En la pared del fondo había una gran ventana en forma de diamante. A través de ella, Oliver vio las rojas llanuras y el cielo negro y estrellado de Nexia. En la distancia se distinguía una brillante pirámide de jade. Más cerca, sobre la roca roja, yacía la cabeza de una gigantesca estatua de amatista. Tenía ojos dorados que relucían como monedas. Sin embargo, Oliver apenas podía concentrarse en ellas, ya que detrás, eclipsándolo todo, se alzaba la Puerta.

En cuanto la vio, lo invadió el deseo de sentarse en aquella cómoda silla y, simplemente, observar aquello. Era enorme, brillante y dorada. Oliver sintió que únicamente podía distinguir su forma, sus torres y columnas, pero era algo más que eso...

*Oliver*, habló la Puerta en su mente, *has de verme con claridad*.

—¡Oliver! —La voz de Emalie era apremiante, pero se oía lejos. Él quería quedarse allí, tal vez leer un libro o dos (porque habría más libros, estaba seguro)... y contemplar la Puerta...

*Este es mi lugar en tu mente*. La voz de Illisius resonó en toda la habitación.

De repente lo atenazó el dolor de su costado. Oliver retrocedió, salió de la habitación al pasillo. Levantó la cabeza con expresión de dolor. La puerta se cerró de golpe. Los grotesca habían desaparecido y el pasillo estaba oscuro. Sus paredes se desvanecían caóticamente.

—¡Oliver! —Era Dean, pero sonaba muy lejano.

La cabeza de Oliver le ardía mientras el estridente chillido del espectro lo atravesaba todo. Miró al frente y vio negrura, y la espiral que se abalanzaba sobre él enseñando las garras...

Hubo un fogonazo y unas manos lo apresaron. Oliver levantó la cabeza y vio las vigas del sótano de Emalie y a Dean. Estaban fuera de su cabeza, de vuelta al sótano, y Dean tiraba de él para levantarlo.

—¡Vamos! —gritaba.

Pero el costado de Oliver le dolía como si se hubiera hecho un nudo. No podía moverse.

Otro chillido maligno. Oliver alzó la vista... La cortina de vapor rojizo había desaparecido. Emalie estaba ante él, envuelta en negrura y con los ojos cerrados. Tenía las manos juntas y una luz cegadora, como de sol, irradiaba de entre sus dedos. No habían salido a tiempo y el espectro había poseído a Emalie. Ahora chillaba, y Emalie abría las manos.

El aire se volvió abrasador y Oliver sintió como el poder del Azote lo golpeaba directamente. El dolor de su costado le nubló la vista. Se dejó caer al suelo y entonces sintió el calor abrasador del fuego por todo su cuerpo. Los ojos se le pusieron en blanco por el resplandor y fue vagamente consciente de la luz solar que se escapaba de ellos...

*¡No!*, gritó en su interior, mientras la luz del sol salía de su boca. *El fragmento de amuleto no es suficiente... Yo...* Sintió que todo le ardía y el pánico lo embargó mientras el mundo se convertía en luz... Entonces todo terminó.

## Desaparecida

—Oliver...

Oliver sentía como si flotara sobre aguas profundas. *¿Es esto el éxodo?*, se preguntaba. El éxodo era adonde muchos creían que iba un vampiro tras ser convertido en polvo. Pero él sentía una luz... Sus ojos se agitaron hasta abrirse y se esforzó por ver a través del resplandor (*¡el Azote!*), pero era la luna, plateada y rodeada por una corona de espejos esféricos. Oliver reconoció el tejado circular de la sala de reconocimiento de la consulta del doctor Vincent, abierto a la luz de la luna, para acumular sus rayos y verterlos sobre él. Podía sentir la tensión del metal en todo su cuerpo. Estaba de espaldas en el interior de la malla del aparato de resonancia de fuerzas.

—¡Hola! —Dean se inclinó sobre él—. Has vuelto.

Oliver miró hacia abajo y vio cómo su cuerpo relucía con un brillo níveo.

—¿Qué ha ocurrido?

Dean suspiró.

—Tío, fue una locura. Te golpeó el Azote y pensé que eras hombre muerto, pero te quedaste allí con la luz del sol saliéndote de los ojos, y las puntas de tus dedos brillando y cosas así. Y eso fue todo. Bueno, aparte de que gritabas sin parar. Te llevé de vuelta a tu casa. Tus padres te trajeron aquí. Han sido muy majos al permitirme que me quedase para ver cómo estabas.

—¿Cuánto hace de eso? —preguntó Oliver.

—Es sábado por la noche —dijo Dean—, así que ¿unos dos días?

—Dos días. —A Oliver le entró el pánico—. ¿Y qué hay de...?

Dean bajó la voz.

—Ella está bien. Les dije a tus padres que estábamos en Queen Anne, buscando a quienquiera que estuviese utilizando el Azote. Les conté que te escapaste de casa porque estabas furioso por los ataques y frustrado por que nadie te dejase ayudar. —Dean esbozó una pequeña sonrisa—. Eso hizo que tu madre pusiese cara de sentirse culpable durante un minuto. Guay, ¿eh?

Oliver sonrió.

—Gracias. ¿Entonces Emalie está en casa?

—En casa y ha prometido no volver a hacer el hechizo del sueño, así que no volverán a poseerla. Además, ya no le hace falta, ahora que sabemos que tú no me mataste.

—Eso no basta —dijo Oliver con tono grave—. Mi padre y los demás seguirán



buscándola. Querrán venganza por los demás asesinatos. Si cuentan con tiempo suficiente, la encontrarán.

—Aaah... —resonó una voz en la estancia metálica—. Ha vuelto. —Oliver oyó los pasos del doctor Vincent sobre el suelo metálico. Más pisadas se apresuraban tras él.

—¡Oli! —Polemonia apareció a su lado. Se aferró a la malla metálica mirándolo con gran alivio—. No sabíamos cuándo te despertarías. —Sus ojos estaban turquesas y tenía el rostro torcido en una mueca como si estuviera furiosa, pero Oliver pudo percibir la diferencia entre el enfado y la preocupación—. No debiste escaparte —dijo con voz turbada—, pero yo no debí ser tan sobreprotectora, yo...

—Está bien, mamá —murmuró Oliver, con la esperanza de que aquel momento terminase lo antes posible.

—Sus niveles son casi normales —anunció el doctor Vincent. Ajustó unos cuantos mandos en la consola de latón mientras comprobaba el monitor del ordenador. Los espejos se replegaron y el tejado comenzó a cerrarse. El ARF rotó hasta devolver a Oliver a su posición vertical.

—Deberíamos hacer una sesión de seguimiento la semana que viene —prosiguió el doctor Vincent. Se dirigió hacia ellos sosteniendo una larga jeringuilla con un líquido naranja en su interior—. Una sola dosis más para la infección y deberías recuperarte del todo. Cuando estés en casa, asegúrate de beber lejía todos los días un par de veces.

—De acuerdo, muchísimas gracias —dijo Polemonia.

Oliver sintió el pinchazo de una aguja y, a continuación, el doctor Vincent desbloqueó el ARF. La malla con forma de cuerpo se separó de la piel de Oliver y se abrió.

Se bajó de allí por su propio pie, aunque tambaleante. Dean lo sujetó por el brazo.

—Te veo en una semana, Oliver —dijo el doctor Vincent.

—Muy bien —asintió Oliver desconcertado.

Los tres caminaron lentamente hasta la puerta del ascensor. Una vez en el receptáculo cilíndrico, Polemonia dijo con mucha calma:

—Oliver, ese fragmento de cristal de tu costado...

—Sí —respondió Oliver. *Allá vamos*, pensó. Una de las muchas mentiras estaba a punto de esclarecerse.

—Désirée te dio un amuleto de Éfira, ¿verdad?

—Mmm. —Oliver casi sentía alivio por sacarse aquello de dentro.

—Te lo dio el otro día, para protegerte del Azote.

¿*El otro día*? Oliver procuró no reaccionar.

—Ajá —dijo.

—Le he contado a tu madre —se apresuró a añadir Dean— cómo nos lo dio la otra tarde, cuando estuvimos allí. Lo siento, Oliver—. Oliver hizo lo que pudo para no mostrar lo impresionado que estaba por que Dean le hubiese mentido a Polemonia.

—Yo... Sé que querías ayudar a detener el Azote —dijo Polemonia, aparentemente convencida de lo que decía— y sé que sentías que te trataba como a un bebé.

Oliver asintió con la cabeza.

—Un poco —dijo, siguiéndole la corriente. Aquello significaba que Polemonia sabía lo del amuleto sin saber lo de la visión de sus padres humanos. Eso sí que era un golpe de suerte.

—Aun así, deberías habérmelo dicho —prosiguió Polemonia—. No es una buena idea coger sin más todo lo que te dé Désirée. A menudo tiene sus propias ideas sobre lo que uno necesita.

Salieron de la consulta del doctor Vincent, serpenteando entre las inmensas torres negras de la gasificadora en la fría y clara noche, bajo el aire helador.

—Pensé que si te contábamos nuestro plan —dijo Oliver con cautela, cuidando cada palabra— de conseguir el amuleto para protegernos, me lo quitarías. Y no iba a escaparme hasta que me enteré de lo de Randall y de lo cerca que había estado Tormento de... —Hizo una pausa para darle un mayor efecto—. Bueno, es solo que me enfadé tanto que pensé que podría hacer algo... y no creí que fueses a permitírmelo.

Saltaron por encima de la alta alambrada que cercaba las torres. Oliver estaba encantado de comprobar que su costado le dolía mucho menos sin el amuleto dentro.

—Lo sé —dijo Polemonia, revolviendo el cabello de Oliver mientras atravesaban la hierba bajo la luz de la luna. Es que... bueno, ya eres lo bastante mayor como para saber que los padres no siempre saben qué hacer con exactitud. A veces improvisamos. Y tú eres tan distinto, Oliver, con todo lo que has pasado últimamente, con todo tu poder... Bueno, en cualquier caso, estoy muy contenta de que estés bien.

Oliver no respondió. Le habría sentado bien oír a su madre decir aquellas cosas si no estuviesen basadas en tal enredo de medias verdades y mentiras.

Se deslizaron al interior de las alcantarillas y emprendieron el camino de vuelta a casa. Oliver reparó en que aún había guardias acechando en las sombras.

—Entonces —dijo Polemonia mientras entraban en la casa—, Oliver, de verdad que necesitas descansar, pero lo he pensado mucho y he decidido que tu padre y yo vamos a mantener nuestros planes para esta noche.

—¿Planes? —preguntó Oliver del modo más despreocupado que pudo.

—Tenemos una invitación —le explicó Polemonia mientras se quitaba el abrigo— para una comida de San Valentín en Bellevue.

Oliver había olvidado por completo el día de San Valentín. Recordó vagamente que lo habían invitado a una fiesta, pero lo cierto era que su cita había sido reducida a polvo, así que tal vez aquello fuese un problema. No podría ni imaginarse queriendo ir a la fiesta de Suzyn ahora, y mucho menos yendo.

Polemonia estaba abriendo el armario del vestíbulo.

—Es un evento del Consorcio, una comida en un club nocturno. —Hablab

rápido, casi como si estuviese nerviosa. Se cambió el abrigo largo y negro que llevaba por otro de piel marrón, y a continuación se dirigió a la cripta—. En cualquier caso, la fiesta iba a cancelarse, pero ha habido una protesta en la comunidad. No podemos dejar que el Azote nos impida continuar nuestra vida. Tu padre está en el trabajo, pero le permiten salir esta noche. He pensado que debería quedarme en casa contigo, pero... voy a procurar mejorar en eso. —Salió de la cripta poniéndose unos diminutos pendientes dorados en forma de calavera—. Pero prométeme que te quedarás en casa, a salvo, y descansarás. Necesitas curarte.

—Lo haré. —Oliver asintió con energía—. Lo prometo. ¿Dónde está Tormento?

—Ah —Polemonia hizo un gesto de despreocupación con la mano—, él. Verás, conseguí que te fuese a visitar al médico... pero ya conoces a tu hermano. Él y sus amigos tienen su propia fiesta. Creo que iban a casa de Randall a acosar niños por internet y luego celebraban algún tipo de fiesta vampírica. De todos modos, estoy segura de que no lo veremos hasta el amanecer. —Polemonia se dirigió de nuevo hacia la puerta, pero antes se volvió una última vez—. Hay un montón de comida arriba, aperitivos y esas cosas. He cogido unos cuantos de esos mosquitos malos que te gustan tanto.

—Gracias, mamá —dijo Oliver.

—Bueno, me encontraré con tu padre por el camino, así que debería irme... —Miró a Oliver con seriedad mientras jugueteaba con el bolso—. Oliver, lo digo en serio: quédate aquí y descansa.

—Entendido.

—Muy bien. —Polemonia asintió mientras le dedicaba a su hijo una profunda y tierna mirada—. Te veré por la mañana. —Se volvió y se fue.

Oliver se quedó allí de pie mientras la puerta se cerraba. Esperó hasta que el aroma de Polemonia se hubo esfumado y rápidamente se volvió hacia Dean.

—¿A casa de Emalie, entonces?

Dean asintió.

—Vamos.

—Gracias, Dean —dijo Oliver mientras salían de las alcantarillas—. Lo has hecho genial con mi madre. Ha sido impresionante.

—Sí —respondió Dean con una media sonrisa—, ha estado bastante bien. Tío, tiene gracia, porque yo solía ser malísimo haciendo ese tipo de cosas cuando estaba vivo.

—Sí, mentir es sin duda más fácil cuando estás muerto —admitió Oliver, pensando que él era seguramente el único vampiro o zombi que había tenido problemas para hacerlo.

—Pero se lo tragó del todo —dijo Dean orgulloso.

—Sí, fue... diferente. —Oliver apenas podía creer lo que acababa de pasar, ahora

que lo pensaba. Pero Polemonia adoraba el día de San Valentín, y ¿acaso no tenía razón en lo de que había sido demasiado protectora con Oliver? *No, si hubiese sabido toda la verdad*, pensó. Pero no la sabía.

—Entonces —dijo Dean— ¿qué vamos a hacer exactamente en casa de Emalie?

—No estoy seguro —respondió Oliver—. Creo que lo primero que deberíamos hacer es averiguar cómo librarnos de ese espectro. No nos puede hacer daño mientras estemos en la superficie y Emalie no abandone su cuerpo. Así que tenemos que encontrar el modo de culpar del Azote a otra persona.

—¿Inculpar a alguien? —preguntó Dean—. Genial.

Encontraron la casa de Emalie totalmente a oscuras. Dean escudriñó a través de las ventanas del porche mientras Oliver comprobaba la del sótano.

—Tal vez hayan ido a cenar o algo así —dijo Dean esperanzado—. O sea, eso sería un gran paso para su padre.

Se colaron en el sótano. Dean se sentó sobre la lavadora. Oliver se inclinó sobre el lavabo. La casa estaba en calma. Oliver oyó unas cuantas ratas en la pared contigua. Le preocupaba que Emalie no estuviese en casa. No debería haberse ido. Pero también era cierto que si estaba con su padre estaría bastante segura, siempre que permanecieran en lugares públicos.

—¿Has oído algo? —preguntó Dean, ladeando la cabeza.

—¿Eh? —Oliver escuchó. Solo oía las ratas...

Y entonces se oyó un débil sonido, muy bajo, bastante más allá del alcance del oído humano.

—¿Es alguien llorando? —susurró Dean.

Oliver se paró a escuchar: allí estaba otra vez, un ligero gimoteo... Sí que sonaba como si alguien estuviese llorando.

Algo se movió en la oscuridad. Resultaba difícil distinguirlo...

—Eeh —dijo Dean—, ¿por qué hay una bolsa de aspiradora flotando por la habitación?

—Ahí hay algo —dijo Oliver, poniéndose en guardia.

La bolsa flotaba suavemente por el espacio, a la altura de la cintura, apenas visible bajo la tenue luz que entraba por el ventanuco. Se detuvo de forma repentina en el rincón, junto a una vieja bicicleta. Entonces se dio la vuelta y se agitó. El polvo se esparció, flotando con delicadeza, pero no de un modo uniforme. Parte de él se detuvo en el aire. Una figura tomaba forma en medio de la nube.

—¿Eso es una ch...?

—¡Chisst! —chistó Oliver.

Había aparecido una figura, hecha de polvo, pequeña, arrodillada en el suelo. Se había retirado la capucha y el mantón que la cubrían, dejando al descubierto una enmarañada melena y un delicado rostro. El polvo había ennegrecido los lugares húmedos por las lágrimas sobre los que había aterrizado. Mientras el polvo se posaba sobre sus largas y arrugadas vestiduras, la bolsa vacía cayó al suelo.

Oliver se preguntó por un momento si se trataba de una trampa, pero estaba casi seguro de que no lo era. La figura de polvo se sorbió los mocos.

—Hola —dijo Oliver con suavidad.

—Hola —respondió ella. Su voz era como la de un ratón y parecía invadida por la tristeza.

—¿Eres el espectro? —preguntó Oliver.

La figura asintió:

—Ya no se puede decir eso —murmuró.

—Yo creo que lo eras —dijo Oliver con prudencia—, o sea, casi me conviertes en polvo...

Ella puso cara de exasperación.

—Casi. —Suspiró y se golpeó las manos sobre las piernas, dejando marcas invisibles sobre sus muslos—. Se suponía que tenía que asesinarte.

Oliver miró a Dean, quien se limitó a encogerse de hombros. Entonces Oliver se volvió hacia el espectro.

—Bueno, el Azote tendría que haber funcionado, es solo que... —Hizo una pausa. Probablemente fuese una buena idea no bajar la guardia—. Bueno, quiero decir que no fue culpa tuya.

—Eso díselo a ellos.

—¿A qué te refieres?

—Me han expulsado —replicó el espectro con gravedad—. Tres intentos y estás fuera. Y a mí me toca volver con Spira. Probablemente me enviará de vuelta a los Bajíos.

Oliver había oído hablar de los Bajíos. Eran fronteras espirituales, precipicios vacíos; mundos entre mundos llenos de nada.

—¿Quién es Spira?

—Es un merchynt, uno de los grandes. Era mi agente. Me vendió... Dijo que yo podría hacer el trabajo. Y ellos dijeron que si lo hacía, me dejarían pasar, pero... mírame, he fracasado.

Oliver se imaginó que se refería a pasar de los Bajíos a las dimensiones más altas, donde su espíritu sería libre. Así que el espectro había sido despedido...

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

El espectro alzó por fin la mirada. Mientras que el polvo cubría de gris el contorno de su delicado rostro y sus párpados, sus ojos eran invisibles, huecos vacíos.

—Jenette —respondió. Parecía más joven que Oliver y Dean, pero tal vez fuese por su constitución menuda y su débil voz.

—Hola, Jenette, yo soy...

—Os conozco —lo interrumpió—. Oliver y Dean. Emalie os adora a los dos.

—¡Ah! —dijo Oliver poniéndose súbitamente nervioso—, ella ha dicho...

—¿Dónde está? —preguntó Dean, yendo al grano mucho mejor que Oliver.

Jenette suspiró:

—Se la han llevado.

—¿Quién? —preguntó Oliver.

—Los mismos que me contrataron y me despidieron. Nunca me han dicho sus nombres. Y en mi contrato decía «Sin preguntas». —Jenette los miró tímidamente—. Siento mucho haber intentado asesinarte. No era nada personal.

—Claro —asintió Oliver, maquinando a toda velocidad. Quienquiera que estuviese detrás de aquello debía de saber que había un distanciamiento entre Oliver y Emalie, lo cual también significaba que los habían estado observando.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Dean.

—Ni siquiera lo sé —musitó Jenette—. Sencillamente me echaron y me dejaron aquí. Ahora tampoco puedo ayudarlos. Vagaré para siempre —dijo con tristeza.

Oliver intercambió una mirada con Dean.

—¿Y ahora qué? —preguntó este. Oliver estaba a punto de responder cuando algo llamó su atención en el ventanuco. Pies que caminaban con sigilo.

—Hay alguien ahí fuera —susurró Oliver.

La puerta trasera chirrió al abrirse y el haz de luz de una linterna se coló en el interior del sótano.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó una voz bronca.

Oliver hizo un gesto con la cabeza a Dean, que se bajó de la lavadora y se metió entre esta y una pila de cajas. Jenette se agitó con violencia y desapareció mientras el polvo se esparcía. Oliver se dirigió a la pared que había junto al lavabo y se espectralizó justo cuando aparecía un oficial de policía uniformado. Su gran linterna iluminaba sin cesar distintos rincones de la estancia. Cogió el radiotransmisor que colgaba de su hombro y lo encendió:

—El sótano parece vacío, señor.

—Recibido —respondió una voz—. Reúnase con los demás agentes en el piso de arriba.

El policía se retiró lentamente, atravesó a Oliver con la linterna e iluminó los oscuros rincones de la habitación. Instantes después, sus botas subieron la escalera que conducía al primer piso.

—Ha estado cerca... —dijo Dean.

—¡Chissst!

Oliver percibió un ligerísimo aroma y a continuación escuchó unas débiles pisadas... Había alguien más allí abajo. Pudo oler a un humano, pero muy levemente, casi como si aquella persona supiera cómo ocultar un rastro.

El hombre apareció en el cuarto oscuro. Tenía el pelo corto y castaño, iba ataviado con una camisa y pantalones de vestir bajo un largo chubasquero de color gris y llevaba la placa colgada del cinturón. No portaba linterna ni pistola. En lugar de eso, sostenía una estaca.

Una radio chisporroteó. La extrajo del bolsillo de su chubasquero.

—Los dormitorios están limpios, detective Pederson —informó un agente.

—Busquen habitaciones ocultas, un ático, cualquier cosa —ordenó el detective Pederson antes de volver a meterse la radio en el bolsillo—. Muy bien —dijo suavemente a la aparentemente vacía habitación—, todos están en el piso de arriba, Oliver. Ahora sal.

Oliver no se movió, sino que se diluyó aún más en la pared de hormigón.

—Mira —prosiguió Pederson con serenidad—, tenemos orden de buscar a Emalie Watkins. La policía está registrando toda la ciudad. Su padre está en comisaría. Voy a informar de que no ha regresado a su casa, y a continuación enviaré a mis agentes a un parque en el que ha sido vista últimamente. Todos los agentes se van a marchar, pero yo me quedaré atrás y, si quieres saber dónde está realmente, saldrás y te reunirás conmigo en mi coche.

Oliver permaneció inmóvil.

—Espero que tomes la decisión acertada —concluyó el detective Pederson. Retrocedió despacio por la habitación. En el piso de arriba resonaban las nada sigilosas pisadas de la policía. Enseguida la casa se quedó de nuevo en silencio y el detective se marchó.

## Estasis

Oliver se hizo visible. Dean salió de detrás de las cajas.

—¿Y bien?

—¿Por qué un policía ofrecería ayuda a un vampiro? —se preguntó Oliver en voz alta.

—Trabaja con las personas que me contrataron —dijo suavemente Jenette desde algún lugar.

—Así que es una trampa —apuntó Dean.

—Sí —asintió Oliver, dirigiéndose hacia la puerta—. Vamos.

—Espera, ¿qué? —Dean lo agarró por el hombro—. ¿Es que la palabra «trampa» significa algo diferente en vampírico?

Oliver quería apartar a Dean de un manotazo y, tal vez, lanzarlo contra la lavadora. El Dean miedoso había regresado y ahora no era el momento.

—Significa que allí es donde está Emalie. Es a mí a quien buscan. Si el hecho de que me cojan a mí sirve para que ella esté a salvo, por mí vale.

Oliver esperaba que no fuese exactamente así, pero si él se convertía en polvo y Emalie iba a estar bien...

—Bueno... Pero ¿no podemos pedir ayuda? —preguntó Dean.

—¿A quién?

—No lo sé, yo solo... —Dean escrutó la oscuridad—. Bueno, ¿tú qué opinas?

—Yo creo que es peligroso —dijo Jenette con parsimonia—, pero no son más que humanos. Yo podría ayudarlos.

—¿Cómo?

Una sombra de Jenette se arremolinó cerca de ellos.

—Intentarán usar el Azote contigo otra vez.

—Y esta vez funcionará —dijo Oliver.

—Otro motivo por el que esto es una mala idea —protestó Dean.

—No si se lo permites —prosiguió Jenette.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Oliver.

—Si te espectralizas justo cuando te alcancen —explicó Jenette—, yo puedo sacarte de allí y podemos librarnos del Azote.

—¿Sacarme de allí? ¿Te refieres fuera de este mundo? Eso es imposible.

—Bueno, no te puedo sacar para siempre, pero puedo dejarte en los Bajíos el tiempo suficiente para que puedas escapar del Azote. Podemos enviarlo a otro mundo.



Oliver comprendió lo que estaba oyendo. Cuando se espectralizaba se desplazaba con las fuerzas paralelas de otros mundos, como si fueran barras de equilibrio que iba dejando atrás. Jenette podía llevarlo más lejos de lo que él solo podría llegar. En las Zonas Fronterizas, Oliver existiría como energía y podría librarse del Azote.

—Eso podría funcionar —musitó—, pero ¿cómo sé que no se trata de otro intento tuyo de matarme?

Oliver oyó una leve carcajada en la penumbra.

—No lo sabes —replicó Jenette.

Sabía que era peligroso. *Tal vez podría hablar con mis padres, o incluso con mi hermano, con quien sea. Contarles lo de Emalie. Puede que, si se lo suplico, le permitan vivir siempre y cuando yo deje de verla, o algo así.* Pero aquello sonaba igual de arriesgado que lo que estaban a punto de hacer.

—De acuerdo, vamos. —Oliver se encaminó hacia la puerta.

Dean suspiró y lo siguió.

—¿Tú vienes? —le preguntó Dean a Jenette.

—Estaré allí —susurró ella.

Oliver salió al exterior y se dirigió a la calle. Un coche de policía encendido lo esperaba con el tubo de escape echando humo. Oliver abrió la puerta trasera y se introdujo en el vehículo, seguido por Dean.

El detective Pederson los miró por el espejo retrovisor.

—¿Estamos todos? —dijo con tono cansado, y arrancó sin esperar respuesta.

Oliver sentía los nervios a flor de piel.

—¿Cómo me conoce? —preguntó.

—Tal vez no te lo sepas —respondió el detective Pederson y, por su tono condescendiente, Oliver supo que se trataba de alguien a quien no le gustaban nada los vampiros—, pero te buscan por asesinato. —Los ojos de Pederson se clavaron de nuevo en el retrovisor, esta vez para mirar a Dean—. Aunque supongo que ahora este asunto va a ser un poco más peliagudo.

—Pero no nos está arrestando —contraatacó Oliver.

—¿Qué conseguiría con eso? —replicó Pederson—. Así es como se trata a un humano, arrestándolo. A un humano que es inocente hasta que se demuestre lo contrario. No hay nada de inocente en un demonio.

Oliver sintió ganas de apuntar que, técnicamente, él no tenía demonio.

—¿Entonces por qué no me clava la estaca y acaba con esto?

—Me encantaría —dijo Pederson con frialdad—, pero no estoy loco. Hay un plan mayor para ti.

—Para variar —musitó Oliver.

—¿Qué has dicho? —preguntó Pederson.

—Nada.

El coche continuó en silencio. El detective Pederson realizó un giro tras otro hasta pararse a un lado de la carretera. Oliver y Dean miraron por la ventanilla y vieron la

base de la Space Needle<sup>[2]</sup>.

—Fuera —se limitó a decir Pederson—. Ella está ahí arriba.

Dean abrió la puerta y salió del coche. Oliver lo siguió y cerró la puerta tras de sí. El detective Pederson arrancó rápidamente.

—Un tío amable —murmuró Dean.

Atravesaron una zona triangular de césped mojado. La Space Needle tenía una estrecha base de tres apoyos que se elevaba hasta un gran disco redondo en lo alto: un restaurante con un ventanal todo alrededor. La niebla lo había envuelto y había engullido su estructura desde la mitad. El restaurante apenas se divisaba, de no ser por una mancha de luz que asomaba entre la bruma.

—Una vez vine aquí a cenar —dijo Dean, hablador a causa de los nervios, mientras se aproximaban a la tienda de regalos que había en la base de la torre—. Estuvo bastante bien, salvo por que nos tuvimos que poner elegantes, ya sabes, corbata y esas cosas. Desde allí arriba es todo muy bonito y...

—Buenas noches, caballeros. —Oliver se detuvo justo ante la doble puerta de cristal que conducía al interior. Se volvió y se topó con un hombre que estaba sentado en un banco cercano. Estaba inclinado hacia atrás, con una pierna cruzada sobre la rodilla contraria y un ordenador portátil en el regazo—. Me alegro de que hayan podido venir. —Tan solo por el tono de su voz, Oliver supo que estaban hablando con la persona que se encontraba al mando, aunque no lo parecía para nada: en lugar de ser alto, era bajo; en lugar de ser musculoso, tenía sobrepeso; su arrugada camisa y su chaqueta de cuero formaban pliegues a la altura de su generoso estómago, sobre unos vaqueros anchos. Tenía el pelo encrespado y la luz azul procedente de su ordenador exageraba las arrugas de su rostro. Su pálida complexión hizo que Oliver se preguntase por un momento si se trataba de un vampiro, pero su aroma claramente decía otra cosa, por no mencionar su aspecto. Un vampiro adulto nunca tendría una pinta tan descuidada. Se puso en pie, metió su ordenador en una cartera y comenzó a caminar con las manos en los bolsillos.

—Soy Braiden Lang. Encantado de que hayáis venido los dos.

Oliver y Dean se quedaron donde estaban.

Braiden se encogió de hombros:

—Bueno, entonces vamos allá, ¿no?

Oliver estaba a punto de responder cuando echó un vistazo más detenido a los ojos de Braiden y se dio cuenta de que su aspecto era un engaño. Aquella podría haber sido su apariencia normal, pero el modo en que clavaba sus ojos en ellos revelaba que era capaz, o al menos pensaba que era capaz, de cosas muy peligrosas.

Oliver y Dean siguieron a Braiden, que atravesó la puerta y recorrió la sofisticada tienda de regalos. Las luces estaban apagadas. Llegaron a un ascensor y se encontraron con un hombre vestido de negro que montaba guardia junto a él y mantenía las puertas abiertas con el pie. Entraron y el guardia los siguió. Las puertas se cerraron y el ascensor subió por la parte exterior de la torre.

A través de los cristales se divisaba el universo de neón y entretenimiento del centro de Seattle. En la distancia, Oliver oyó a adolescentes que gritaban en la montaña rusa y en la sala de juegos, tratando de impresionar a sus citas. El techo de niebla parecía cernirse sobre ellos hasta tragárselos y entonces la vista a través de la ventana se quedaba en blanco.

—Estoy encantado de conocerte por fin, Oliver —dijo Braiden, mirando al frente.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Oliver.

—Representamos a la Hermandad de los Caídos. Hemos protegido la Puerta de Nexia durante dos milenios, así que puedes imaginarte por qué hemos estado intentando asesinarte con tanto empeño.

Oliver se limitó a encogerse de hombros.

—¿Y sabes por qué no queríamos que la abrieses?

—Ni idea —farfulló Oliver—, pero probablemente vas a decírmelo tú.

El ascensor se detuvo con suavidad.

—No —dijo Braiden. Oliver se sintió decepcionado, en realidad. No sabía demasiado acerca de la Puerta, pero ¿por qué iban a preocuparse por ella los humanos? ¿Cómo sabían siquiera de su existencia? Estaba bastante seguro de que no tenía nada que ver con ellos.

Las puertas del ascensor se abrieron para mostrar el lujoso restaurante circular. Toda la pared exterior estaba formada por grandes ventanales. El centro del restaurante permanecía inmóvil, pero el anillo de suelo que había bajo las mesas rotaba lentamente para que los clientes pudieran disfrutar de la vista completa mientras comían. El colega de Braiden propinó un codazo a Oliver y Dean para que salieran del ascensor. Oliver se sintió repentinamente embargado por un desagradable hedor, pero no fue capaz de asimilar aún lo que estaba oliendo... Miró al frente y vio que todas las mesas del restaurante estaban llenas.

—¿Qué le pasa a la gente? —susurró Dean a Oliver. Ninguno de los comensales se movía. Era como si estuviesen congelados en el tiempo, detenidos en plena conversación, en plena cucharada, en pleno bocado. Incluso había un hombre arrodillado que sostenía un anillo de compromiso ante una mujer que se echaba las manos a la boca en actitud de sorpresa. Mientras tanto, el restaurante giraba lentamente.

—Están en estasis —respondió Oliver, viendo ahora los largos tubos rojos que habían sido cuidadosamente sujetos a la nuca de cada uno de los humanos congelados. Había dos tubos conectados a cada nuca. Discurrían hacia arriba, hasta unos ganchos que pendían de cables extendidos por toda la estancia. Entonces los tubos descendían y se separaban. Uno alcanzaba el suelo y desaparecía bajo la mesa; el otro terminaba sobre la mesa, donde estaba sujeto a un artilugio que parecía un grifo de agua hecho de latón. Había un grifo por cada comensal de la mesa y copas de vino junto a los grifos.

Oliver conocía el proceso de estasis, pero como no era lo suficientemente mayor

como para asistir a esos eventos, nunca lo había visto. La estasis era un poderoso ritual, tan solo llevado a cabo en ocasiones muy especiales en las que se requería una cierta elegancia. Todo el restaurante estaba afectado por una fuerza transdimensional llamada «languencia». Los vampiros habían impuesto la escala temporal de otro mundo sobre todos los seres vivos de aquella habitación; en este caso, la de un mundo superior cuyo tiempo pasaba con más lentitud. Esto dejaba a los humanos con las constantes vitales reducidas al mínimo.

Una vez congelados los humanos, los vampiros que organizaban tales eventos conectaban a cada una de las personas a los tubos. Un tubo vaciaba la sangre en un grifo, de donde el vampiro podía, sencillamente, llenar su copa de vino. El otro tubo rojo reemplazaba la sangre con un plasma artificial llamado «sanguinasa» que aceleraba el proceso de producción de sangre en la médula de los humanos, de modo que estos nunca sabrían que la habían perdido. Como era el día de San Valentín, los organizadores seguramente habrían aderezado antes las bebidas de aquellos humanos con esencias superrománticas para que así su sangre rebosase pasión.

Oliver pudo adivinar, por el pálido aspecto de los comensales, que llevaban unos minutos en estasis y que ya habían sido alimentados. Pero todavía era temprano... ¿Y dónde estaban los camareros? ¿Y los vampiros vestidos de gala, y el cuarteto de cuerda vampírico tocando los apasionados movimientos centrales de *Melancholia*? En vista de la magnitud de aquel evento, debía de celebrarse para los fundadores del Consorcio de la Penumbra, los veteranos del Consejo Central, los magnates que poseían refinerías de luz de magma bajo el océano... ¿Dónde estaba todo el mundo?

—¡Puaj! —dijo Dean, mirándose los pies con frustración.

Oliver miró hacia abajo y vio como Dean sacudía el pie para librarse de algo. Entonces, por fin, reconoció el olor que le estaba destrozando el olfato...

Había montoncitos de ceniza negra y gris por todas partes.

En el mismo instante en que se decidió a mirar, Oliver vio al menos treinta salpicando la lujosa alfombra, pero tenía que haber más. Todos los vampiros implicados en la estasis... asesinados por el Azote.

—¿Cómo han podido? —farfulló Oliver.

—¿Cómo hemos podido qué? —le replicó Braiden—. ¿Asesinar a un puñado de vampiros que pretendían aterrorizar a esta gente indefensa? No sé si te das cuenta, Oliver, pero tú y los de tu especie sois malvados.

Oliver estuvo a punto de soltar algo para defenderse. Pensó en replicar que lo que aquellos vampiros les estaban haciendo a los humanos aquella noche no se diferenciaba demasiado de lo que los humanos hacían todos los días con muchas criaturas del planeta. Como si un humano no colgase a una vaca de tubos...

Pero aquella idea se le olvidó porque, al tiempo que Oliver apartaba sus ojos del suelo, divisó una mesa situada junto a la ventana. Sentada allí, sola, estaba Emalie. Y estaba conectada a los tubos, en estasis.

—¡Eh! —gritó Dean al verla—. ¡Ella no ha hecho nada!

Oliver se limitó a contemplarla. Era horrible. No parecía que hubiese perdido sangre todavía, pero aun así...

—¿Ibas a decir algo? —le azuzó Braiden.

Oliver se tragó la repugnancia que sentía:

—Pues qué bien —dijo desafiante.

—Ni siquiera lo intentes, Oliver —dijo Braiden—. No trates de actuar como si no te importase. Si no fuese así, no habrías venido. Ni tan siquiera serías tú, pero ya que estás aquí, quería que esto fuese lo último que vieras.

Se formó un alboroto junto a él. Oliver se volvió y vio a dos hombres sujetando a Dean por los brazos. Oliver retrocedió hacia la mesa en la que Emalie estaba sentada, junto a la ventana. Braiden estaba flanqueado por más figuras vestidas de negro; un hombre y una mujer con una gran cicatriz que le atravesaba la mejilla izquierda. Los tres tenían las manos entrelazadas delante de su cuerpo, preparados para usar el Azote.

—¿Por qué? —fue todo lo que Oliver pudo preguntar.

—Dicen —le explicó Braiden solícitamente— que una rebelión es tan eficaz como lo sea la publicidad que se le dé. Bueno, pues no existe un asesinato más público para los de tu clase que este. Todos estos importantes vampiros asesinados..., pero lo peor de todo será encontrar las cenizas de su niño profeta entre ellos. Los vampiros tienen que saber que abrir la Puerta no es una opción para ellos. Los hemos detenido antes y los detendremos esta noche. Y volveremos a detenerlos. Adiós, Oliver.

Tres pares de manos comenzaron a brillar. Detrás de Dean, otro hombre empuñaba una gran espada.

—¡Dean! —consiguió gritar Oliver antes de que el calor lo envolviese y sus entrañas comenzasen a arder. Esta vez no tenía el amuleto—. Nnnn... —gimió. La quemazón aumentaba. Sus ojos estaban inundados de luz. Quería arrancarse la piel para librarse de aquel calor.

¿Preparado?, le susurró Jenette al oído. Oliver no fue capaz de responder. Sentía que su cuerpo se desintegraba, pero procuró concentrarse y espectralizarse. *Aguanta*. Jenette tiró de él hacia atrás.

En el comedor la luz se esfumó; donde estaba Oliver solamente quedaron cenizas.

## Desenlace

El mundo se apagó hasta convertirse en un frío gris, tal y como Oliver lo veía a través de una polvorienta ventana. Sin embargo, aún podía sentir la quemazón del Azote en su interior. A pesar del dolor, Oliver luchaba por concentrarse, por mantenerse entero, mientras al mismo tiempo buscaba los paralelos de otros mundos... Pero todo estaba siendo consumido por la luz. Podía sentir como la luz solar lo devoraba...

*Aquí*, le dijo Jenette desde muy cerca. *Coge mi mano*. Oliver sintió la pequeña mano del espectro fuertemente aferrada a la suya. *Tú aguanta*. Oliver sentía que tiraban de él, que lo llevaban hacia las enérgicas corrientes de fuerzas que fluían hacia otros mundos. Se sentía como si se estuviese sumergiendo en un torrente de agua, y luego en otro, y como si cada uno de ellos lo condujese en diferentes direcciones. Trató de alcanzar uno de ellos y empujar el Azote a la corriente, pero parecía consumirse y convertirse en vapor.

*Ese no*, dijo Jenette, antes de detenerse en la corriente de otro paralelo. *Aquí. Ahora. Empuja*. Oliver se concentró en el Azote; la energía trataba de salir de él, pero la quemazón solo aumentaba.

*Esto no va a funcionar*, pensó. *Es demasiado tarde*.

*No, no lo es*. Sintió que unas manos tiraban de él para ayudarlo, desenredándolo de la energía del Azote, como quien desataba un nudo. Por fin empezaba a desprenderse de él. Vio sombras grises y la cegadora luz blanca que había frente a él: una brillante bola encendida que desaparecía entre la niebla. Sintió las últimas abrasadoras descargas del Azote, que dejaban un rastro humeante tras de sí. Se sentía frío pero seco, como un rescoldo apagado cuya luz se está extinguiendo.

*Tengo que regresar*, pensó con debilidad.

*Espera*, dijo Jenette con tono tranquilizador. *Puedo mantenerte aquí fuera un poco más*. Los ojos de Oliver se serenaron y sintió la presencia de ella a su lado. Pudo ver su pequeño rostro de grandes ojos; tenía el pelo largo y castaño y vestía un pijama de franela con pequeñas ranas dibujadas. Jenette lo miró y pareció sonreír con algo de nerviosismo. Sopló para apartarse el flequillo de los ojos. *Deja que crean que te has ido*.

Oliver vio tras ella una descolorida línea de costa de arena gris. El agua se internaba en la orilla. La playa de los Bajíos parecía extenderse eternamente. *¡Vaya!*, pensó.

*Actúas como si nunca antes hubieses visto los Bajíos*, dijo Jenette.

*No los había visto*, respondió Oliver. *¿Qué quieres decir?*

*No te preocupes por eso.* Jenette lo tomó por los hombros y lo giró. Oliver pudo ver de nuevo a través de la difusa ventana de su realidad. Los miembros de la Hermandad observaban la columna de humo en que se había convertido Oliver. Todavía no estaban convencidos. ¿Conocerían los detalles más ocultos del poder de los vampiros? ¿Sospecharían que se trataba de un truco?

Oliver vio que uno de los atacantes de Dean yacía en el suelo con una mesa volcada sobre él. Los dos humanos que estaban cenando en dicha mesa permanecían sentados en sus sillas como si la mesa siguiese allí. Un gran estruendo de objetos que caían (sonaba como ollas y sartenes) sugería que tal vez Dean se estuviese defendiendo en alguna parte de la cocina del restaurante. Emalie seguía congelada.

—¿Ha muerto? —oyó que preguntaba la mujer de la cicatriz en el rostro.

—En cualquier caso, cojamos a la chica y salgamos de aquí. —Braiden dio un paso adelante.

*¿Por qué iban a querer a Emalie?, se preguntó Oliver. Tengo que regresar, pensó. No, tienes que esperar, dijo Jenette. La ayuda está en camino.*

*¿Ayuda?*

*De tu padre.*

*Mi pa...*

*Mira.*

Braiden estaba a punto de coger a Emalie cuando todas las ventanas comenzaron a estallar hacia el interior. Animales, alas, abrigos negros... Y Oliver vio a Sebastian, Leah, Tyrus, Yasmin y al menos a otros cinco más deshaciéndose de sus lechuzas, cuervos y vampiros poseídos e irrumpiendo en el restaurante. Junto a Sebastian estaba Tormento.

Braiden retrocedió estupefacto. El brillo del acero inundó el lugar cuando los miembros de la Hermandad desenfundaron sus armas. Oliver vio espadas con ornamentadas hojas y empuñaduras de madera talladas rematadas en punta en la base, así como ballestas cargadas con gruesas flechas de madera.

Sebastian y los demás estaban dispuestos en semicírculo alrededor del perímetro del restaurante. De repente extendieron las manos, una sobre la otra, y aparecieron unas bocanadas de humo negro que se convirtieron en bastones de madera tallados a mano con curvadas hojas plateadas en uno de los extremos. Oliver reconoció aquellas armas como la versión vampírica de la *naginata* japonesa. Los vampiros raramente escogían luchar en una batalla directa, sino que preferían la sorpresa o sembrar el caos, pero aquellas eran armas de guerra. Sebastian y su equipo empuñaban los bastones en perpendicular al suelo y permanecían inmóviles mientras la Hermandad se abalanzaba sobre ellos.

—*Tachesssss* —ordenó Sebastian con un silbido. Los vampiros golpearon sus bastones contra el suelo con un sonido ensordecedor y entraron en batalla. Las hojas silbaban en el aire y chocaban unas con otras. El caos reinaba en el restaurante.

La Hermandad arremetía contra las cabezas de los vampiros, mientras que estos

se agachaban para esquivarlos, bloqueaban las hojas con sus armas y arrollaban las piernas de los miembros de la Hermandad. En el enfrentamiento se derribaron sillas; Tyrus y un miembro de la Hermandad atravesaron una enorme mesa de mármol; se produjo una explosión de polvo cuando un vampiro fue asesinado, y se oyó un grito salvaje cuando un miembro de la Hermandad se desplomó sujetándose su desgarrado pecho. En medio de la batalla, los humanos permanecían sentados en estasis, ajenos a todo.

*Tengo que sacar a Emalie de aquí*, pensó Oliver, comunicándose con Jenette.

*Lo sé*, dijo ella, y Oliver se sintió confuso porque creyó percibir cierta decepción en su voz.

*Gracias por tu ayuda*, dijo Oliver.

Jenette no respondió, pero de repente se abalanzó sobre él y lo besó en la mejilla. Oliver sintió la sacudida de sus fríos labios sobre la piel... Y ella lo empujó de nuevo al mundo.

Oliver cayó precipitadamente a través del gris hasta la tumultuosa realidad que había estado observando. Aterrizó de rodillas en el suelo del restaurante y sintió el aguijón de los cristales rotos desparramados por las suntuosas alfombras. No había hecho más que levantar la cabeza para sacudirse la sensación de mareo, cuando alguien de la Hermandad cayó al suelo ante él.

—¡Espabila, hermanito! —Tormento estaba junto a él, en pie, con la boca manchada de sangre y estudiando el tumulto—. Debería agradecerte todo esto. ¡Qué pasada! —Sus ojos brillaban intensamente—. Papá me pidió que te dijera que tienen una tirolina en el tejado. ¡Coge a tu chucho faldero y salid de aquí! —Empuñó su *naginata*, cuya hoja tenía forma de cabeza de dragón, y encontró una espada contra la que batirse.

Oliver se puso en pie y escudriñó la borrosa escena. Allí estaba Dean, dirigiéndose hacia él a gatas por debajo de las mesas.

—¡Eh! ¡Esto es genial! —gritó—. ¡La violencia da mucho menos miedo cuando ya estás muerto!

Oliver agarró a Dean y lo tiró al suelo al tiempo que una espada destellaba justo donde había estado su cabeza.

—¿Sabes? —replicó Oliver—. Todavía pueden cortarte la cabeza, y eso sería el fin.

La sonrisa de Dean se desvaneció:

—Ah, sí, me había olvidado de eso.

Oliver alzó la vista y vio al atacante de la Hermandad levantando de nuevo la espada... Algo atravesó el aire y lo golpeó en un lado de la cabeza. Se le pusieron los ojos en blanco y se desplomó. Oliver miró hacia el otro lado de la habitación y vio a Leah acuclillada sobre una mesa y empuñando una honda.

—Tenemos que subir al tejado y salir de aquí —dijo Oliver tirando de Dean y dirigiéndose hacia Emalie. Seguía sentada, mirando fijamente al frente con ojos



vidriosos. Oliver pasó por detrás de su silla y colocó la mano en su nuca rodeando los tubos con los dedos. Agarró el primero y tiró despacio. Una aguja larga y hueca salió del cuello de Emalie dejando un rastro de una gotita de sangre. Oliver extrajo asimismo la segunda aguja.

—¿Y ahora qué? —preguntó Dean mientras Oliver la levantaba de la silla.

—La estasis debería romperse si la sacamos de esta habitación.

Dean miró hacia los ascensores situados al otro lado del restaurante.

—¿Cómo vamos a hacer eso? —Sebastian y Tyrus luchaban con Braiden y la mujer de la cicatriz en la cara precisamente j unto a las puertas. Sebastian se agachó para esquivar un golpe de espada de Braiden y le propinó un corte en la rodilla. Braiden aulló, pero bloqueó el siguiente golpe.

—Yo no tengo demonio. No podríamos competir con ellos —dijo Oliver decepcionado. Miró a su alrededor—. Aquí —indicó. Cogió a Emalie y se la cargó sobre su hombro. Se volvió, cogió una silla y la arrojó por la ventana más cercana. La explosión provocó una lluvia de cristales.

Oliver se subió a una mesa y se tambaleó por un momento. Miró arriba y vio que una cornisa sobresalía sobre las ventanas del restaurante. Iba a tener que saltar al exterior y agarrarse al borde. Estaba a tan solo unos tres metros, pero también a cientos de metros de altura del suelo, una caída a la que Emalie no sobreviviría.

—Oliver... —le advirtió Dean.

Tras él se oyó un grito y un choque metálico. Algo cayó a los pies de Oliver. Miró hacia abajo y vio una flecha de ballesta incrustada en la mesa.

—¡No importa! —gritó Dean—. ¡Vete!

Oliver saltó al vacío. El peso de Emalie era mayor de lo que esperaba, pero se aferró al borde de la cornisa y se quedó colgando de una mano. Muy abajo, a través de la niebla, se adivinaba el brillo de las calles.

—Eeh... —farfulló Emalie—. ¿Oliver? —dijo débilmente. Tenía el rostro incómodamente situado boca abajo junto a la axila de Oliver.

Él utilizó su mano libre para deslizarla por encima de su hombro hasta que estuvo en posición vertical, con la barbilla apoyada en el hombro de él.

—Hola, Emalie —dijo, tratando de no sonar como si estuvieran colgando a cientos de metros del suelo.

—Hola.

—¿Puedes rodearme el cuello con los brazos? —preguntó inocentemente.

—Mmm, claro —murmuró Emalie, mientras hacía lo que le pedían—. ¿Por qué estoy haciendo esto?

—Será solo un segundo —le aseguró Oliver—. Agárrate lo más fuerte que puedas.

—Vale.

Oliver levantó el brazo que le había quedado libre y se aupó hasta la cornisa. Estaba hecha de listones de metal y había muchos huecos en los que resultaba fácil

que se colara un pie. Oliver guardó el equilibrio, balanceándose peligrosamente. Ante ellos se encontraba el mirador situado sobre el restaurante.

Oliver saltó por encima de él hasta el tejado. Dejó caer a Emalie hasta que sus pies se apoyaron sobre la pendiente metálica. Ella, que aún se balanceaba vacilante y se sujetaba a Oliver por los hombros, se colocó a su lado. Un gran despliegue de pararrayos y torres de recepción de radio se erguía en el centro del tejado. Oliver divisó un cable grueso que partía de allí y desaparecía entre la niebla.

—Sin problema —gruñó Dean. Oliver se volvió y se lo encontró trepando por el tejado—. Ya estoy muerto, así que no hace falta que nadie me eche una mano, ni nada.

Las sirenas aullaban allá abajo. Oliver vio las luces de los coches de policía bailando entre la niebla, procedentes de todas direcciones.

—¡Oliver! —Este se volvió y vio a Braiden y a la mujer de la cicatriz en el rostro cruzando el tejado hacia el cable. Braiden se apoyaba en una pierna y arrastraba la otra, dolorosamente torcida y con la rodilla ensangrentada. La mujer se dispuso a colocar un asidero en el cable. Tomó carrerilla y saltó del tejado desliziéndose hacia su salvación. Entonces Braiden se incorporó y colocó sus propias asas en el cable, balanceándose peligrosamente sobre su pierna torcida.

—¡Eres un cobarde! —gritó Oliver de repente, sintiendo una nueva ráfaga de odio por quien había intentado asesinarlo. Combatió el impulso de correr hacia él, con los ojos encendidos, al sentir a Emalie temblando a su lado.

—¡No, de hecho soy un estratega! —Se aferró a las asas y se preparó para deslizarse—. ¡Lo que me recuerda —gritó— que quería hablarte de tus padres humanos!

Se oyó un estrépito en algún lugar del lado opuesto del tejado, una puerta abriéndose de golpe y un sonido de armas.

Oliver no pudo evitar mirar fijamente a Braiden, absorto, preguntándose qué estaba a punto de decirle. Braiden sonrió.

—¡Están vivos! —chilló, antes de saltar del borde de la torre y desaparecer entre la niebla.

Oliver se quedó mirando cómo se alejaba, incapaz de pensar. ¿Vivos? ¿Qué quería decir con eso? ¿Cómo podían...?

—Oye. —Se volvió y se topó con Emalie, que lo observaba con seriedad—. No lo escuches —dijo, tratando de sacudir la cabeza con decisión—. Lo averiguaremos después.

—Vale —respondió Oliver desconcertado, consciente de que ella tenía razón. Pero en su interior sentía como si un fogonazo hubiese estallado en su cabeza y hubiese borrado todo lo demás. Aquello no era posible de ningún modo. De ninguno. Sus padres humanos habían sido asesinados. Hasta el periódico lo había dicho. Él lo había visto...

—Deberíamos salir de aquí —añadió Dean.

Oliver trató de apartar sus pensamientos a un rincón oscuro por un instante. Se encaminó hacia la tirolina y ayudó a Emalie a hacer lo mismo, mientras abajo se oían portazos de los coches de policía.

—Oliver.

Oliver levantó la cabeza y vio a Sebastian en el tejado, con su largo abrigo negro sacudido por el viento. Un miembro de la Hermandad yacía a sus pies. Oliver vio como los ojos de su padre se clavaban en Emalie, apoyada en su hombro, y como su rostro empalidecía por la impresión, o la incredulidad, o la decepción, o tal vez por las tres cosas. No había nada que hacer salvo permanecer allí. Oliver no iba a dejar a Emalie... así que no lo hizo.

—Márchate —dijo Sebastian desconcertado, como si estuviese viendo algo que nunca entendería—. Ahora.

Entonces extendió el brazo y un cuervo se posó en él. Sebastian se convirtió en una nube de humo negro que envolvió al pájaro y que desapareció cuando este alzó el vuelo.

Oliver se quedó mirando fijamente el espacio que había ocupado su padre.

—Oliver... —La voz de Emalie sonaba como si estuviese muy lejos. Vámonos de aquí.

Apartó aquello de su cabeza como pudo y se dirigió hacia el cable. Se cubrió las manos con los extremos de las mangas de su jersey y se agarró fuerte a él.

—Vale, ¿lista? —preguntó.

Emalie volvió a rodearle el cuello con sus brazos. Dean también se sujetó al cable con sus mangas como protección. Oliver tomó carrerilla y saltó del tejado.

Hubo un momento de ingravidez, un segundo de caída y entonces el cable se tensó y se deslizaron fuera de la Space Needle, sobre el centro de Seattle, por encima de los luminosos paseos y de la gigantesca fuente (ya estaban lo suficientemente abajo como para tocar los chorros de agua con los pies) hasta caer sobre la hierba en un rincón oscuro entre dos edificios.

## Las cosas dichas y las que aún quedan por decir

Oliver permaneció en el suelo por un instante. La Space Needle brillaba en la distancia entre la bruma. Oyó que Dean se ponía en pie y le echaba una mano a Emalie. *¿Cómo van a estar vivos mis padres?*, se preguntó. Los rostros de Emalie y Dean aparecieron sobre él.

—¿Estás bien? —preguntó Dean.

—Sí —respondió Oliver, sin saber siquiera si era verdad o no.

Atravesaron el césped, de nuevo en dirección a la fuente, y se desplomaron sobre su muro. Tras ellos había un enorme cuenco de hormigón y, en su interior, media esfera de metal plateado que arrojaba columnas de agua en todas direcciones al ritmo de una alegre música pop. El agua estaba bañada de luces rosas. Había grupos de niños sentados alrededor del borde de la fuente y algunos corrían por el interior jugando a evitar el agua que caía.

—Tío, estaba mintiendo —dijo Dean, tendiéndose de espaldas sobre el muro.

Oliver se sentó apoyando los codos sobre las rodillas.

—Sí —admitió, aunque no se lo creía—, es posible.

—Podemos averiguarlo —intervino Emalie—. Oliver, no te preocupes.

—Vale. —Oliver observó el agua y a los niños—. Supongo que deberíamos llevarte a casa —le dijo a Emalie. Por supuesto, la idea de ir a casa le traía a la cabeza aquella expresión que había visto en el rostro de Sebastian unos minutos antes. Sebastian había visto a Oliver con Emalie. Todas las mentiras sobre sus prodigios se desbaratarían. Pensó en Tormento, luchando junto a su padre en la Space Needle: un vampiro de verdad, un hijo de verdad... ¿Y qué era Oliver exactamente?

Entonces cayó en la cuenta de algo.

—¡Ja! —rio.

—¿Qué? —preguntó Dean.

Oliver sacudió la cabeza.

—Lo sabían... —musitó.

—Quién, ¿la Hermandad? —preguntó Emalie.

—No, mis padres. —Miró a Dean—. Estaba mintiendo.

—¿Eh? —masculló Dean.

—Mi madre —dijo Oliver, encajando las piezas—. Toda aquella historia que nos contó sobre salir por San Valentín... Sabían que si me dejaban solo me escaparía. Entonces podrían seguirme y los guiaría hasta la fuente del Azote. —Miró a Dean—. Cuando nos fuimos de casa de Emalie, mi padre habló con Jenette. Ella sabía que

vendrían.

—¿Quién? —preguntó Emalie.

—Ah, tu espectro —le explicó Dean con su tono más cauteloso—. En realidad es muy agradable. O sea, solo intentaba liberar su espíritu atrapado... Es comprensible, ¿no?

—Mmm —gruñó Emalie. Obviamente no quería oír nada sobre Jenette ahora mismo.

—Entonces —continuó Dean— ¿crees que tus padres ya sabían lo de Emalie y la Hermandad?

—No sé lo que sabían —concluyó Oliver—, pero sí que sabían que no podían confiar en mí. —Darse cuenta de esto casi le sirvió para sentirse mejor. Sus padres (*mis padres vampiros*) habían vuelto a ver a través de sus mentiras. ¿Qué iban a hacerle cuando llegase a casa?—. A quién le importa —masculló.

—¿Qué? —preguntó Emalie.

—Nada. —La miró—. Cuando la Hermandad te tenía retenida, ¿Braiden dijo por qué no querían que yo abriese la Puerta?

—No —respondió Emalie—. Solo me atraparon en mi sótano, sin decir una palabra. Pero apuesto a que también podemos averiguar eso —añadió esperanzada.

Oliver asintió, y entonces cayó en la cuenta, por primera vez desde el pasado diciembre, de que Emalie estaba hablando de cosas que iban a hacer juntos. Él, Emalie y Dean... Aquella idea le hizo sonreír.

—¿Oliver?

El sonido de una voz de chica hizo que Oliver levantase la cabeza. Un grupo de niños vampiros se había detenido ante ellos. También pasaban por allí algunos grupos de humanos ajenos a todo aquello, procedentes del Vera Project<sup>[3]</sup>, donde debía de haber acabado un espectáculo para todos los públicos.

—¡Eh, hola! —dijo Oliver, pero Suzyn lo miró fríamente.

—¿Nocturne? —Theo se abrió paso hasta situarse junto a la chica—. ¿Qué hay, Oli? Creíamos que vendrías a la fi... ¡Vaya! —Abrió los ojos como platos al ver al zombi y a la humana con los que Oliver estaba sentado—. No... puede... ser...

—Es asqueroso —dijo Suzyn con tono glacial antes de darse la vuelta para marcharse. El grupo la siguió rápidamente.

Theo proseguía mientras se iban, con un tono lo suficientemente alto para que Oliver lo oyera:

—¿Yo? Qué va, nunca dudé que fuese rarito. Solo estaba esperando el momento adecuado para hacéroslo saber a todos...

Oliver se limitó a asentir con la cabeza y mirar al suelo. Esperó, mientras oía cómo el alborotado grupo se marchaba. De hecho se sentía aún más aliviado. Ya estaba. Ahora todo había vuelto a la normalidad.

—No te preocupes por eso —dijo Dean dándole una palmadita en la espalda—. Vámonos de aquí.

Oliver se encogió de hombros.

—Claro.

—Probablemente tu padre esté preocupado por ti —le dijo Dean a Emalie.

—Sí, deberíamos irnos —respondió ella. Y luego, sin venir al caso, dijo—: Pero quiero un helado.

—¿Eh? —dijo Oliver.

—Un helado. —Emalie sonrió—. Es algo que se come.

—Sí, lo sé... Yo... vale, claro —dijo Oliver. Además, estaba dispuesto a cualquier cosa que retrasase el momento de irse a casa.

—¿Acabas de estar congelada en el tiempo y quieres un helado? —preguntó Dean.

Emalie se volvió y le propinó un puñetazo en el hombro, mucho más fuerte de lo que lo habría hecho si estuviese vivo.

—Eso significa que me he saltado la cena —respondió, alegre y desafiante— y ahora tengo hambre. Así que vamos.

—En Dick's hay batidos —propuso Oliver—. Algunos vampiros trabajan allí, además, así que nos pueden hacer un descuento.

Por un momento Oliver, Emalie y Dean se miraron entre sí. Oliver se preguntó si ellos también estarían pensando en lo extraño que resultaba tratarse unos a otros como amigos normales, a pesar de la rareza de todo lo que los rodeaba y las preocupaciones que suponía el futuro. Y mientras desaparecían en la noche, Oliver solo podía esperar que ellos lo estuviesen disfrutando la mitad de lo que lo hacía él.

Inevitablemente, la noche tenía que llegar a su fin. Se dirigieron a casa de Emalie y encontraron a su padre preocupadísimo, lo cual pareció agrandar a Emalie tanto como molestarla.

En el callejón trasero de la casa, antes de que Emalie entrase, se tomaron unos minutos para imaginar qué ocurriría.

—Quedemos el viernes por la noche para tratar de localizar a tu amo —sugirió Emalie.

—Genial —dijo Dean, aunque la idea le hizo desviar la mirada con nerviosismo.

—Y tal vez esta semana —prosiguió Emalie— pueda buscar más información sobre tus padres, o sea... tus antiguos padres, Oliver...

—Mis verdaderos padres —la corrigió Oliver.

—Y tiene que haber información sobre Nexia en alguna parte —añadió Dean.

—Sí, en internet o algo así —opinó Emalie.

Oliver sintió que ambos lo miraban.

—Muy bien —dijo. Le gustaba hacer planes, pero la verdad era que aquellos planes implicaban que sobreviviese a lo que quiera que fuese a ocurrir cuando llegase a casa.

—Bueno, debería irme —dijo Emalie—. Oliver, solo... que siento otra vez lo del Azote.

Oliver se encontró con sus grandes ojos claros y sintió un nudo en su interior que se tensaba y hacía que quisiera salir corriendo. Era incómodo y violento, pero apartó aquella sensación, mantuvo la mirada y dijo:

—Es bueno, o sea, está bien. Estamos bien.

Y mientras lo decía, una idea que no guardaba relación con aquello lo asaltó, una idea que había tenido noches atrás. Algo que podría hacer, algo que quería hacer...; pero no dijo nada por el momento.

Además, Dean ya empezaba a burlarse de él.

—Atontado —le espetó.

Oliver sonrió. Emalie entró en la casa. Oliver y Dean la observaron durante un instante para asegurarse de que todo iba bien, y entonces ambos se dirigieron a sus casas.

Oliver aminoró el paso mientras recorría la alcantarilla situada bajo el Camino del Crepúsculo. Sus familiares sentimientos de duda regresaron en cuanto entró por la puerta del sótano; la misma vieja ansiedad de la incertidumbre, la misma vieja frustración por que las cosas tuviesen que ser tan raras, que estar tan mal..., pero al menos sentía también una cierta satisfacción porque, a diferencia de unos meses antes, ya no se sentía solo. También sabía que lo que no encajaba en él no era todo culpa suya, al menos no todo.

Subió corriendo las escaleras y entró en la cocina. En el comedor, tenedores y cuchillos chirriaban sobre los platos de la cena. Oliver llegó al umbral. Polemonia, Sebastian y Tormento estaban sentados, comiendo en silencio. Entonces Polemonia levantó la vista...

Y volvió a mirar su plato sin pronunciar una palabra. Tomó su copa y le dio un trago. A Oliver lo embargó la preocupación. Vio que Tormento había reparado en la reacción de Polemonia y ahora esbozaba una kilométrica sonrisa.

Tormento, el hijo favorito... Aunque aún había preguntas para él. ¿Sabía lo que iba a ocurrir cuando hizo que se encendiera el orbe en el gimnasio de la escuela? ¿Sabía siquiera que alguien más había intervenido en la escena?

—Siéntate, Oliver —dijo Sebastian, todavía dándole la espalda.

Oliver se deslizó nerviosamente sobre su silla. Tenía un plato delante con un trozo perfecto de pastel de merengue sobre una capa de galleta de chocolate. También había una copa llena junto a él. Oliver se atrevió a echar un vistazo a la mesa: Tormento seguía sonriéndole, Polemonia y Sebastian miraban sus platos mientras comían como autómatas.

¿Qué significaba aquello? Oliver dio un bocado a su comida, despacio, esperando que explotasen, que chillasen, pero eso no ocurrió. Tampoco al segundo bocado, ni al tercero...

Polemonia dejó su tenedor y se limpió los labios con una servilleta de tela.

—¿Crees que volverán a intentarlo con el Azote? —le preguntó a Sebastian con serenidad.

Sebastian detuvo su tenedor en el aire.

—Ahora que han perdido el factor sorpresa, no creo. Les hemos enviado un mensaje esta noche, un mensaje sangriento. Creo que la Hermandad esperará... al menos un tiempo. —El modo en que Sebastian hablaba sonaba como si hubiese oído hablar antes de la Hermandad—. Las escuelas volverán a abrir el lunes, en cualquier caso.

—¡Jo, tío...! —murmuró Tormento.

Ni Polemonia ni Sebastian respondieron.

Transcurrió otro minuto en silencio. Oliver sentía un cosquilleo en su interior. ¿Cómo podían no decir nada? ¿Estaban enfadados? ¿Por qué no le estaban gritando? ¿Aquello era bueno? Oliver acabó su pastel en unos cuantos bocados gigantescos.

—¿Quieres más? —preguntó Polemonia, tensa, con los ojos aún clavados en el plato.

—No, gracias —musitó Oliver. No tenía ni idea de qué hacer. ¿Debería, simplemente, excusarse y levantarse de la mesa? Aquello parecía serlo que tocaba a continuación. Pero ¿cómo podían actuar como si todo fuese normal? *A lo mejor todo les parece bien*, pensó Oliver por un instante. Pero ¿cómo era posible?

En aquel momento, sintió que algo se rompía en su interior. No aguantaba más aquello. *¡No, no digas nada!*, pensó desesperadamente... Pero entonces lo hizo:

—¿Y ahora qué pasa?

Polemonia levantó la cabeza, cruzó una mirada con Sebastian y volvió a mirar su comida.

—¿Qué quieres decir con «Y ahora qué pasa»? —respondió con suavidad.

¿Qué quería decir? *¡Suéltalo de una vez!*, pensó desafortunadamente. Pero no, necesitaba saber qué iba a ser aquello.

—Quiero decir que ¿ahora qué pasa conmigo? Yo... vosotros sabéis lo de... Em...

—No vamos a hablar de ello —lo interrumpió Polemonia. Por fin lo miró, con los ojos encendidos—. Eso es lo que pasa.

Oliver sintió que lo invadía la ira.

—¿Qué quieres decir con «No vamos a hablar de ello»?

—Quiero decir que no... hablaremos... de ello —siseó Polemonia—. Y tú... —Hizo una pausa y dio un trago a su copa—. Tú vas a olvidarte.

—¿Olvidarme de qué?

—Olvidarte de ella.

—Pero...

—Ya es suficiente —interrumpió Sebastian con severidad—. Ve a prepararte para ir a la cama.

Oliver no lo podía creer. ¿Aquella era su solución? ¿No hablar de ello? Se levantó



de la mesa y bajó corriendo las escaleras, tratando de desentrañar lo que acababa de ocurrir.

Más tarde, mientras yacía desvelado dentro de su ataúd, las ideas se ordenaron en su cabeza. *No saben qué hacer*. ¿Y aquello dónde dejaba las cosas? *Deja las cosas exactamente donde están*, pensó de mala gana. Ni en un sitio ni en otro. Y tal vez aquello no fuese tan malo, por el momento.

*Olvidarse de ella.*

Oliver casi soltó una carcajada. Sí, claro.

La noche siguiente, después del desayuno, Oliver preguntó:

—¿Puedo ir a Harvey's?

—¿Por qué? —respondió Polemonia mientras cortaba las patas de un montón de cucarachas congeladas sobre la encimera de piedra. El sonido de su cuchillo parecía crecer en intensidad.

—A tomar un sorbete —dijo.

De nuevo, silencio.

—De acuerdo —aceptó Polemonia—. Muy bien.

—Gracias. —Oliver cogió su sudadera antes de que su madre dijese algo más. Las normas parecían ser las mismas de siempre. Todo estaba aparentemente bien, hasta que a alguien se le ocurriese qué hacer a continuación.

Bueno, Oliver sí que sabía lo que iba a hacer a continuación. Se internó en la noche camino de dos lugares y ninguno de ellos era Harvey's.

Cuando Oliver llegó al segundo de sus dos destinos colocó un paquete envuelto con papel morado y un lazo rojo sobre el suelo de cemento. Llamó suavemente a la puerta que tenía delante (la llamada de un co-conspirador) y desapareció de un salto. Aterrizó en la pared y trepó rápidamente hasta lo alto del tejado. Entonces dio una voltereta, puso los pies sobre la cornisa y se colgó de ella, boca abajo, como un murciélago, se apartó el pelo de los ojos y observó la puerta del sótano.

Todo estaba en silencio. La puerta chirrió al abrirse. La cabeza de Emalie asomó en la noche, miró a izquierda y derecha. Luego miró hacia abajo y emitió una exhalación, que podía ser de fastidio o de sorpresa. Con Emalie, solían ser las dos cosas a un tiempo.

Se agachó, cogió el paquete y se lo pasó de una mano a otra varias veces. Desató el lazo, se lo colgó al cuello y rasgó el papel. El sonido del papel al romperse sobresaltó a un gato que había bajo la furgoneta aparcada en el callejón.

Emalie arrugó el papel y se lo metió en el bolsillo trasero. Abrió una caja de cartón, apartó varios pliegues de papel de seda y, cuando vio lo que había en el interior, tomó aire con mucha fuerza. Esta vez el significado era inconfundible.

Oliver no podía ver su cara, pero por el modo en que sostenía la anticuada cámara y en que dejaba que sus esquinas cromadas jugasen con la luz de las farolas, debía de estar sonriendo. Y aquello hacía que las tripas de Oliver se tensasen y se contorsionasen por la ansiedad, aunque aquel sentimiento era algo diferente de su sufrimiento habitual, de cualquier cosa que hubiera sentido antes...

Y aquello marcaba la diferencia de todo.

Abajo, Emalie se llevó su nueva cámara al ojo; era el mismo modelo que el que se le había roto. Oliver oyó el chasquido del obturador y también el suave sonido provocado por el avance del carrete que él había puesto dentro. Emalie se volvió y tomó otra fotografía. Entonces, sin tan siquiera echar un vistazo hacia arriba, regresó al sótano y cerró la puerta con cuidado tras de sí.

Oliver se quedó allí, colgando. Luego se incorporó, dio una voltereta y aterrizó sobre el tejado. Tomó carrerilla y saltó en el aire del modo más rápido y silencioso en que nunca se había movido. El viento y la lluvia le azotaban el rostro. Tenía preocupaciones, tenía miedos y la mayor parte del futuro se presentaba incierta, pero, por ahora, Oliver avanzaba de tejado en tejado. Y si hubiera podido ver su reflejo, habría descubierto una sorprendente sonrisa en su cara.



KEVIN EMERSON (Cheshire, Connecticut, EE. UU., 1975) es un escritor estadounidense de libros juveniles. Ya de niño, se dedicaba a escribir historias sobre personajes de películas, y continuó escribiendo durante el instituto y la universidad, donde se graduó en Biología y Ciencias Ambientales. Trabajó como profesor de ciencias en un colegio de Boston durante cinco años, y comenzó a escribir historias juveniles inspirado por sus alumnos.

En 2000 dejó su trabajo para dedicarse a escribir, y publicó su primera novela *Carlos is Gonna Get It* seis años después. Ha publicado más de dieciséis libros para niños y adolescentes, entre las que destacan las series de fantasía *The Atlanteans* y *Oliver Nocturne*. También ha sido profesor de escritura creativa para jóvenes en el programa *Writers in the Schools*, organizado por Seattle Arts & Lectures.

Reside en Seattle con su mujer y su hija. Además de escritor, ha tocado la batería en varios grupos desde la adolescencia. Actualmente, es cantante y batería de los grupos Northern Allies and Math and Physics Club.

# Notas

[1] En español en el original <<

[2] N. de la t.: La Space Needle («Aguja espacial») es el símbolo de Seattle. Es una torre de ciento ochenta y cuatro Hierros de altura con un restaurante giratorio y una montaña rusa en lo alto, desde donde se divisa toda la ciudad. <<

[3] N. de la t.: El Vera Project es un centro juvenil de Seattle en el que se celebran eventos culturales, artísticos y musicales. <<